

OFF
VERSATIL

IL
L'AN

DANIEL FOPIANI

CO
L'AR

BO
COR

MI
L'AR

PREMIO VALÈNCIA NOVA 2017
ALFONS EL MAGNÀNIM DE NARRATIVA

LA CARCOMA

DANIEL FOPIANI

El jurado del Premio València Jove de Narrativa, presidido por el Diputado de Cultura de la Diputació de València Xavier Rius e integrado por los escritores Alicia Giménez-Barlett, Care Santos y Santiago Posteguillo y por la editora Eva Olaya, en representación de Ediciones Versátil, acuerda conceder dicho premio a la novela *La Carcoma*, de Daniel Fopiani.

Institució Alfons el Magnànim-Centre Valencià d'Estudis i d'Investigació, 15 de junio de 2017.

Por estar conmigo en cada una de las palabras de este libro,
por no abandonarme nunca, guiándome en cada paso que doy.

Por enseñarme a inventar historias.

Por ti, papá.

PRÓLOGO DE BENITO OLMO

Llegué a La Alameda bajo un cielo gris y brumoso que poco se asemejaba al que solían mostrar las postales y los anuncios publicitarios que invitaban a pasar unos días en aquel paraíso del sur llamado Cádiz. Vislumbré a lo lejos al tipo desgarrado que me esperaba apoyado en la balaustrada como por descuido, con la desidia de quien ha decidido que aquel es su lugar en el mundo. Gabardina, brazos cruzados y una mirada celeste clavada en el horizonte. De no haberle conocido, habría pensado que estaba preguntándose si aquel sería un buen lugar desde el que arrojarle al vacío.

Cuando Daniel Heredia me vio llegar no me saludó. Ni falta que hacía. Nos tratábamos desde hacía tanto tiempo que ya habíamos traspasado el umbral de la cortesía y disfrutábamos de una amistad pausada e incondicional. Ambos compartíamos oficio como algunos soldados comparten trincheras, con la camaradería que otorga haber luchado hombro con hombro en tantas batallas.

—Llegas tarde.

Aliñó aquella frase con una sonrisa destemplada. Me encogí de hombros y me acodé en la balaustrada a su lado. Varias gaviotas chillaron en la lejanía, como si les molestase que las observara, y estuve a punto de gritarles que se metieran en sus malditos asuntos.

—¿Tienes algo para mí?

Lo preguntó sin mirarme, dando por sentado que no le habría hecho ir hasta allí si no se trataba de algo importante. Busqué las palabras con las que dar forma a todo lo que quería expresar, pero terminé reduciéndolo a una cuestión más simple.

—Fopiani.

Un parpadeo. Fue lo único que la mención de aquel apellido operó en su expresión, y por un momento temí que Heredia se largase sin más, al considerar que no estaba para perder el tiempo en tonterías.

—No le conozco —respondió en cambio.

—Pocos le conocen de momento, pero es bueno.

Aquello sí que le hizo reaccionar. Heredia desenfundó otra de sus sonrisas descafeinadas, flemáticas. La sonrisa de quien ha oído tantas veces el mismo chiste que por fin ha empezado a verle la gracia.

—Así que es bueno. Ojalá eso fuera suficiente.

Por cómo lo dijo, creo que más bien estaba reflexionando en voz alta, y que yo estaba siendo testigo de sus pensamientos de forma accidental. Algo en mi interior se alborotó y me pidió a gritos que tratara de sacarle de su error. Que le convenciera de que Fopiani era un tipo con mucho que decir y que, con el tiempo, habría mucha más gente que pensaría como yo.

—Solo necesita un poco de suerte. La actitud ya la tiene.

—¿Suerte? Entonces es cosa hecha.

Por si el sarcasmo no hubiera sido suficiente, lo sazonó lanzando un salivazo al mar. El escupitajo descendió una veintena de metros antes de difuminarse en la espuma de las olas que rompían contra la balaustrada. Escuché el chasquido del encendedor con el que Heredia acababa de encender un cigarrillo y, al volverme, le vi retener un momento el humo antes de expulsarlo.

—¿Para quién trabaja ese tal Fopiani?

—Versátil.

El desconcierto tomó posiciones en su rostro, y trató de disimular su azoramiento dando una nueva calada y desviando la mirada otra vez hacia el horizonte. Conocía a Heredia, así que no me costó imaginarme lo que estaba pensando: que los de Versátil eran gente que no se andaba con lindezas, y que si no hubieran tenido la certeza de que aquel tal Fopiani era un caballo ganador, jamás habrían apostado por él.

—Gente seria —concedió.

Aquello era todo un cumplido viniendo de él, así que preferí guardar silencio y dejarle sacar sus propias conclusiones.

No le iba a contar que hacía tiempo que Daniel Fopiani había hecho méritos más que suficientes como para obtener aquel reconocimiento. Tampoco que Versátil se había hecho con los servicios de un tipo íntegro, currante y con un futuro muy prometedor. Heredia llevaba tanto en el negocio que ya no creía en aquellas zarandajas.

—¿Ha resuelto algún caso importante?

Por cómo lo preguntó, supe que ya no había vuelta atrás. Había

conseguido espolear su curiosidad y, conociéndole como le conocía, supe que no iba a parar hasta averiguarlo todo sobre aquel recién llegado.

—Ha llevado un caso sobre relatos fraudulentos, carentes de forma contractual. Y otro sobre las diferencias de opiniones entre un escritor y un editor que terminó resolviéndose a punta de pistola.

—¿Resueltos de forma satisfactoria?

—Si no, no estaría aquí.

Me permití aquella bravata a la que Heredia respondió con un alzamiento de cejas con el que pretendía dejarme claro que estaba lejos de impresionarle.

Tampoco contaba con ello, en realidad. Yo, con mi recién estrenada licencia, tenía poco que contarle a él, la suya tenía tantas muescas como alegrías y decepciones se había llevado desde que comenzó en este negocio, allá por el novecientos antes de Cristo, más o menos. Daniel Heredia se había hecho un nombre a fuerza de trabajar duro, de mantener una fe ciega en un sector castigado por la crisis económica y de no arrugarse ni siquiera cuando las cartas venían mal dadas. Por eso seguían contando con él desde algunas de las agencias más poderosas del país, para las que realizaba un trabajo eficiente y no siempre reconocido. Solía compararlo con aquellos tramoyistas que, desde la invisibilidad de las bambalinas, eran los responsables de la magia que sucedía sobre el escenario.

—Lo investigaré.

Si no le conociera habría pensado que Heredia me estaba dando largas. Que se había hartado de aquella conversación y me estaba despachando como se despide a un familiar cuya visita comienza a alagarse demasiado.

Sin embargo, había algo en él que me hizo darme cuenta de que era mucho más que eso. En la mirada azulada que pendía en el horizonte había una chispa de ilusión, tan tenue que tal vez solo la imaginé. Aun así, algo me dijo que iba a tomar en consideración mi advertencia e iba a seguir los pasos de Fopiani.

Satisfecho, me separé de la balaustrada y lo dejé allí, fumando y mirando al frente como si no tuviera nada mejor que hacer. Me alejé de Heredia, de los chillidos de las gaviotas y de las olas que batían contra la barandilla. No me despedí, ni falta que hacía. Nos conocíamos desde hacía tanto tiempo que no necesitábamos tales muestras de cortesía.

0

Cádiz, Avenida Cayetano del Toro, 9 de mayo de 2001

Las cosas nunca salen como uno espera.

Pero la gente caminaba por la calle como si tal cosa. De forma despreocupada. Un pie delante y luego el otro. Un, dos, un, dos. ¿Para qué más? Comer, dormir y que a mis niños no les falte de nada. Y así hasta los ciento veinte años. Total. Aquella mañana Ramsés solo veía pasos seguros, firmes y directos que iban de un lugar hacia otro. Desde la perspectiva que le ofrecía la parada de autobús estudiaba —¿envidiaba?— esa pisada confiada que solo poseen aquellos que saben perfectamente cuál es su destino y que, además, conocen bien el camino.

La humedad vespertina caía sobre las calles como una manta y, sin que el sol apenas se hubiese asomado aún por la cima de los edificios, el humo de los motores ya viciaba el ambiente. Los ciudadanos —aquellos ruseñores a los que sí les salían las cosas como querían— peleaban por llegar a tiempo al trabajo, por vencer a la muerte un día más y unirse a la marabunta de seres rutinarios y madrugadores. Una madre guiaba la lechosa mano de su hijo camino de la escuela. Un taxista protestaba a ritmo de claxon mientras adelantaba a un señor en bicicleta. El de la bicicleta levantó el dedo anular mientras el vehículo de pago le sobrepasaba. Un hombre trajeado miraba la escena desde el otro lado de la calle a la vez que se acordaba de que en su muñeca izquierda llevaba un reloj de pulsera; lo miró y aceleró el paso haciendo resonar sus brillantes mocasines de triunfador por la acera.

Todos hacían su vida, todos tenían objetivos que cumplir.

Ramsés ni siquiera estaba seguro del autobús que iba a coger esa mañana. Probablemente acabaría haciendo lo de todos los días: se montaría en el primero que pasase para bajarse en cualquier parada cerca de un bar al que no le importase servir cervezas tan temprano.

Vivía deambulando por las tascas en busca de la cerveza elegida, de la

birra milagrosa que le diese la respuesta que tanto necesitaba. Como si la solución a todos sus problemas se encontrase en el fondo de un vaso de tubo. Como si de un sorbo pudiese agarrar al cosmos por los cojones y adquirir sabiduría repentina; navegaba en busca de la cerveza mágica que parase el universo por un microsegundo y le mostrase la senda que tenía que seguir. La historia que necesitaba y que tanto le estaba martirizando.

No pasaba ni un autobús.

Aburrido, en el asiento de la parada cubierto por la marquesina, dejó de mirarse los cordones desatados de las zapatillas para observar el otro lado de la calle. Una baraja cerrada con claros tintes de óxido y orín daba seguridad a la famosa discoteca El Arrecife. Un pequeño perro callejero de color ocre que pasaba por la acera se acercó hasta la puerta del local. Primero husmeó un vómito solidificado a unos metros de la entrada y después empezó a comérselo meneando la corta cola hacia delante y hacia atrás.

Mientras esto ocurría, algo comenzó a vibrar en el bolsillo derecho de los pantalones.

—¿Sí? —contestó sin poder dejar de observar al perro dándose el festín.

—Ramsés, escúchame. —Con solo esas dos palabras pudo adivinar que Julio Sierra estaba hecho una furia—. Esto empieza a tener mala pinta. Has tenido tres semanas desde la última vez que te llamé. Dime que has recuperado fuerzas y que tienes adelantado algo de tu trabajo.

Oía la voz alterada de su agente literario al otro lado del teléfono pero no era capaz de volcarle toda la atención que se merecía. Su mente estaba centrada en aumentar su capacidad visual para ver en Full HD los tropezones de vómito que el perro relamía con total felicidad.

—Eh...

—¡Joder, Ramsés! A los de La Torre se les está acabando la paciencia. Hace casi dos años que no les presentas nada. Quieren una prueba de que estás avanzando y de que pronto les entregarás un manuscrito acabado. Has cobrado, macho. Has cobrado por adelantado y ni siquiera te has dignado a cumplir con tu parte del contrato.

—¡Me pondré a ello! Te he dicho que antes de agosto te entregaré un libro que a la gente le mole. Confía en mí.

—En agosto. Sí, ya... dos meses para escribir un *best-seller*. Poco más de sesenta días para terminar lo que no has empezado en dos años.

Desvió la atención del perro callejero después de las palabras de su

agente. La cosa se estaba poniendo fea. De hecho, el asunto había comenzado a apestar meses atrás. Estaba poniendo todo de su parte, pero eso nadie lo comprendía. Hacía todo lo que estaba en sus manos para escribir, por escupir la novela que le había prometido a la editorial. Aquel contrato le había hecho el hombre más feliz del planeta: los primeros días se había sentido febrilmente animado; miserable y abatido cuando pasaron seis semanas y aún no había sido capaz de escribir ni una sola línea que valiese la pena. En su ordenador —un Pentium 4 de última generación—, encendido día y noche, el documento que había titulado «Primer borrador.doc» permanecía desesperadamente en blanco.

Vacío.

Y así había continuado durante el último año y medio. De buenas a primeras, es como si hubiese olvidado el oficio de la escritura. Quizás, el síndrome comenzó porque su segunda obra, *A las puertas del cielo*, tuvo bastante aceptación. El bloqueo no debía de ser más que producto de la inseguridad al demostrar al mundo que aquello no había sido suerte. Que podía continuar en la línea. Que podría seguir gustando a los lectores. Una carga que empezaba a parecerle demasiado pesada. Una responsabilidad que le estaba estrujando contra el duro suelo de la realidad.

—Mira, Ramsés —continuó Julio—, nos conocemos desde hace mucho tiempo y me duele lo que te voy a decir, pero estoy seguro de que vas a comprender mi posición: es muy probable que si no entregas nada en unas semanas, aunque sea una muestra de que no estás acabado, me vea obligado a dejar de formar parte de tus proyectos.

—¡Pero qué dices! —contestó preso del pánico. Estaba convencido de que gran parte del éxito cosechado había sido gracias a la gestión y promoción que su agente literario había realizado con sus primeras obras—. Te estoy diciendo que lo conseguiré. Tendré el manuscrito finalizado después del verano. Te doy mi palabra. Haremos una buena campaña publicitaria: prensa, entrevistas en la televisión, expositores en las entradas de las grandes superficies... Ya sabes, funcionará.

—No lo entiendes. Eso podríamos haberlo hecho hace año y medio. Precisamente esa era la estrategia, aprovechar el éxito de tus dos primeras novelas. Pero el arroz se nos ha pasado. La gente empieza a olvidarse del joven escritor gaditano y va a comprarse los libros de otro. Si no le das tú lo que necesita, se lo dará el escritor que posa en las fotos con la mano en la barbilla, o el que se pone un fular estampado con florecillas en las firmas.

Escribe. Si no, olvídate de todo el embrollo en el que nos metimos en el noventa y ocho. Ahora mismo, lo último que te beneficiaría es que la editorial rompiera el contrato con nosotros.

—Está bien, joder. Lo he comprendido.

La editorial Black Tower era la fábrica de hacer y vender libros más prestigiosa de todo el continente. Como tocado por una varita, había conseguido firmar su tercera novela con ella. Y, por si fuese poco, lo había logrado incluso antes de tenerla escrita. Habían visto en Ramsés Espinosa a un superventas, una mina de oro. Escritor con decenas de premios literarios a nivel internacional con solo veintinueve años. Una apuesta por un caballo que parecía el ganador, pero que se había parado a mitad de la carrera para cagarse de miedo.

—Bueno, Ramsés. Te dejo que tengo una llamada por la otra línea. Ya me contarás qué tal te va. Suerte. Ya sabes que después de todo, puedes contar conmigo para lo que necesites. Vamos, ánimo.

—Claro, claro.

Pulsó el botón rojo de su Nokia 3310 mientras buscaba con la mirada al perro zampador de vómitos. Se había ido y, allí donde antes había un charco de tropezones triturados color avellana, ahora había una mancha con tonalidades más oscuras con respecto al color grisáceo del resto de la acera.

Miró el reloj de su teléfono móvil.

Su autobús no llegaba.

Y el resto de los mortales seguía andando.

* * *

Cádiz, Calle de la Torre, 19 de mayo de 2001

Casi dos semanas más tarde, mientras el Cádiz C.F se jugaba tres puntos vitales para su ascenso a segunda división, Ramsés tuvo otra llamada. Sábado, ocho de la tarde. Los negocios no entienden de respeto, de días de descanso ni de fútbol. Estaba tan absorto en el partido que casi da un respingo en el sofá cuando el teléfono de su casa comenzó a sonar —teléfono cuya línea estaba a punto de ser cortada por impago. Así se lo había asegurado por enésima vez una operadora con acento sudamericano—.

«Vas a tener que escribir, Ramsés. Ya no puedes seguir escondiéndote. Firmaste hace más de dos años ¡DOS AÑOS! Te has fundido el dinero y no

has escrito ni una puta línea. Los de la editorial están hechos una furia, han perdido la paciencia. Yo también soy parte de esto, soy tu asesor, coño. ¿Y sabes lo que van a hacer con nosotros si no les entregamos nada? Pues ya te lo digo yo: querrán romper el contrato y lo harán por la vía judicial. ¿Sabes la repercusión que puede tener eso en tu carrera? Van a exprimerte hasta que no te quede ni para pipas. Adiós a tu maravilloso piso, a tu coche y al poco dinero que tengas ahorrado. Despídete de tu vida de escritor, porque ni se te ocurra pensar que vas a llegar a ser alguien en el mundo de la literatura después de dejar tirada a la mejor editorial del sector. Tienes eso clarito, ¿no? Te van a sangrar a base de bien y yo, querido amigo, no voy a estar ahí para verlo. No, no. Escúchame tú. No te recomiendo que trates directamente con la editorial. Al menos en la situación en la que te encuentras ahora mismo. Búscate la vida. Que no me cuentes historias. Que no. Mira, Ramsés, sabes que no es nada personal, pero yo también estoy haciendo carrera. Tengo que dar de comer a mi familia, y lo sabes. Como bien me llevas diciendo durante mucho tiempo, aún te quedan un par de meses para que cumpla la fecha del contrato y puedan llevarte frente a un juez. En fin. Te deseo toda la suerte del mundo. Venga. Que sí. De verdad. No te preocupes. Un abrazo».

Su equipo ganó aquella noche los tres puntos, acercándose a la posibilidad de ascender la próxima temporada. El comentarista gritaba en el televisor como si el mundo hubiese alcanzado la perfección absoluta, pero Ramsés ni siquiera pudo levantarse del sofá. Se quedó allí, con la mirada clavada en la nada que se interponía entre la pantalla y sus pupilas. Sentía que el cerebro se le había apagado, como si se le hubiese quedado sin batería. Hasta luego, masa gris, escribe cuando llegues.

Cuando pasaron unos minutos comprendió que así es como debe quedarse uno cuando se sabe totalmente acabado.

* * *

Cádiz, Paseo Marítimo, 20 de mayo de 2001

—La cosa va mal, compadre. Creo que he tocado fondo. Me he convertido en un bebedor de día y en un borracho por la noche. Hace tiempo que he dejado de ser escritor.

—¿Pero qué me estás contando, tío? Vamos. Déjate de gilipollecas y dale un trago a la birra.

Se habían sentado en la terraza de un chiringuito frente al mar. En la mesa había una copa con un dedo de vino blanco y un cenicero lleno de colillas. La arena de debajo de la mesa estaba llena de huesos de aceitunas, lo que provocaba el asedio de las palomas y las gaviotas.

—Que sí, que sí. Que ya no sé escribir. Página en blanco, tío. Estoy acabado y no hay vuelta de hoja. Y por si fuese poco la editorial quiere mi cabeza en una pica. Supongo que son cosas que ocurren cuando no se cumplen los acuerdos y uno se ha limado todo el dinero en copas y caprichos.

—Bueno, pero no pongas esa cara. Ni que te fueses a morir.

—Creo que esto es algo peor.

—Bah. Nada de eso. Será un bloqueo y ya está. Seguro que a muchos artistas les pasa lo mismo. Mira, el mismísimo Juan Luis Guerra dijo hace poco que es incapaz de subirse a un escenario porque asegura tener ataques de ansiedad. Y Macaulay Culkin, o cómo carajo se diga, el de *Solo en casa*, joder. Ese no es capaz de hacer más películas porque dice que no puede salir de su mansión. Son cosas que les pasan a los artistas. Altibajos, nada más.

—Sí, pero lo mío es un ataque de pánico que dura ya casi dos años, eso no es normal.

Juaje soltó una risotada grave, cálida y reconfortante. La risa que, probablemente, le había otorgado todo lo que tenía en la vida. La sonrisa de la tranquilidad, la sonrisa de todo-va-a-ir-bien-ya-lo-verás. La calma en estado puro que siempre le acompañaba.

Juan Jesús Fernández Garrido y Ramsés eran hermanos, a pesar de que no los unían lazos de sangre. Juaje era, por decirlo de alguna manera, «un hombre muy importante». Un concejal del ayuntamiento de Cádiz. Allí lo conocía todo el mundo. Salía en los periódicos, en la radio y en la televisión. En la final del Carnaval del Gran Teatro Falla, en el Trofeo Ramón de Carranza, en la cabalgata de los Reyes Magos. Siempre que hubiera una noticia que cubriese los festejos de la ciudad, aparecía él detrás de las cámaras. Un hombre catapultado a la fama local y al respeto de los ciudadanos, totalmente merecidos por su trabajo —no como el breve éxito que Ramsés había cosechado haciéndose pasar por escritor profesional—. Sin embargo, lo que realmente le impresionaba de su hermano era la templanza. Su código de conducta inquebrantable. Hacía unos meses que se había casado con su amor de juventud. La misma que había conocido en el instituto y que años más tarde le daría un hijo, Darío, un niño maravilloso dotado de una inteligencia muy superior a la de cualquiera de su edad.

Mientras el escritor en horas bajas dejaba escapar los días tirado en el sofá viendo reposiciones de *Dos hombres y medio* o de *Doctor Who*, su hermano había creado una familia. Un hogar por el que luchar y trabajar para llegar hasta la cima laboral donde se encontraba.

Él tenía una vida.

Y Ramsés tenía que conformarse con la eterna excusa de que Juaje tenía dos años más que él. Así lograba crear una falsa esperanza de que aún tenía tiempo para llegar lejos. «Me lleva dos años de ventaja. Claro que sí, ya lo conseguiré yo».

Le resultaba difícil comprender cómo, a pesar de ser tan distintos, habían compartido los mejores momentos de juventud. En la Plaza de Mina con el balón de fútbol y las pistolas de agua perdían la cuenta del tiempo y los días. Quizá fue eso lo que le engañó: aquella sensación de que todo duraría para siempre. Como si en aquel lugar mágico donde se podían crear campos de batalla imaginarios o escenas del viejo oeste fuese posible zafarse del tiempo y sus estragos. Juntos, desde 3.º de Primaria, habían experimentado el paso de los años, el poderoso fuego del alcohol, el sabor cobrizo de una pelea nocturna y el insufrible dolor de la muerte de un padre. En las malas y en las buenas. Juntos. Amigos que se dedicaban a domar las mañanas de verano, a pescar. A buscar aventuras en las rocas de La Caleta y a enfrentarse a la vida misma.

Bendita juventud que se escurrió sin avisar como el agua entre los dedos de la mano.

—¿Has probado a cambiar de aires? ¿A escapar un poco de la rutina diaria? —preguntó Juaje mientras lanzaba una aceituna al aire y aterrizaba limpiamente en su boca. Ramsés siempre había pensado que algún día moriría atragantado por esa maldita manía de llevarse la comida a los morros como los simios.

—Sí, tío. El año pasado me fui una semana entera a la costa malagueña. Estuve en Benalmádena. Solo. Y lo hice para dedicarme en exclusiva a mi tercera novela. Pero nada. Sin darme cuenta me pasé los siete días tirado en las hamacas del hotel, estudiando la temporada primavera-verano de biquinis y reposando resacas de doce horas.

Juaje dejó escapar una sonrisa compasiva. Después le dio otro generoso trago a la cerveza.

—Y lo que más me jode es que estoy trabajando duro. Hago todo lo posible por sentarme a escribir y, a pesar de todo, no consigo nada de

provecho. Eso es lo que me está matando realmente. Es como si se me hubiese olvidado cómo se juntan las palabras. O mejor dicho, como si nunca hubiese sabido hacerlo. A veces pienso que esa es la puta realidad y que mis obras no han sido más que un golpe de suerte.

—Dos novelas no se escriben por un golpe de suerte, hermanito.

—Y yo qué sé. Yo ya no sé qué pensar.

—Pues yo sigo diciendo que lo que necesitas es un marco propicio. Cádiz no está mal del todo, pero quizás sea demasiado monótono para los que vivimos aquí. Además, si lo piensas bien, el clima y la cultura de la costa malagueña no se diferencian mucho de la nuestra. Playa, sol y terrazas en el paseo marítimo. Quizás sea eso. Aunque la última vez no te haya funcionado, estoy seguro de que cualquier cambio de aires te vendría bien. Pero uno de verdad. En condiciones. Creo que los billetes al polo norte no salen muy caros últimamente.

Maldita la gracia que podían hacerle a Ramsés las bromas en ese momento. Se llevó el vaso de cerveza a los labios y se escondió tras él. No supo qué decir. Y por eso no dijo nada. Poca esperanza podía encontrar ya en cualquier consejo o solución. Lo había probado casi todo. Sentía que en los últimos meses había tocado fondo, no podía descender más en la escala de la autoestima. Se había convertido en un protector de las barras de bar, donde se acodaba y dejaba pasar los días entre trago y trago para acabar la noche vomitándose en la camisa o en cualquier otro lugar, por lo general, en las sábanas del pequeño apartamento que apenas podía costearse.

—Supongo que no lo recuerdas, pero te he hablado en varias ocasiones de una casita que heredé de mi tío, en La Carcoma.

—¿En La Carcoma? ¿Y qué cojones es eso?

—Es un pueblo de la Sierra de Cádiz. No me digas que no lo conoces.

—No, nunca he oído hablar de un pueblo con un nombre tan feo. Seguro que no es más que una aldea que solo conocen los cuatro vecinos del lugar.

—Sí, bueno. Es uno de esos pueblos salpicados de casas blancas que te encuentras en las laderas escondidas de la sierra. Un lugar apartado, ideal para que uno se evada y se olvide un poco de toda esta mierda que estamos acostumbrados a pisar día a día. Ya sabes que mi familia materna siempre se ha dedicado a la agricultura y a la ganadería. Mi tío, sin embargo, fue durante toda su vida el cartero del pueblo. Murió hace unos años. Desde entonces la casa está a mi nombre. Siempre fui su sobrino preferido, por no decir el único.

Ramsés guardó silencio durante unos segundos. Alargó la mano para coger una servilleta y limpiarse el bigote húmedo de espuma que le estaba dejando la cerveza.

—Pues la verdad es que no. No recuerdo haberte oído decir nada de una casa en la sierra.

—Eso te pasa por no prestarme atención cuando hablo.

—Venga, tío. No te vayas a poner en plan esposa cascarrabias.

Aprovecharon para dar otro trago a la cerveza. Una aceituna voló por los aires y aterrizó limpiamente, sabedora de su destino, en la boca de Juan Jesús.

—Pues es tuya por una temporada. Si te apetece, claro. Ya sabes que yo estoy liado aquí con el trabajo. Estoy anclado al ayuntamiento y a la familia, por lo que no me moveré de aquí en unos meses. La casita no es gran cosa, pero es acogedora y tiene su encanto. Además, yo sé que a ti te gusta el canturreo de los pajarillos y esas cosas bohemias. Estoy seguro de que te vendrá bien para sacudirte el estrés y liberar el ingenio. Ya lo verás.

Ramsés se quedó mirando cómo su hermano limpiaba el hueso de la aceituna, rumiándola antes de contestar.

—No sé, Juaje. No sé que decirte. No tengo demasiado dinero, ya sabes...

—¿Pero qué estás diciendo? Olvídate de eso. Para mí será un honor saber que el próximo *best-seller* de todas las librerías internacionales ha sido escrito en mi casa de verano. Lo tienes todo pagado. Solo tendrás que poner para la gasolina y las birras que te tomes. Venga, ámate. Eso sí. Verás que en el pueblo de mi difunto tío la gente es un poco seca, huraña. Sí. Creo que esa es la palabra exacta. Huraña.

—¿Y eso?

—Pues ya te lo he dicho. Piensa en una aldea de apenas cien habitantes. Cualquier turista que vaya allí a pasar unos días será reconocido nada más pisar sus calles. Todo el mundo sabrá que no eres de allí. Es lo único. Es normal, si lo piensas con detenimiento.

—Me estás diciendo que lo tengo difícil para ligar allí, entonces.

—Entre otras cosas.

—Bueno, eso no es nada nuevo.

Juaje casi se atraganta con el hueso de la aceituna. Agarró una servilleta entre toses, lo escupió y lo enrolló como si no quisiese volver a verlo en su vida.

—Eh, tío. No. No te preocupes. Estoy bien, gracias.

—Joder, ¿y qué quieres? ¿Quieres que llame al 061?

—¿Así agradeces mi buena voluntad? Te ofrezco unas vacaciones pagadas en el fabuloso pueblo de La Carcoma, y si me muero atragantado, que me jodan. Te quedas como un pasmarote viendo cómo tu amigo se ahoga.

Se tomaron varias cervezas y recordaron viejos tiempos. Daba la impresión de que todo iba bien. El sol de aquellos días comenzaba a crear el ambiente veraniego que estaba por venir. Colores vivos, brisa estival, piel bronceada. Las horas pasaron volando en la terraza del chiringuito. El momento del almuerzo se iba acercando. El concejal miró el reloj y volvió a sacar el tema a colación.

—Bueno, ¿qué? ¿Qué vas a hacer? ¿Aviso para que preparen la casa o no?

—No sé, no sé. De verdad. Lo único que puedo prometerte es que lo pensaré.

—Está bien. Algo es algo. Cuando lo tengas claro, avísame. Tendría que hacer un par de llamadas para que limpien la casa. Hace mucho tiempo que no la piso. No le vendría mal un repaso antes de que llegases.

—Eso no es necesario. Seguro que está más limpia que mi apartamento.

—No te preocupes. Mi tío era muy querido en el pueblo y a mí me conocen por las visitas que le hacía de pequeño, además, me dejó ver por allí de vez en cuando. No habrá problemas, ya verás. Déjalo en mis manos.

Juaje guiñó un ojo. Otro de los gestos que Ramsés tanto odiaba. Era algo así como: «Tranquilo, que está todo controlado» o «Hazme caso que sé que es lo mejor para ti». Una posición natural en las relaciones madre e hijo. Algo que no debería existir entre dos amigos. Lo dejó pasar y apuró de un largo trago su cerveza.

—Bueno, ¿quién paga?

* * *

Esa noche, bajo el abrigo de la amarillenta luz del flexo de su escritorio, comenzó a escribir unas tímidas líneas sobre un taco de folios.

El ordenador había facilitado el proceso de corrección y envío de los manuscritos a las editoriales. Don Ángel Torres Quesada, uno de los escritores gaditanos con más repercusión internacional con sus novelas de

ciencia ficción, le contó una vez, cervezas mediante, que él había tenido que escribir a máquina tres veces el mismo libro: dos copias para la editorial y una de seguridad, para sí mismo, por si se perdía en Correos.

Ramsés tenía la mala costumbre de escribir a bolígrafo. Se encontraba más cómodo con la herramienta entre las manos mientras la tinta se deslizaba febrilmente sobre el papel. Disfrutaba al ver los folios que iba apartando a un lado de la mesa una vez que estaban repletos de líneas ininteligibles, tachones, flechas y asteriscos. Así, cuando pasaba sus textos a ordenador ya estaba haciendo una primera fase de corrección. Dos pájaros de un tiro.

A medida que iban sucediéndose las palabras sobre el papel en blanco, descubrió que su brazo se comportaba igual que si le hubiese insuflado energía eléctrica. ¿Era aquello ilusión? ¿Esperanza? Quizá fuera una oportunidad. La última, además. En todo caso, parecía que la idea de irse a un lugar solitario, alejado de la sociedad, suponía una ocasión irrepetible para enfrentarse a sí mismo y luchar contra sus demonios. Sentía el pulso a las bravas y el corazón en un puño. Notó como si su engranaje orgánico estuviera desengrasándose. Los pistones comenzaban su movimiento cíclico de forma tímida y el motor tendía a hacer esfuerzos por arrancar.

Las neuronas, después de un largo letargo, parecían desperezarse de su sopor bañado en alcohol.

La Carcoma, 11 de junio de 2001

La cobertura del teléfono móvil desapareció cuando aún quedaban unos kilómetros para llegar a La Carcoma. Llevaba más de hora y media conduciendo por carreteras de curvas ascendentes, a la vez que intentaba captar todas y cada una de las señales de tráfico que se escondían detrás de arbustos que pedían a gritos una poda en condiciones. El coche, un Ford Fiesta *beige* de segunda mano —o de tercera—, que había comprado hacía siete años, parecía suplicar entre estertores de motor sofocado que acabase ya con ese calvario.

A Ramsés le costaba comprender cómo pueden existir personas capaces de relajarse al volante y disfrutar de la conducción. Él llevaba casi dos horas temiendo por su vida en cada curva cerrada. Su mente proyectaba la imagen real de un camión de tres millones de toneladas que invadía su carril y le empujaba hacia el abismo frondoso que se abría a escasos metros del asfalto. En un par de ocasiones tuvo que soportar las bocinas impacientes de los coches que se colocaban detrás de su vehículo: pueblerinos acostumbrados a coger cada día ese tipo de carreteras y que no llegaban a comprender que el que llega allí de nuevas ve su vida pasar como en una película en cada uno de los giros.

Después de dos horas de eterno camino serpenteante, apareció el dichoso cartel de «La Carcoma» a un lado de la carretera, medio oculto por una semiestructura de ladrillos en ruinas de dudosa funcionalidad. El pueblo resultó ser más insignificante de lo que se esperaba. Apenas se podían divisar dos calles principales en forma de cruz que atravesaban la totalidad del pequeño núcleo de casas blancas.

Aparcó el coche en una de las aceras del Parque de las Labores. Un pequeño terruño con una fuente en su centro y la estatua de un tal Higinio Consousa, exalcalde del pueblo, según rezaba una placa enmohecida a sus pies. En apenas quince minutos de paseo conoció casi todo el pueblo. El

ambulatorio, la sacristía, el colegio, una farmacia, la biblioteca y la plaza del ayuntamiento: una calle un poco más ancha y con un edificio que colgaba banderas en su balcón. Las fachadas estaban encaladas al más puro estilo andaluz, llenando de blancura y frescura las calles empedradas e irregulares.

Apenas hacía una hora que había salido el sol y su reloj biológico comenzó a demandar un buen café cargado, por aquello de continuar el día con un semblante medio presentable. El trinar de los jilgueros le había acompañado desde que se bajó del vehículo y las macetas de los balcones parecían tomar su tono verde natural con los primeros rayos de luz. Involuntariamente, comenzó a tararear la canción *Pueblo blanco*, un tema de Joan Manuel Serrat que su padre solía escuchar tirado en la cama mientras él pintaba con sus ceras de colores en el suelo de la habitación.

En La Carcoma, a las nueve de la mañana, no había nadie por las calles. Un gato lleno de legañas y un abejorro bastante perseverante eran los únicos con los que se había cruzado en su paseo matutino. Quizá por ello le hizo especial ilusión cruzarse con aquella señora. Una mujer mayor, con una bata de paño que le llegaba hasta los tobillos, que casi le pone perdido de lejía al vaciar el cubo de fregar desde su puerta.

Ramsés pensó que no le había visto.

—Eh, buenos días, señora —dijo mientras se sacudía un tobillo—, ¿sería usted tan amable de decirme dónde podría ir a tomar un café? Acabo de llegar al pueblo y ando un poco perdido.

La anciana le miró arrugando aún más el rostro. La mente de Ramsés no pudo evitar dibujar la imagen de una bruja del medievo. Cambió la escoba voladora por la fregona y no tuvo que hacer demasiado esfuerzo por imaginarse la verruga peluda sobre la nariz que le corresponde a toda bruja que se precie.

—¿Dice que es su primer día por aquí? —preguntó con una voz fuerte, aguda y desagradable que nunca hubiese sospechado de una mujer tan anciana—. ¿Es que acaso piensa quedarse más tiempo?

—Sí, vengo a pasar unos días en el pueblo. Un amigo me ha dejado su casa, pero ya ve, llevo horas conduciendo y prefiero ir a desayunar antes que ver la cabaña donde voy a pasar las próximas semanas.

—¡Semanas!

La vieja gritó como si hubiese visto a una bestia horrenda y asquerosa. Dio un paso atrás para protegerse de algo tan abominable y escupió. Lanzó un esputo con una viscosidad casi sólida a escasos centímetros de las

zapatillas del turista. Sus ojos pasaron de la repugnancia a un brillo fulgurante de odio e inquina.

—Ni se le ocurra quedarse aquí durante tanto tiempo, forastero de mierda. Aquí no hay nada que ver. Váyase de este pueblo antes de que lo echemos a patadas en ese culo flaco y escurrido que tiene. Los que vienen a husmear no son bienvenidos en La Carcoma. Ea.

La anciana recogió el cubo de la limpieza vacío y dio un portazo que sonó a madera mohosa. El escritor agachó la cabeza para ver el escupitajo verdusco y grumoso con el que le había dado la bienvenida aquella amable señora.

De repente, se esfumó todo el interés que tenía por desayunar.

* * *

Una casa de madera barnizada, un porche acogedor, techo de teja y un pequeño jardín de césped impecablemente cuidado se levantaba en la linde del bosque, a unos trescientos metros a la espalda del pequeño núcleo urbano que conformaba La Carcoma. Un camino de tierra removida lo conectaba con las calles empedradas del pueblo, pero se situaba a la distancia justa para que uno pudiera creerse al margen del mundo. A su alrededor no había más que quietud salvaje: un bosque de pinsapos, montones de guijarros y rocas, vegetación espesa y algunos senderos naturales por los que pasear mientras se disfruta del aroma a resina y flores silvestres.

Allí, en el porche de la cabaña, se imaginó sentado en la mesa de mimbre mientras escribía su próxima novela, inspirado por los pajarillos, las encinas y la puesta de sol.

La llave giró al tercer intento. Al penetrar en la casa un leve olor a humedad encerrada le envolvió como una neblina espesa. Una salita amplia, apenas adornada con un sofá y un par de repisas, le hizo comprender que iba a disfrutar de una estancia con más metros cuadrados que el cuartucho que podía permitirse en la capital. Al fondo del salón, un enorme ventanal daba a la parte trasera, mostrando el pequeño césped vallado y el bosque al fondo. Una chimenea vacía y ennegrecida daba fe de la ausencia de vida en la cabaña durante largo tiempo.

El resto de las dependencias resultaron ser mucho más reducidas. Una cocina decorada al más puro estilo rústico, un dormitorio aireado con cortinas blancas y ondulantes en las ventanas y un pequeño cuarto de baño con ducha.

Tuvo que rehacer sus pasos para dirigirse hacia la cocina y comprobar que su hermano no le hubiese dejado sin la máquina necesaria e indispensable para la existencia humana. En uno de los muebles de madera que colgaban de la pared, justo arriba del fregadero, había una cafetera de latón con bastante uso, pero sería suficiente. Cama, café y papel higiénico. No hacía falta nada más. Así que colocó la maleta sobre el sofá del salón y se dispuso a sacar todos los enseres que había llevado para sobrevivir durante las próximas semanas en aquel lugar propio de un ermitaño.

Fue entonces cuando le sobrevino esa extraña corazonada, esa sensación inusitada de tener a alguien detrás de la nuca observando todos sus movimientos. Levantó la mirada y echó un vistazo alrededor de la habitación. Nadie. Nada fuera de lo normal. Supuso que aquello no debía de ser más que producto de la soledad absoluta a la que no estaba acostumbrado. Allí no existía el ruido y la contaminación de la vida metropolitana. Su organismo no estaba preparado para permanecer totalmente aislado. Poco a poco iría adaptándose a aquel silencio absoluto, a la quietud natural de los árboles y las rocas.

Sin embargo, en un último instinto, su mirada se dirigió hacia el techo cruzado de vigas del salón.

Allí descubrió algo que le provocó un vuelco al corazón.

Y eso que aún no tenía ni idea de todo lo que aquello desencadenaría en los días posteriores.

* * *

—¿Sí?

—Juaje, soy Sés. Te llamo desde la casa de tu tío. ¿Qué? ¿Cómo va la cosa?

—Pues bien, por aquí bien. Tú sabes, mucho papeleo en el trabajo. Pero supongo que esa pregunta debería de hacértela yo a ti. ¿Todo bien? Avisé a un colega del ayuntamiento de La Carcoma para que le diesen a la cabaña un repaso de última hora, espero que la dejasen bien. ¿Qué te parece el lugar?

—La cabaña está genial, por eso no hay problema alguno. En cuanto al pueblo, bueno, aún no he tenido tiempo de verlo en condiciones, pero creo que el concepto se pilla rápido. Todo parece muy tranquilo y apacible, pero la gente me mira como si fuese un extraterrestre venido desde Plutón.

—Y en cierto modo es así, ya te avisé. Los pueblerinos huelen a los

turistas a leguas de distancia. Allí todos se conocen entre ellos. Si un vecino se tira un pedo, se entera hasta el sacristán. Así que ten cuidado con lo que haces, ahora mismo estás en el punto de mira de todos sus habitantes.

Una débil respiración se escuchó al otro lado del auricular. Como una risa apagada por los cientos de kilómetros de línea telefónica.

—Si, ya. En fin. Supongo que tendré que acostumbrarme a los hábitos del lugar. Pero en realidad te llamaba por otro asunto.

—Ya me lo imaginaba. ¿Cuánto dinero quieres? ¿Qué necesitas?

—Nada, gracioso. Te llamo para preguntarte si sabías que tienes una pintada en el techo del salón.

—¿Una pintada? ¡Qué dices, tío!

—Ya decía yo... está justo al lado de la lámpara del techo.

—Joder, joder, joder. No puedo creer que hayan entrado en mi casa. — Ahora el tono del concejal se notaba visiblemente alterado. Ramsés casi pudo notar las babas salpicando el auricular mientras gritaba—. ¿Has mirado si han forzado la puerta? ¡Por Dios! Dime que no tengo una enorme polla dibujada en el techo de mi casa de verano.

—No, no. Tranquilízate, Juaje. Te han pintado un número. Un doce que parece quemado con una llama. Como cuando poníamos nuestros nombres en el techo de escayola de los baños del instituto, ¿recuerdas? Un maldito número doce tostado en el techo, pero ya está. He estado mirando la casa por encima. Aún no la conozco demasiado bien, pero no parece que hayan forzado nada, tranquilo.

—Joder. ¿Y has mirado si han robado algo?

—Yo qué sé, es la primera vez que piso esta cabaña. Pero ya te digo que me he dado una vuelta y parece que está todo en orden.

Juaje suspiró profundamente.

—A decir verdad tampoco tengo nada allí de un valor exquisito. Camisas, bañadores y cuatro latas de atún.

—Sí, por no tener no tienes ni televisor, tío.

—Bueno, eso es lo que querías, ¿no? Un retiro absoluto. La caja tonta solo sirve para mermar y absorber las atenciones —contestó Juaje, más calmado—. En fin, tío, muchas gracias por avisar. Hazme el favor de cuidar la cabaña mientras estés por allí. Supongo que el capullo que se dedica a joder las casas ajenas se mantendrá alejado de la mía durante un tiempo mientras esté habitada.

—Claro, habrá sido la gamberrada de algún niño, nada más.

—Siento si todo este embrollo te ha roto las expectativas de las vacaciones.

—Para nada, este tipo de situaciones promueven las ideas a la hora de escribir. No te creas.

Ramsés escuchó como su hermano reía.

—Sí, ya verás que la sierra y la casa te vienen bien para romper ese problema del bloqueo. Por cierto, ¿cómo va la novela? ¿Le has metido mano ya a tu tercera obra?

—Tío, acabo de llegar, aún estoy conociendo el pueblo. Ni siquiera he sacado los calzoncillos de la maleta. Además, ese maldito número pintado en el techo me está haciendo perder el tiempo. Ya lo ves.

—Oh. Claro, claro. Bueno, tú dale caña.

* * *

Levantó la botella de plástico y la puso entre su vista y el fluorescente que alumbraba el almacén. Como si a través de sus gafas tuviese el poder de ver los componentes orgánicos de aquel líquido. Asintió levemente con la cabeza para darle el aprobado a las propiedades del dorado fluido. El color era el adecuado, sin duda, el tono apropiado para que el resultado final fuese perfecto a la hora de la mezcla. Aún estaba tibio, y la débil espuma de la superficie le otorgaba la apariencia de un *champagne* en malas horas.

Desenroscó el tapón de plástico y vertió el orín en otra botella casi llena de zumo de manzana. Los líquidos naturales se mezclaron, creando una falsa efervescencia que duraría unos breves segundos.

Cuando hubo sellado la botella de zumo de manzana adulterada, levantó la mirada y observó las cajas de jugo a las que aún tenía que darle su «toque personal». Debía de darse prisa antes de abrir las puertas del local.

* * *

Gema Delgado se detuvo a unos metros de la entrada del ultramarinos La Abundancia mientras se secaba el sudor que le bañaba la frente. Aquella carretilla pesaba un quintal y aún le esperaban por delante tres o cuatro viajes para cargar todas las cajas.

Metió la mano en el bolsillo frontal de su delantal y sacó la lista con lo

que le había encargado su madre. Pensó que estaría demasiado ocupada — viendo la telenovela en el sofá mientras se pintaba las uñas de color carmín— como para ir hasta allí y ayudar a su hija a hacer la compra para la cafetería.

Gema dejó la carretilla en la puerta de La Abundancia y accedió a su interior. Por unos instantes, se sintió aliviada al liberarse del calor sofocante de aquella tarde, pero en cuanto sus pituitarias captaron el olor rancio y amargo volvió a recordar dónde se encontraba. Aquel aroma de una sapidez mohosa no era el apropiado para un establecimiento de alimentación y comestibles. La Abundancia era la única tienda de ultramarinos de La Carcoma. Se anunciaba discretamente con un toldo descolorido y ajado que se sacudía como una bandera pirata con el viento de levante. Ernesto —el dueño del local— se aprovechaba de la ausencia de competencia e inflaba los precios de forma desmesurada. No había otro lugar en todo el pueblo donde comprar una barra de pan, medio kilo de tomates o un paquete de café, por lo que a los habitantes no les quedaba otra que ir hasta allí por sus recados si no querían tragarse más de veinte kilómetros de carretera hasta el supermercado más cercano. Aquella tienda era una mina de oro, un negocio que solo generaba beneficios incluso para el empresario más torpe del planeta.

Las estanterías conformaban unos estrechos pasillos cuadriculados casi perfectos. Aquello podía oler mal, muy mal, pero Gema nunca se había explicado la razón. Todo estaba cuidado, ordenado y limpio. Los productos parecían colocados con extremo cariño, como si cada paquete de patatas y cada saquete de habichuelas lo hubiesen planchado antes de exponerlo al público. El suelo brillaba con tanta claridad que se reflejaban las pisadas de los clientes. Cuando era pequeña, recordaba haber creído que al otro lado del suelo había un universo paralelo, parecido al de los espejos, donde vivían otras personas cuyas pisadas se unían, suela con suela, junto a la de los clientes de este mundo.

Pero aquel olor...

—Buenos días, señorita.

—Buenas, don Ernesto —contestó Gema dando un bote.

Al otro lado del mostrador se situaba un señor repeinado, con finas gafas de diseño y un elegante jersey de punto que dejaba asomar el cuello de una camisa acartonada. Un hombre que debía de rondar los cincuenta años, con planta de actor de cine y ropa hecha a medida. Un hombre al que todos respetaban. Leal, honrado, duro en los negocios y cuya palabra valía tanto como cualquier contrato. Afable y carismático, capaz de venderle cualquier

cosa a cualquiera. Podría decirse, incluso, que contaba con el cariño de sus clientes. Solterón, solitario y de vida retraída. Él solo, para darle de comer a toda La Carcoma, para ocuparse de la totalidad de las transacciones mercantiles, el papeleo, los impuestos y mantener la tienda abierta doce horas al día con una sonrisa de oreja a oreja. Un trabajador como ningún otro. Nadie podría recriminarle a Ernesto que tuviese los bolsillos bien llenos.

Sin embargo, a Gema nunca le habían terminado de convencer aquellos ojos azules, fríos y duros como zafiros. Agachó la mirada para esconderla en su uniforme de camarera y aprovechó para aplanar un poco la nota de papel que había arrugado, inconscientemente, en su puño cerrado.

—Tome. Mi madre me ha preparado esta lista.

—Oh, claro. Perfecto —contestó el tendero mientras alargaba su mano para coger la nota. Sus uñas, pulcramente cuidadas y limpias, bien podrían ser la envidia de la dama de honor de la verbena de San Juan—. Por cierto, ¿cómo se encuentra Dolores? Hace mucho tiempo que no veo a tu madre.

—Bien. Se encuentra bien —respondió tajante ante aquella amabilidad artificial y engominada.

—¿Sabes que estuve a punto de conseguir que tu madre fuese mi pareja en el baile de fin de curso?

A Gema le extrañaba que una persona tan meticulosa y ordenada se repitiese tanto en sus historias. Le había contado aquel pasaje de sus recuerdos infinidad de veces, incluso con su madre delante. Un día, de hecho, le entraron ganas de estrangular a los dos al ver un destello de rubor en el rostro de ella. Una historia que le daba náuseas nada más escucharla por respeto a su difunto padre. No le interesaba en absoluto. Pero cada vez que le tocaba ir a hacer recados —que solían ser todas las veces—, corría el riesgo de tener que oír cómo su madre tuvo el buen gusto de aceptar la invitación de Don Ernesto para ser su pareja de baile de fin de curso. Su acompañante. Pero días antes de la fiesta, su futuro padre recibió por regalo de cumpleaños una Vespa, la moto que todos los jóvenes de la época ansiaban conducir. Su santa madre no pudo resistirse a los encantos de un joven autopropulsado. Cuatro primaveras después nació Gema, fruto de ese amor desinteresado. Doce años después de su nacimiento, murió su padre. Un infarto de madrugada. Un día se acostó en la cama, cerró los ojos y ya está. Se acabó. No volvió a despertar. No al menos en este mundo.

—Sí, sí. Me contó usted la historia la última vez que vine.

Ernesto soltó una risotada. Era la clase de risa que uno espera encontrar

detrás de los barrotes de un manicomio. Se recolocó las gafas de fina montura sin dejar de clavar sus ojos en la figura de la hija de Dolores. Sus ojos celestes brillaban de forma eléctrica.

—Lo que habría cambiado la cosa si tu madre no hubiese roto su pacto, ¿eh, jovencita?

A Gema le dio la sensación de que, detrás del mostrador, el tendero se había llevado la mano a la bragueta. Hacia la entrepierna de su impoluto pantalón color caqui.

Cuando Ernesto vio que la estúpida niña cruzaba las manos en la parte delantera del delantal y volvía a agachar la mirada se recompuso y continuó.

—Bueno, pues empecemos con esto —dijo el tendero al ver que aquella jovencita perdía la mirada en sus propios recuerdos—: Mantequilla, leche, zumo, servilletas... dame cinco minutos para que te lo prepare todo. ¿Has traído la carretilla?

—Sí. Está fuera.

—Bien, buena chica.

Gema no pudo evitar que se le removiera el estómago. Ese «buena chica» le supo a rancio, a corrompido. Ese era el tipo de expresiones que le atribuía a pederastas y violadores. O quizá el tipo de carantoñas que se le hace a una niña de diez años. Ella, aún consciente de que estaba poco espabilada en el mundo de las personas adultas por culpa de haberse criado con su madre, era mayor de edad desde hacía tres meses. No tenía por qué aguantar aquel trato tan ladino e infantil.

No obstante, como respuesta, lo único que consiguió fue girarse y dirigirse a la salida de la tienda para recoger la carretilla.

Respiró profundo y pareció insuflarse nuevas energías con el aire templado de la mañana. Las palomas picoteaban unas migas en medio de la estrecha calle y las cigarras vibraban anunciando la llegada de la nueva estación. Posó una mano sobre la carretilla y levantó la mirada para ver cómo las nubes se difuminaban como volutas de humo en el fondo despejado del cielo.

Nunca había fumado. Ni un cigarrillo. Ni siquiera cuando sus compañeros se lo habían ofrecido en el descanso del instituto. Sin embargo, en aquella ocasión reconoció perfectamente la necesidad imperiosa de llevarse uno a la boca.

Quiso tener unos minutos a solas antes de volver a entrar con la

carretilla en la tienda de aquel hombre que se escondía detrás de ese uniforme de persona normal y corriente.

Ernesto se secaba el sudor de la frente con un pañuelo mientras resoplaba junto a un montón de cajas apiladas.

—Ya está todo listo, cariño.

Cariño. Gema tuvo que aguantar las ganas de gritar allí en medio, de abalanzarse sobre él y arañarle la cara bronceada de cejas perfectamente depiladas. Pero todos estos pensamientos, como siempre, solían quedarse dentro de su cabeza. Encerrados entre los barrotes de sumisión a los que su madre la tenía acostumbrada.

Se acercó hacia el bulto de productos y se puso a comprobar el género como si el tendero no estuviese presente. Como si no existiese. Como si el universo siguiese su curso cósmico sin la necesidad de que Don Ernesto hubiese vivido alguna vez.

—Creo que está todo —dijo el tendero casi en un susurro. Para hacerle saber que sí. Que sí que existía y seguía allí. A su lado. Al alcance de la mano.

Gema levantaba el dedo índice mientras sostenía la lista en la otra mano. Después de repasar la etiqueta de todas las cajas de cartón, asintió con la cabeza.

—Sí, está todo. Tendré que hacer un par de viajes. Mi madre le pagará dentro de quince días, como siempre.

—Dile a la señora Dolores que no se preocupe. Tú dale recuerdos de mi parte y hazle saber que La Abundancia está a su entera disposición. Para lo que necesite. Para mí es un placer abastecer a la mejor cafetería de La Carcoma.

Gema sonrió de manera taimada y comenzó a cargar los alimentos en la carretilla para terminar con aquello lo antes posible. Ernesto no tardó en agacharse para echarle una mano en una noble muestra de educación y caballeridad.

* * *

Tuvo que ir hasta el parque para recoger el coche y aparcarlo delante de la cabaña. Así lo tendría a la vista con tan solo asomarse a una de las ventanas. No terminaba de fiarse de los habitantes del pueblo. Después de eso, dedicó la mayor parte de la tarde a colocar los trastos que se había llevado en su

maleta.

En su primer día apenas salió de la casa para tomar un poco de aire y disfrutar de la puesta de sol sentado en el sillón de mimbre de la terraza. Luego cenó un par de sándwiches reblandecidos que había preparado para el viaje a la vez que, tirado en el sofá, leía *Mientras escribo*, de Stephen King; un libro de técnica narrativa en el que esperaba encontrar ese empujón que le hacía falta para empezar a darle vida a su nueva novela. Por si acaso, dejó la montaña de folios en blanco en la mesita del teléfono situada junto al sofá.

Pero leer y escribir son dos cosas muy distintas. Uno puede leer cientos de libros de técnicas narrativas, clásicos literarios y premios Nobel de Literatura. Puede, incluso, asistir a esos cursos de escritura creativa que se suelen organizar para sacar las perras a los cuatro bobos que pecan de inocente ilusión. Frecuentar tertulias literarias, donde la envidia, el egocentrismo y las puñaladas cobran más protagonismo que «el escritor de la semana». Uno puede autoproclamarse escritor, encontrar a un grupo de amigos y familiares que le sirvan de palmeros en cada una de las presentaciones y eventos relacionados con las letras y, ya de paso, puede hacerse alguna que otra foto de brazos cruzados y ojos entornados, como si la sabiduría absoluta se guardase en esa cabeza de literato. Uno puede disfrazarse de escritor, e incluso puede llegar a parecerlo en cumpleaños y reuniones de colegas.

Pero a Ramsés ya no le valía nada de eso. Ahora tenía que comportarse como uno de verdad. Le tocaba hacer de tripas corazón y tener la gallardía suficiente como para sentarse delante del papel en blanco y enfrentarse a sus propios miedos. Para no sucumbir en el estancamiento y mejorar cada día, con cada texto, con cada línea, con cada letra. Le tocaba la parte más dura del oficio: escribir.

Sin darse cuenta se quedó dormido en el sofá, con el libro abierto sobre el pecho y bajo el abrigo de aquel extraño número doce tostado en el techo del salón.

La Carcoma, 12 de junio de 2001

Fue al levantarse por la mañana cuando lo vio. Y se asustó, aunque le diese rabia reconocerlo. La parte lógica de su cerebro le decía que estaba perdiendo la cabeza o que se había obsesionado con una nimiedad sin importancia.

Cuando estaba dándose su enjuagón matutino en la ducha descubrió que había algo escrito en la pared del cuarto de baño, junto a las cortinas de plástico. Un número carbonizado en la madera barnizada, igual que el del salón. Pero esta vez se trataba del número once.

Estaba casi seguro de que el día anterior había examinado la casa de forma minuciosa, sobre todo para comprobar que no hubiera desperfectos y que no se hubiesen llevado nada. Se extrañó al ver aquel nuevo número quemado junto a la ducha. Aunque también es cierto que aquella zona de la casa, aquel rincón del cuarto de baño, quedaba un poco más escondido tras las cortinas.

Mientras se enjabonaba no podía dejar de darle vueltas al asunto. Su sentido común le decía que aquel once había estado allí desde el día anterior, solo que no lo había visto. Nada más. Sin embargo, la posibilidad de que alguien hubiese entrado en la casa por la noche, o en alguna de sus ausencias —por ejemplo, cuando fue a recoger el coche— le machacaba la cabeza. Rehusó esta última opción debido a que no encontraba lógica alguna a la idea de que alguien se dedicase a entrar en casas ajenas para pintar números.

Continuó dándole vueltas mientras se lavaba los dientes y observaba su reflejo en el espejo con la boca espumosa y la quijada en tensión. Se sentía como un verdadero idiota. Le había fallado a su amigo. A su hermano. El día anterior le había asegurado que todo estaba correctamente y que la casa no presentaba ningún desperfecto, a parte del número en el techo, claro. Ahora resultaba que había otra pintada en el cuarto de baño.

Se secó la cara y las manos, se puso unos calzoncillos y se dispuso a hacer un examen riguroso de las dependencias de la cabaña.

Miró por todos los rincones de la pequeña cocina, dentro del ropero del dormitorio, debajo del sofá del salón. Invirtió unos diez minutos en cerciorarse de que no hubiese nada más pintado en toda la casa. Una vez seguro se sentó en el sofá, clavó la mirada en la cristalera que daba al paisaje frondoso del fondo y su cabeza comenzó a trabajar a ritmo de tambor.

Había algo que no terminaba de cuadrar en todo aquello. La casualidad de que hubiese visto el número doce en el techo del salón y que, al día siguiente, descubriese el once, le mantuvo durante unos minutos desconcertado. Dos números sin ningún sentido aparente más que la correlación ordenada en una cuenta atrás.

Tampoco quiso mortificarse demasiado por aquel sin sentido. Tenía suficientes problemas por los que preocuparse como para perder el tiempo con unas pintadas en una casa que ni siquiera era suya. Tampoco quiso darle la satisfacción al gamberro de turno de conseguir lo que se proponía. Y, a la vez, decidió que tampoco era razón para volver a molestar a Juan Jesús. ¿Qué más da que la casa esté pintarrajeada por un número o por dos?

El estómago soltó un gruñido, quejándose de la poca comida que había ingerido en las últimas veinticuatro horas. Se vistió, se guardó las llaves de la cabaña en el bolsillo de los tejanos y salió dispuesto a dar un paseo por el pueblo en busca de alguna cafetería donde encontrar un desayuno en condiciones.

Se aseguró de cerrar el pestillo del portón dándole dos vueltas completas a la cerradura.

* * *

A la cafetería nunca le pusieron nombre. ¿Para qué? Apenas había dos bares en todo el pueblo y no hacía falta más que decir: «Ahora vengo, estoy en la cafetería», para que todo el mundo supiese dónde se encontraba el susodicho. Además, así ahoraban en rótulos y carteles innecesarios. La economía daba lo justo para comprar la cafetera y pagar el alquiler. Gracias a Dios que uno de los bares del pueblo de al lado tuvo que cerrar, sin avisar, de un día para el otro, y pudo hacerse con el mobiliario a cambio de dos pesetas. Es que hay que andarse con mucho ojo con los esbirros esos de Sanidad.

En aquel momento solo había cuatro clientes. Dos jubilados jugaban al

dominó y una pareja un poco más joven se limitaba a contemplar las noticias que emitía un anticuado aparato de televisión desde uno de los rincones.

Ella se pasaba allí todo el santo día. Tenía la mirada triste y evitaba mirar a los ojos a los parroquianos. La cafetería se había convertido en todo lo que tenía y, seguramente, por eso la atendía con tanto esmero. La sala siempre estaba limpia y bien presentada. Tenía incluso algunas mesas preparadas para que los clientes pudieran sentarse junto a una cristalera adornada con geranios, se tomaran el café o degustasen un plato de huevos rotos con vistas a los árboles pelados de la calle principal. Cuando los consumidores se iban solían dejar una propina en la mesa que ella se guardaba en el bolsillo del delantal, sin decírselo a su madre.

En La Carcoma no había muchos lugares de ocio, por lo que heredar aquella cafetería era toda la esperanza de futuro próspero que le quedaba en la vida. Ella y su madre eran las únicas empleadas del local. Un negocio familiar que habían emprendido tras la muerte del cabeza de familia. Un padre que había sacrificado toda su vida al duro trabajo del campo para sacar a su gente adelante. Un hombre de grandes dimensiones, sencillo y bonachón, cuya vida se había resumido en disfrutar de su casa, de su hija y de su mujer amargada.

Pocos días después de estar enterrado, su madre decidió vender todo el ganado e invertirlo en aquella cafetería sin pedirle opinión alguna. Una decisión que la llevó a una profunda depresión con apenas dieciséis años; se sintió superada por la muerte repentina, además de ver su pequeño imperio de cabras, vacas y lechones desaparecer de un día para otro. Un abatimiento que se fue difuminando a medida que el negocio se levantaba con las buenas opiniones de los aldeanos. El local se convirtió, con el paso del tiempo, en un punto de reunión en el que trabajadores y estudiantes se congregaban a primera hora de la mañana para tomar el desayuno y comenzar el día con buen pie. La cafetería, después de todo, era lo que les daba la vida. Un negocio que les mantenía la cabeza ocupada y activa en un pueblo vetusto y marchito.

Gema se asomó por la pequeña ventanilla donde se servían las comandas y vio que tenía una mesa desatendida junto a la cristalera. Se extrañó un poco, ya que todo el que entraba en la cafetería solía dar los buenos días a las dueñas del local. Se secó las manos en el delantal y salió a la sala. Cuando encaró al señor que estaba sentado mientras miraba la calle a través del cristal, se sorprendió al descubrir que se trataba de alguien desconocido. Un

hombre joven que no pertenecía al pueblo.

—Buenos días, ¿qué desea tomar?

El señor giró la cabeza y tardó unos segundos en contestar. Unos segundos que a Gema le parecieron eternos. Las miradas quedaron clavadas, como si una vez conectadas hubiese que hacer un esfuerzo por romper la unión.

—Eh. Sí, claro. Un manchado, por favor.

—Un café manchado.

—Sí, y una tostada integral —continuó visiblemente recompuesto de ese extraño nerviosismo que pareció sacudirle al comenzar la conversación—. ¿Tenéis sobrasada para ponerle al pan?

—Sí.

—Bien.

Gema se giró rápidamente, esperando que el extraño calor que sentía en el estómago no le hubiese arrebolado los cachetes. De camino a la cocina se sintió con paso torpe, como si de buenas a primeras las piernas hubiesen perdido toda consistencia muscular o el suelo hubiese empezado a vibrar de forma inestable. Pensó que todas las probabilidades apuntaban a lo primero. Casi se pinchó el dedo al clavar la comanda en el quicio de la ventanilla.

Su madre estaba vuelta de espaldas, sacudiendo las migas de pan carbonizadas de la tostadora.

—Mete una tostada integral, *ma*.

Dolores, como de costumbre, ni siquiera se dignó a mirar a la cara a su hija. Pero ella, aquel día, casi lo prefirió así. Hubiera sido capaz de notar con solo un vistazo de refilón que su hija se encontraba ligeramente acalorada.

Gema dio media vuelta y se puso a calentar la leche en la cafetera. Se sentía estúpida, torpe, simplona. La leche se le derramó por la barra y casi se quema el dorso de la mano con el vaporizador. Notaba como si una fuerza invisible la empujase a girar el cuello y volver a mirar a aquel joven de la capital.

Las cuatro palabras que habían intercambiado eran suficientes para saber que venía de la ciudad. El acento gaditano era inconfundible y aquella ropa de marca no solía verse por los pueblos de la zona. Debía de rondar los veintitantos. Tenía pinta de estudiante, aunque aquellos Levi's eran demasiado caros para alguien que subsistiese de becas universitarias. Pensó que, quizás, podría pertenecer a una familia pija y adinerada. Uno de esos

niñatos que tiene todo lo que se le antoja sin pegar un palo al agua.

Escuchó chocar la porcelana contra la madera de la ventanilla. La tostada estaba lista. Terminó de preparar el café, agarró el plato, el cuenco con la sobrasada y lo puso todo sobre una bandeja. Mientras se acercaba hasta la mesa del forastero vio que este estaba escribiendo en una libreta de cuadrículas. Cuando se acercó para servirle, el chico echó el cuaderno a un lado y le dedicó una sonrisa. Gema le retiró la mirada y puso el desayuno sobre la mesa.

—Muchas gracias.

—De nada. Buen provecho.

—Perdona —dijo alargando la mano para que la camarera no se retirase—. ¿Dónde puedo comprar comida por aquí cerca? Llegué ayer, he paseado por el pueblo pero no he visto ninguna tienda donde hacer la compra de la semana.

La camarera se llevó la bandeja al pecho, como si fuese un escudo con el que protegerse de los clientes no habituales.

—Sí, claro —contestó casi en un titubeo—. Si usted sale de la cafetería y gira a la derecha, tiene que seguir todo recto por esta calle hasta llegar a una plaza pequeña. Ahí es donde está la tienda de Ernesto. Verá usted el cartel del almacén: La Abundancia.

—Perfecto, muchas gracias. Pero te agradecería que no me trates de usted, por favor. Me haces sentir un carcamal y además, creo que somos de la misma quinta.

Gema se giró y echó un vistazo a la cocina. Su madre seguía de espaldas. Dudó durante unos instantes pero supo recomponerse. Tenía que dejar de ser la niña tímida y dependiente si algún día quería ser alguien en la vida. Alguien de verdad, no la sombra de su madre.

—Vale, vale —contestó Gema improvisando una sonrisa a todas luces exagerada por culpa de los nervios—. ¿Y que haces por aquí? Si no es mucho preguntar, claro. Este pueblo está medio muerto. Últimamente no solemos ver mucha gente de fuera por nuestras calles.

—Ya, ya. Me consta. —El forastero hizo una breve pausa para mirar a través de la ventana en dirección a la calle vacía del pueblo—. He venido hasta aquí para pasar unos días alejado del estrés de la ciudad. Un buen amigo me lo aconsejó para recargar las pilas, aislarme y ponerme de una vez por todas con mi trabajo. —El chico pareció sonrojarse y volver al

nerviosismo que se le había notado al principio. Como si le diese vergüenza hablar de ello—. Soy escritor, ¿sabes? Estoy liado con mi tercera novela y, bueno, digamos que necesito de este pueblo. Necesito un poco de tranquilidad para ordenar las ideas.

—Así que eres poeta.

—No, no. A decir verdad, no he escrito una poesía en mi vida. Lo mío son... las historias.

—Bueno, es lo mismo.

—No. No lo es.

Gema volvió a lanzar una fugaz mirada a su espalda para comprobar que su madre seguía ensimismada en la cocina. Se retiró la bandeja-escudo que protegía su delgado torso y la dejó caer hasta que los brazos quedaron totalmente estirados, cubriéndole la zona de la cadera.

—En ese caso, supongo que un libro no se escribe en dos días, así que te quedarás con nosotros por un tiempo.

—Sí, de momento, sí. Si no me echan del pueblo a patadas, claro. Ayer, cuando llegué, la primera persona que me encontré fue una señora mayor, un par de calles más abajo. A ella le pareció correcto darme la bienvenida escupiéndome en los zapatos.

Gema soltó una risita nerviosa que se tapó automáticamente con los dedos de la mano.

—Sí, aquí la gente huye de los turistas. Es un pueblo muy cerrado, de personas acostumbradas a que cada día sea una copia exacta del anterior. Durante muchos veranos hemos sufrido las visitas constantes de los senderistas. Muchos de ellos eran chavales jóvenes que se emborrachaban como cosacos cuando pasaban aquí las noches. Nos dejaban el pueblo hecho un asco. Meadas, demasiado ruido por las noches y botellas rotas por las esquinas, ya sabes. La gente de aquí no quiere jaleos de ese tipo, de hecho, hace unos años se sometió a votación popular cerrar el único albergue de La Carcoma.

—Supongo que todos votaron a favor del cierre.

—Ea —afirmó la camarera mientras agachaba la cabeza.

El chico cogió una servilleta y jugueteó con ella entre las manos un par de segundos antes de seguir hablando.

—Bueno, en ese caso me alegro de haberte conocido y saber que no todos los de este pueblo sois gente seca y huraña.

El rostro de la camarera se tornó de un color rojo sofocado. Desvió la mirada sin saber a dónde dirigirla. Inevitablemente, tuvo que posarse durante un instante en la cocina desde la que su madre, ahora sí, le dedicaba una mirada fulminante.

El forastero se quedó boquiabierto, de una pieza, con cara de pasmarote certificado, cuando la camarera dio media vuelta y se retiró sin decir palabra.

Mientras Gema pasaba a la cocina de la cafetería, Dolores tiró de la mano de su hija para apartarla de la puerta y de la vista de la clientela.

—¿Por qué le mirabas de esa manera, señorita? —dijo en un enfurecido susurro. En su frente habían aparecido esas arrugas forzadas, apretadas. Su madre estaba furiosa—. ¿Qué es lo que le ocurre a esta estúpida y preciosa cabecita?

—¿A quién miraba? ¿Y cómo?

Intentaba esforzarse para que su forma de hablar pareciese normal, pero su corazón parecía querer absorber toda la sangre de su organismo con cada contracción. Las madres suelen tener un sexto sentido para este tipo de asuntos.

Apretó con tal fuerza la mano que sujetaba la suya que le hizo daño.

—¡A mi no me vengas con cuentos! ¿Qué has visto en esa rata de ciudad? ¡Dime la verdad!

—No, no sé de qué me estas hablando. Me haces daño, *ma*.

Dolores esbozó una sonrisa triste y comprimió la mano de su hija con más fuerza todavía.

—Mejor un pequeño daño ahora que otro grande más tarde. Domina tu descaro y aprende a comportarte como una señorita. ¿O es que quieres ser la putita del pueblo? Sí, ya sé. Es eso. Quieres ser la que todo el mundo señale por las calles por abrirse de patas al primero que pasa.

—*Ma*, no sé de qué estás...

—Pues yo creo que sí lo sabes —dijo Dolores con la cara muy seria, empujando a su hija contra la pared de la cocina. Un señor acababa de entrar por la puerta de la cafetería y su madre tuvo el exquisito detalle de asomarse por la ventanilla, dedicarle una sonrisa y juntar el dedo índice y pulgar en señal de que estaría en su mesa en apenas unos segundos—. Ten cuidado con lo que te digo, ten mucho cuidado. Si yo he visto desde el otro lado de la barra esa mirada de bobalicona, ten por seguro que él también la habrá visto. No quieras traer a la deshonra a tu familia por culpa de un maldito pijo de

capital.

Un rastro acuoso empezó a asomar por la zona inferior de los ojos de Gema, y su madre se alegró de que así fuera.

—Ten una cosa clara. El tiempo para estos juegos tontos de muchachita con mirada de muñequita ha terminado. Hazle caso a tu madre que sabe lo que se dice. Prométeme que no volverás a acercarte a ese chico.

—Te lo prometo, *ma*.

—Pues entonces volvamos a lo nuestro. Hay clientes que están esperando.

Ambas entraron en el salón juntas, una al lado de la otra, rozando sus rojos vestidos de camareras. Como si fuese una coreografía ensayada, a mitad de camino, se separaron y comenzaron a atender las mesas de los clientes.

A Gema se le paró el pulso cuando por el rabillo del ojo comprobó que el poeta se había marchado después de dejar el pago de la cuenta sobre la mesa.

* * *

Cuando llegó a la cabaña abrió una de las cervezas que había comprado y se la acabó casi de un trago, el resto las guardó en el frigorífico. El calor de la mañana en aquel pueblo empezaba a ser sofocante, e ir cargado con las bolsas de la compra desde La Abundancia hasta la casa le había hecho sudar como un loco. El Ernesto de marras parecía un tipo de lo más amable y servicial. Un señor que bien podría haberse dedicado a la política: un hombre bien vestido y de modales impecables que la metía doblada a la hora de cobrar. Sus precios casi triplicaban los de cualquier supermercado de la provincia. Ramsés comenzó a pensar que le habría sido más económico ir a pasar una temporada a *Miami Beach*.

Encestó de lejos la lata vacía de cerveza en el cubo de la basura y fue a por otra. Se secó la frente con el dorso de la mano. Aún no había dejado de sudar. Tenía que refrescarse, aunque su subconsciente le decía que necesitaba la cerveza para paliar la vergüenza, más que el acaloramiento veraniego. Se sentía como un auténtico gilipollas, aunque le costara admitirlo. Apoyó las manos en la encimera de la cocina, agachó la cabeza y se puso a tamborilear con los dedos en el mármol del mueble.

«Me alegro de haberte conocido y saber que no todos los de este pueblo son gente seca y huraña».

Se había puesto nervioso con una niña de apenas veinte años. La había espantado como a las palomas con un petardo de quiosco. Solo había que ver la cara que había puesto antes de huir de aquella mesa. No solo había olvidado cómo escribir, si no que había perdido toda práctica a la hora de entablar conversación con alguien del sexo opuesto sin comportarse como un tonto de capirote. No es que le preocupase en demasía que una chiquilla se hubiese llevado una mala impresión de él —por si fuese poco, le había pedido sobrasada con la tostada; seguro que pensaría que el aliento le olía a perros muertos—, lo que realmente le mortificaba era que, en los dos días que llevaba en aquel lugar, aprovechaba cualquier nimiedad para mantener la cabeza ocupada. ¡Ni siquiera estaba convencido de que aquella chica le hubiese gustado! Le daba la sensación de que se agarraba a cualquier excusa para no sentarse delante de la montaña de folios en blanco. Como si fuese más cómodo mantenerse preocupado por unos números pintarrajeados o por la camarera de una cafetería que por buscar un argumento convincente para su libro. Como si él mismo se buscase los problemas para sentirse ocupado y aparcar permanentemente la novela para otro día.

Como.

Como si tuviese miedo a ponerse manos a la obra y descubrir que nunca había valido para escribir. Todo había sido una mentira, una farsa. Y estaba a punto de llegar a su final.

La Carcoma, 13 de junio de 2001

Despertó con energías renovadas, aunque en lo primero que pensó nada más abrir los ojos fue en los malditos números. Se desperezó y se levantó con el corazón golpeándole en el pecho, temeroso de encontrar un diez pintado por algún lugar de la casa. Los sucesos de los dos últimos días habían sembrado la semilla de la incertidumbre en la tranquilidad que buscaba en aquel lugar.

No obstante, aquel día no vio nada nuevo. Ni extraño. El doce y el once seguían en su sitio, pero nada más. Se convenció entonces de que ambos debían de estar desde el primer momento que pisó la casa, solo que vio el segundo un día después que el otro. Casualidad. Cosas que pasan.

Su sinapsis neuronal proyectó entonces sus impulsos eléctricos al segundo problema que le inquietaba. Se dispuso a coger el toro por los cuernos y darle solución para acabar con ese sufrimiento que le atormentaba.

Se puso unos vaqueros, una camiseta y fue directo a la cafetería.

* * *

Apareció al cabo de un rato, cargada con una bandeja llena de tazas de café.

Por segunda vez, Ramsés se quedó sin habla nada más verla. Le hizo falta pisar dos veces la cafetería para darse cuenta de que era de una belleza casi perfecta. Tenía los ojos ligeramente almendrados, de un color marrón deslumbrante. El pelo rubio lo recogía en una cola; el rostro era de rasgos finos y la nariz, elegante. Tímida y humilde, llevaba unos brillantitos relucientes en las orejas y las uñas de las manos estaban mordidas hasta casi desaparecer, en una muestra de tensión contenida de forma perenne. Su mirada, a pesar de proyectar una hermosura desbordante, parecía triste, alicaída.

Ramsés quiso hablar con ella, pero cuando le puso el café y el zumo de

manzana sobre la mesa se marchó sin siquiera dedicarle una mirada. Minutos antes había sido la mujer mayor la que le había tomado la comanda, y lo hizo con cara de pocos amigos. Aquí no tenemos zumo de piña, solo de manzana. Como si hubiese matado a su perro o, peor aún, como si la chica le hubiese contado que era un papanatas de tres al cuarto que iba allí a tontear con las camareras.

Hizo de tripas corazón y se prometió que no se marcharía de la cafetería sin haber aclarado con la muchacha el malentendido del día anterior. Cuando vio por el rabillo del ojo que era ella la que se acercaba a la mesa con su tostada integral y la mantequilla, dejó de hacer como que estaba escribiendo en su libreta y la apartó a un lado.

—Gracias.

Intentó dedicarle una sonrisa cómplice, pero ella no la vio. Y si lo hizo pasó de ella como de la mierda. Le puso el plato sobre la mesa y se giró como la que tiene mucha prisa.

—Perdona.

Ramsés alargó la mano a la desesperada y la agarró por el delantal antes de que se marchara. Al instante se percató de que aquello podía empeorar la situación y la retiró de un latigazo. Cuando la camarera se giró, el escritor tuvo la certeza de que iba a ponerse a gritar. Pero no lo hizo. Su mirada era la de alguien atemorizado.

—Perdona si ayer te molesté con mi comentario. Solo quería ser agradable.

Al ver que no decía nada, continuó lo mejor que pudo.

—Me llamo Ramsés.

La camarera volvió a girarse y se fue dejándole con la palabra en la boca y una media sonrisa de mameluco universal.

El forastero agachó la cabeza avergonzado, no quería levantar la mirada de la mesa. En un acto reflejo, cogió el zumo de manzana y se lo bebió de una tacada. Un trago que le supo ligeramente amargo, salado y avinagrado. Como si hubiera bebido pis.

Sí.

Algo parecido.

* * *

Cuando apenas tenía catorce años sus padres se deshicieron de él por una

temporada. Le mandaron derechito a un campamento de verano después de que les presentara cuatro suspensos en la última evaluación de segundo de la E.S.O. En medio del campo, a cientos de kilómetros de su hogar, cuatro barracones de mil quinientas literas cada uno y el señor Roselló. Un hombre calvo y musculado, como esculpido en roca viva, que les dejó claro desde el primer minuto que debían llamarle capitán.

Nada más llegar, les hizo ponerse ropa deportiva y dirigirse a un campo lleno de obstáculos. Cuerdas para trepar, fosos inundados de barro donde uno saltaba y luego no podía salir si no era con la ayuda de otro niño con cara de susto, alambres llenos de pinchos por los que había que pasar reptando, muros de tres metros que superar, montañas de neumáticos que escalar y escaleras horizontales a cinco metros de altura por las que había que pasar a gatas y con un padre nuestro entre los labios. Estuvieron así durante dos horas. Recorriendo una y otra vez la pista militar improvisada confeccionada exclusivamente para los niños que iban a pasar allí el verano entero mientras sus santos padres tomaban daiquiris en el Caribe. Dos horas a pleno sol, con la ropa sudada, llena de fango y acompañados de los gritos amenazadores del capitán Roselló.

Cuando uno de los chavales cayó al suelo a plomo, todos se sintieron un poco mejor. Una pequeña parte de sus entrañas —aquello a los que algunos suelen llamar conciencia— se preocupaba por el estado de salud del compañero, pero el instinto de supervivencia, un instinto mucho más primitivo que la moral, se alegraba de que alguien se hubiese desmayado y tuviesen que abortar el ejercicio.

El capitán Roselló se puso rojo y la calva se convirtió en una bombilla de feria a punto de estallar. Empezó a gritarles con baba espumosa entre las comisuras de los labios para que siguiesen con los obstáculos. Que allí no había nada que mirar y que aún quedaban treinta vueltas que dar al circuito. Cogió una botella de agua del coche que había aparcado junto a la pista —un vehículo destinado supuestamente a la evacuación en caso de que alguien lo necesitase—, y vertió su contenido por encima del chaval enclenque que estaba tirado en el suelo. Nunca se supo qué le dijo el capitán al oído, pero a los quince segundos el desmayado resucitó entre las cenizas y se puso a superar obstáculos como si lo hubiesen bañado en agua bendita.

Les sirvieron de comer una masa pringosa y lechosa sobre la que días más tarde, cuando ya se habían acostumbrado a esa bazofia, hacían apuestas acerca de su naturaleza. Los más atrevidos aseguraban que podría ser puré de

patatas con mucha agua; los más pesimistas apostaron a que se trataba de los cerebros de los que no salían del campamento. Fue allí, mientras almorzaba en una mesa repleta de cabezas gachas y en pleno silencio, donde el pequeño Ramsés conoció a Botón. Un granadino de complexión ancha que tenía una verruga en el entrecejo. Justo arriba de la nariz. Redondita y moldeada, parecía un interruptor para apagarlo y encenderlo. En uno de esos almuerzos deprimentes coincidieron juntos en la larga banqueta. Esa vez solo se miraron, pero se dijeron muchas cosas sin abrir la boca.

Los días allí dentro se hacían interminables. Daban permiso para ir corriendo hasta la cama sobre las doce de la noche entre «Educación Física», «Actividades al aire libre» y «Orientación en Medios Ambientales». Eso es lo que le vendían a los padres. Ramsés perdió cerca de nueve kilos en las seis semanas que pasó en aquel campamento de verano.

Cuando apenas quedaban unos días para acabar con el calvario y decirle adiós a aquel campo de concentración infantil, tuvieron que saltar desde un faro al agua del mar. Se trataba de un salto de unos doce metros. Era inevitable que a uno se le pusiesen los huevos de corbata al subir a aquella estructura, en una fila ordenada y meticulosa a la espera de la caída. Desde aquella altura la gente parecía hormiguitas esperando abajo. «La prueba de la decisión», así es como llamaban a dar un paso adelante y caer una eternidad en el vacío hasta llegar al agua helada. Eso si todo salía bien, claro. Uno siempre se podía romper la crisma con alguna de las rocas del fondo marino.

Ya habían saltado unos cuantos valientes, que se abrazaban abajo con aire triunfador y con la media sonrisa de los campeones mientras sus rostros aún seguían blancos de la impresión. Botón estaba justo delante de Ramsés. El que estaba antes que él en la fila saltó sin poder evitar que se le escapase un pequeño grito de valor aterrorizado.

—Vaya atajo de mierdecillas estáis hechos —comentó el capitán Roselló mientras miraba hacia el agua y se aseguraba de que el alumno había llegado bien a su destino.

Hizo una señal y Botón avanzó un par de pasos hasta colocarse al filo de la superficie sólida del faro.

—Yo no estoy seguro de esto, capitán.

—¿Cómo?

—Que no puedo saltar. Esta prueba pone en riesgo nuestra seguridad. Me apuesto lo que sea a que nuestros padres no tienen ni idea de que se llevan a cabo este tipo de actividades.

Después de estas palabras, dignas de un abogado que defiende una causa a vida o muerte, Ramsés temió seriamente por la integridad física de su buen amigo —y después de esa respuesta, admirado— Botón. Al capitán Roselló se le hincharon las venas del cuello y pareció exhalar una bocanada de aire caliente por la nariz, como los toros miuras.

—¡Vamos, mocoso! Ya han saltado la mitad de tus compañeros.

—Sí, pero yo sigo sin ver esto seguro. Alguno podría lastimarse en una mala caída.

—Llevo aquí cuatro años y nunca ha pasado nada de eso. ¡Vamos, salta ya de una puñetera vez!

—Si está tan seguro de que no es peligroso, ¿por qué no nos hace una demostración y salta usted?

El instructor entró en cólera. Ramsés dio un paso atrás. El capitán cogió el cuerpecito de Botón, lo levantó en el aire sobre sus hombros y lo tiró al mar desde los doce metros de altura como si fuese un muñeco de trapo.

Botón se fracturó tres costillas, la escápula y se dislocó el hombro derecho. Tuvieron que sacarlo del mar *in extremis* a punto de morir ahogado. A los dos días, el capitán sería portada del *Diario de Cádiz* y de todos los periódicos locales, que mostraban una fotografía donde se le veía esposado mientras un señor de uniforme lo escoltaba hasta un vehículo policial.

Los padres de Ramsés, mucho más bronceados que de costumbre, se disculparon días después de todo el altercado.

El caso es que, a partir de tan placentera experiencia, el pequeño notó cómo los músculos de sus brazos y piernas se habían tonificado por el ejercicio físico. Por aquella edad se recreaba mirando sus finos músculos en el espejo después de la ducha y se prometió ponerse en forma, por aquello de encontrar la fama entre las chicas.

Esto último nunca llegó a ocurrir, pero por entonces empezó a hacer deporte de manera regular. Descubrió que aquello que había sido un castigo y un suplicio en el campamento se convertía en un hábito agradable y beneficioso para la salud si se practicaba en pequeñas dosis y de forma controlada.

De vez en cuando se calzaba las deportivas y echaba una carrera. Sobre todo cuando sentía que el estrés y el agobio le superaba. Usaba el ejercicio físico como una herramienta de doble filo que le servía tanto para ponerse en forma como para liberar tensiones acumuladas.

Una vía de escape que elimina las toxinas y los malos humos del organismo.

Sobre el mediodía, después del desplante de la camarera, se puso la ropa de deporte nada más llegar a la cabaña. Por segunda vez, y en apenas dos días, le habían dado calabazas como al tonto del pueblo. Y eso lo tenía atacado. Sentía que se había comportado como un bobo de quince años. Su abuelo siempre le había dicho que las mujeres tienen un sexto sentido para saber cuando un hombre está enamorado de ellas, y más si el tío en cuestión es tonto de capirote.

Salió por el ventanal de la terraza y comenzó a trotar por un sendero que se internaba en el bosque de abedules de detrás de la cabaña.

Durante los primeros metros notó el cuerpo espeso y las piernas pesadas. Las cervezas del día anterior pasaban factura y no fue hasta los diez minutos cuando pudo empezar a disfrutar de la flora y la fauna de La Carcoma. Los músculos se calentaron y el ritmo de carrera se había adecuado a su bienestar. El terreno no era cómodo del todo, se presentaba de forma irregular y estaba húmedo, pero la sombra y el aroma de la arboleda le ayudó a avanzar con comodidad. De vez en cuando un conejo pasaba fugazmente cortándole la trayectoria a unos metros de distancia. Los pájaros revoloteaban escandalosamente entre las ramas de los árboles y los insectos navegaban por el ambiente como centellas.

Las endorfinas liberadas por el ejercicio aeróbico le sacudieron todos los problemas que le angustiaban momentos antes. El libro, el intruso en la casa de su hermano, los números, el libro, la novela, la idea, la demanda judicial, la ruina.

El libro.

Y él perdiendo el tiempo con una niña de instituto.

Respiró hondo y dejó que el olor a hierba le insuflase energía positiva.

A los veinticinco minutos de carrera, a la altura de una roca grande en la que aparecía grabado «Lolo y Manuela», dio media vuelta. El regreso se le hizo ligeramente más largo. Las piernas comenzaron a sufrir la falta de costumbre y tuvo que bajar el ritmo de forma notable. Se preguntó si le pasaba lo mismo con la escritura. Se planteó que la falta de hábito le había atrofiado las neuronas. La respiración se había vuelto bastante más forzada y el paisaje dejó de ser tan colorido como al principio. Estaba convencido de que aquella noche iba a dormir sin problemas.

Aguantó como pudo durante todo el recorrido. Cuando vio la cabaña

recortarse al final del sendero entre la arboleda, volvió a activarse. Inconscientemente apretó el paso en un último esfuerzo por machacarse. Se sentía embargado por una energía repentina, sabedor del final de la carrera. La adrenalina parecía recorrerle todo el cuerpo a medida que iba recortando distancias con la cabaña. La potencia de sus músculos le embravecía y el impulso de los brazos le daba la sensación de estar volando.

Pudo sentir en los pómulos el vientecillo de la libertad y durante unos instantes tuvo la certeza de que estaba preparado para superar todos los problemas que se le presentasen.

Pero todo eso desapareció de un tortazo. El cuerpo se paró de golpe y los brazos perdieron toda consistencia, cayendo como cuerdas flácidas en los costados cuando apenas faltaban unos metros para llegar al jardín de la cabaña. Le entraron ganas de vomitar.

El mundo se le echó encima.

Desde aquella distancia pudo ver algo en la fachada de la casa que le hizo plantearse seriamente la posibilidad de no volver a entrar en aquel lugar.

* * *

Cuando llegó al cuartel de la Guardia Civil se encontró a Luisito cómodamente instalado en una de las sillas de la sala de espera leyendo un folleto que rezaba: «Tu vida puede cambiar con solo una llamada, 016» y tomándose una Coca-Cola.

—Luis, ¿va todo bien? —le preguntó su padre alterado al entrar en la sala.

—Buenas noches, papi. Sí, sí que va todo bien. Los policías son de lo más agradable, mira, me han invitado a un refresco.

Estaba a punto de cumplir los doce años, pero su raciocinio apenas alcanzaba al de un niño de cinco. Era el único chico de La Carcoma con una deficiencia mental y al que la gente trataba como a *alguien especial*. Paseaba por las calles con la sonrisa más sincera y natural que pueda mostrar una persona y los vecinos no podían evitar contagiarse de su felicidad inocente e infantil. Todos levantaban la mano para saludar a Luisito cuando se cruzaban con él. Podría decirse que se había ganado el corazón de toda La Carcoma y, por suerte, el de los guardias civiles del pueblo.

—¿Dónde has estado metido? —replicaba su padre levemente irritado—. ¿Qué mosca te ha picado? No te puedes ni imaginar el disgusto que nos

has dado a tu madre y a mí. Llevamos esperándote en casa desde las tres de la tarde.

—Se me ha pasado la tarde volando, papi. Te lo juro. Tenía cosas que hacer.

Luisito, como muchas otras veces en los últimos dos años, no conseguía recordar dónde había estado. Los especialistas lo habían archivado como brotes de amnesia temporal. A un chico que tiene una malformación en el cerebro le pasan este tipo de cosas y sanseacabó. Poco más que hablar. Tendría que aprender a vivir con esta pérdida parcial de la memoria y, sus padres, a aceptar la inevitable situación.

Gonzalo empezó a palparlo para comprobar que los frágiles huesos de su hijo seguían de una pieza.

—De verdad que lo siento, papi, no me di cuenta de que era tan tarde.

Luisito se levantó y abrazó a su padre cariñosamente.

Al adulto se le destensaron todas las fibras del cuerpo. Llevó la mano derecha hasta la cabeza del renacuajo y le removió el pelo rizado.

En ese preciso momento, un agente entró en la habitación. Era Loredó, un joven que apenas llevaba unos años en el cuerpo pero que había sabido ganarse el respeto de sus superiores.

—Muchas gracias —dijo el padre nada más verlo—. Gracias por volver a encontrar a mi hijo. Nos pusimos un poco nerviosos y tuvimos que volver a molestarle.

—No se preocupe, hombre, ese es nuestro trabajo —contestó Loredó mientras le dedicaba una sonrisa al chiquillo, que se abrazaba firmemente a las piernas de su padre—. Lo hemos encontrado desorientado en el sendero que va hasta la casa del quemado. Creo que desde hace unos días está habitada por un fodastado. No es buen lugar para que un chiquillo ande por allí sin vigilancia.

—¿Ves, Luisito? ¿Has oído al agente? En esa casa ocurren cosas muy extrañas. No te acerques más allí si no quieres acabar convertido en una cucaracha o en caca de perro.

El pequeño se asustó detrás de sus gafitas de pasta.

—Prométele al agente que no vas a acercarte más por aquella zona.

Luisito levantó la mirada e hizo lo que su padre le ordenaba.

—Se lo prometo.

—Está bien. Está bien. Estoy seguro de que vas a ser un niño muy

bueno. ¿Te apetece otro defresco?

—No, no quiere otro refresco —refunfuñó el padre—. Si no no podrá dormir. Vamos, que es tarde y mamá debe seguir preocupada.

El padre cogió de la mano a Luisito y se fue camino de su casa, no sin antes agachar la cabeza varias veces y volver a agradecer al sargento de la Guardia Civil su labor al más puro estilo oriental.

El agente se quedó de pie en medio de la sala de espera del cuartel. Bajo la luz fluorescente y el poderoso tictac del reloj de la pared, indeciso, de una pieza, acertó a sacar del bolsillo de su pantalón lo que minutos antes le había arrebatado al chiquillo. Lo miró y jugueteó con el objeto entre los dedos de sus manos preguntándose, una vez más, qué es lo que hacía un niño de doce años con un mechero de cocina rondando por los alrededores de la casa del quemado.

La Carcoma, 14 de junio de 2001

—¿Diga?

—Tío, tío.

—¿Sés?

—Sí, soy yo.

—¡Joder! ¿Qué ocurre? ¿Estás bien? Son casi las cinco de la madrugada.

—Ocurre, sí. Ocurre algo. Ocurre que me voy ya mismo de esta casa.

—¿Pero qué coño te pasa? ¿Qué ha pasado?

El llanto irritado de un niño pequeño empezó a difuminarse en la lejanía. Ramsés supuso que Juan Jesús estaría saliendo del dormitorio para molestar lo menos posible a su familia.

—Me voy. Me visto, recojo mis cosas y me piro para Cádiz. Esto no es normal.

—¿Pero qué me estás contando? ¿Quieres hablar ya de una maldita vez? Tienes a toda mi familia desvelada y aún no me has dicho qué te ocurre.

—Los números.

—¿Qué números?

—Te llamé el primer día para decirte que había un número doce pintado en el techo de tu salón, ¿recuerdas?

—Sí, ¿y qué?

—Hay más.

—¿Más qué?

—¡Más números, joder!

—Bueno, ¿y qué pasa con eso? ¿Me llamas a las cinco de la madrugada para decirme que hay otra pintada en la casa? No me lo puedo creer.

—Otra no. Son cuatro.

—¿Cuatro? ¿Cuatro números? ¿Y porqué no me lo dijiste el primer día?

—Porque no estaban.

—¿Cómo que no estaban?

—Así es. Al día siguiente de que te llamase, vi el once en el cuarto de baño. Igual que el del día anterior: unas líneas negruzcas, chamuscadas, como si hubiesen pasado una llama sobre la madera de la pared. No quise molestarte, pero ayer fui a correr por el bosque y cuando regresé a la cabaña había un magnífico número diez pintado en toda la fachada que da al patio de atrás. Me puse de los nervios, no te lo puedes ni imaginar. No he podido pegar ojo en toda la noche por culpa del maldito capullo que está jodiéndome con esas pintadas. Me he levantado hace unos minutos a beber un poco de agua fresca. Al lado del frigorífico ha aparecido un puto número nueve.

El silencio se adueñó de la línea telefónica. De fondo, se escuchó a la mujer de Juan Jesús preguntar si todo iba bien. El pequeño Darío parecía haberse calmado o, al menos, dejaron de oírse los llantos a través del auricular. Juaje no contestó a Cristina. Quizás le hizo alguna seña o ademán para que se tranquilizara. Ramsés, al menos, no volvió a escuchar su voz hasta pasados unos segundos.

—Se te está yendo la cabeza.

—Estoy acurrucado en una de las esquinas de tu dormitorio con el inalámbrico en una mano y un cuchillo de cortar pan en la otra. Si me vieras pensarías que estoy loco, sin duda. Pero puedo asegurarte que lo de los números es cierto. Llevo tres días atento, estudiando cada rincón de la casa. Cada día aparece uno nuevo, no hay vuelta de hoja.

El concejal volvió a guardar silencio. Ramsés dejó el cuchillo en el suelo. Hasta entonces no se había dado cuenta del ridículo que estaba haciendo.

—Pues eso, que me voy —continuó para romper la quietud absoluta de la casa. Oír la voz de alguien, aunque estuviese a cientos de kilómetros, le tranquilizaba—. Yo aquí no me quedo. Hay alguien que quiere putearme a base de bien.

—Eh, eh, que la casa es mía. No creo que sea nada contra ti. Apenas llevas tres días en el pueblo.

—Puedo asegurarte que desde que puse un pie en este lugar todos saben de mi existencia, y no parecen contentos con mi presencia. Además, si te fijas, los números comenzaron a aparecer el primer día que llegué.

—Bueno, yo sigo pensando que todo debe de ser un malentendido. Lo más probable es que estén pintados desde hace tiempo, solo que tú no lo has visto hasta ahora.

—Ya. Y los voy descubriendo en orden inverso, ¿no?

Juaje dudó durante unos instantes.

—No sé, no sé. Me resulta muy extraño todo esto.

—Pues por eso mismo me voy. No quiero amanecer cualquier día degollado como un maldito cerdo.

—Sés, tranquilízate. No puedes irte así de mi casa. Antes de marcharte tienes que hacerme un favor. Acércate mañana al cuartel de la Guardia Civil y pon una denuncia. Si hay alguien que está entrando en mi cabaña, quiero que lo encuentren y le paren los pies, compréndelo. Si encima te vas y lo dejas todo solo, Dios sabe qué pueden hacer con mi propiedad. Yo estoy liado con la organización de los permisos para los puestos artesanales del paseo marítimo. Tengo todo el ayuntamiento patas arriba, aquí nunca se para. Ahora mismo no puedo esfumarme con todo este caos.

Ramsés retiró el auricular de la oreja y se mordió el reverso de la mano con todas sus fuerzas mientras reprimía las ganas de gritar. Se quería ir, y pronto. No quería pasar ni un solo día más en aquella cabaña. Cuando notó que los incisivos penetraban de forma alarmante en la piel, retiró la mano marcada e intentó regular la respiración. Que Juan Jesús pensase que estaba loco era una cosa, que él se lo confirmase era otra.

—Joder, Juaje. Mañana voy al cuartel, vale. Pero en cuanto me sacuda el tema de la denuncia me voy echando leches. Desde que he llegado aquí todo son problemas. Me quedo esta noche solo para hacerte el favor, que lo sepas.

—Te lo agradezco. Mantenme informado con lo que sea. A ver qué podemos hacer.

—Vale.

—Pues nada. Gracias por avisarme. Me voy para la cama que está mi mujer esperándome, seguro que está preocupada. En fin, que descanses, colega.

—Vete a la mismísima mierda.

* * *

Un gorila disfrazado de guardia civil con apariencia de no tener más de cuatro neuronas activas le cortó el paso en la puerta del cuartel.

—Buenas tardes.

—Buenas.

—Eh, me gustaría pasar.

—¿A qué viene usted?

—Quiero poner una denuncia.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó el maromo con cara de extrañeza, como si ese tipo de cosas no sucedieran en aquel pueblo.

—Déjeme usted pasar, por favor. No voy a robarles los bolígrafos de la oficina. No creo que este sea el lugar adecuado para prestar declaración.

El rubiales de metro noventa hizo un ademán, como si realmente pudiese usar el intelecto y estuviese barajando la posibilidad de dejarle pasar o no. No parecía muy animado ante la idea de facilitarle las cosas a aquel pijo que llevaba tres días en el pueblo y ya estaba alborotándolo con denuncias de tres al cuarto. De buenas a primeras, el agente se echó la mano al bolsillo trasero del pantalón sumido en su mutismo. Ramsés llegó a pensar que buscaba las esposas.

Lo que se sacó del bolsillo fue un paquete blanco y rojo. Se encendió un cigarrillo con parsimonia y se echó a un lado mientras expulsaba el humo por la nariz. Todo eso lo hizo sin molestarse en mirar a la cara al forastero.

La sala de espera del cuartel estaba decorada con plantas que se debatían entre la vida y la muerte en cada una de las esquinas. Paradójicamente, el reloj de la pared marcaba los segundos de forma severa, sus manecillas retumbaban por toda la estancia y sumían al que cruzaba las puertas de aquella sala en el mismo aura de caducidad que la vegetación. Las agujas marcaban las cinco y media de la tarde. Después de hablar con Juan Jesús por teléfono y pasar toda la noche en vela, el sueño le había vencido cuando menos lo esperaba. Apenas hacía unos minutos que se había despertado, desorientado, en el sofá del salón.

Un agente, unos cuarenta años más viejo que el de la entrada, se sentaba detrás de un pequeño mostrador que hacía las veces de recepción.

—Buenas tardes.

El agente levantó la calva del monitor, pero su mirada fue directa a algo mucho más digno de su interés que el pijo de ciudad. Detrás de él, el gorila le estaba haciendo señales desde la puerta del cuartel. El viejo volvió a agachar la cabeza y comenzó a teclear algo en el ordenador usando de forma tosca los dedos índices.

—Al fondo del pasillo, a la derecha. Oficina dieciséis —sentenció el que estaba a punto de jubilarse sin despegar la cara de la pantalla.

Ramsés fue a girarse en dirección al pasillo, cuando una mano rugosa y firme le agarró del brazo.

—¿Dónde cree que va?

—Donde usted me ha dicho —contestó desconcertado mientras le señalaba el pasillo.

—Deje aquí su Documento Nacional de Identidad para que le tome los datos.

Le entraron ganas de estrangular allí mismo a aquel amargado sexagenario. Pero tampoco le terminaba de convencer la idea de acabar preso. Quería terminar lo antes posible, quitarse de encima aquel entuerto y salir pitando en dirección a Cádiz. Sacó la cartera y tiró de mala manera el carné sobre el mostrador. El veterano levantó la cabeza. «Ahora sí me miras, ¿no, gilipollas?» Volvió a girarse y se dirigió hacia el pasillo, temeroso de que el agente fuese capaz de escuchar los porrazos que el corazón le propinaba al tórax.

Llegó a la puerta de la oficina hecho una furia, intentó calmarse y se prometió que aquella noche no dormiría en un calabozo. Dio tres toques de nudillos en la puerta lacada de color azul marino.

—Permiso.

—Pase, pase.

Una voz aguda provino del interior. Ramsés empujó la puerta, que resultó estar abierta. Un agente con barba de tres días le miraba con intriga mientras intentaba acertar a meter un clip en un taco de folios.

—Usted es...

—Me llamo Ramsés Espinosa. Necesito poner una denuncia.

—Oh, clado. Debí de suponerlo. Usted es el poeta del que tanto habla la gente. Ha venido a pasar unos días con nosotros, ¿no?

Ramsés no se sorprendió por la rapidez con la que corrían los rumores en el pueblo. Quiso aclarar que no era ningún poeta, pero lo dejó por imposible. Tenía otros asuntos de los que preocuparse.

—Bien —continuó el Guardia Civil—, yo soy Javier Lodedo Bellido, el responsable de este cuartel. Siéntese y dígame en qué puedo ayudarle.

Se sentó, extrañado por tanta amabilidad, desconcertado por la cortesía y por encontrarse frente a un agente de la ley con un problema en el habla. Según tenía entendido, para entrar en el cuerpo había que pasar una serie de pruebas físicas y psicológicas. No quiso imaginarse cómo aquel guardia civil

tan joven podría parar a un conductor borracho y hacer uso de la autoridad, sin poder pronunciar la «r», y sin que el interceptado no se mease de la risa. Aunque unas canas empezasen a asomar en el pelo rizado de corte militar, su piel cetrina carente de arrugas y la vitalidad de sus gestos daban la apariencia de no sobrepasar los treinta años. Un ligero acento canario daba fe de que La Carcoma no era su lugar natal, a diferencia de la mayoría de habitantes de aquella aldea de mala muerte. Ramsés tuvo la certeza de que, a pesar de mostrarse impasible, un reflejo de curiosidad e interés se había asomado a sus ojos al verle aparecer por la puerta de su oficina.

—Verá, como ya sabe, no soy del pueblo. Mi amigo me dejó su casa para que pasase aquí unos días. Es la cabaña que se encuentra a las afueras, la que tiene un sendero de tierra.

—Sí, sí. Sé cual es.

—Bien, pues esa. Alguien está entrando en la casa sin el permiso del dueño.

—Han dobado en la cabaña, entiendo.

—¿Cómo?

—Que la han desvalijado.

—Ah, no. Nada de eso. Allí no ha desaparecido nada. Están entrando para pintar números en las paredes de la casa.

El agente se quedó en silencio, estudiando al forastero con intensidad policial. Al cabo de unos segundos acertó a decir:

—Quiede usted denunciar que están allanando su modada y que, en esas incursiones, lo que hacen es hacerle pintadas en las padedes.

Loredó desenfundó una sonrisa cómica, que se desvaneció enseguida al ver que el hombre que tenía delante le dirigía una mirada retadora.

—Sé que todo esto parece una broma. Y quizás lo sea, pero maldita la gracia que a mí me está haciendo, ya lo ve. Esta noche no he podido pegar ojo.

—Ya.

—Además —quiso continuar, a pesar de que sabía perfectamente que el agente había dejado de tomarle en serio desde hacía rato—, se ve que el capullo en cuestión lo tiene todo bien calculado. Cuando llegué el primer día había un número doce pintado en el techo del salón. Y cada mañana ha aparecido uno nuevo y en orden: al día siguiente de mi llegada, apareció un once en el cuarto de baño; ayer, un diez en la fachada exterior de la casa; y

esta madrugada, un nueve en la cocina.

Loredo puso cara de circunstancias, como si se esforzase por aparentar interés en el caso que le presentaban. Podría ser un buen profesional en su campo, pero de actor no valía una peseta.

—Un número menos cada día, ¿no es así?

Curiosamente, hablaba con total naturalidad, dando nula importancia e ignorando su deficiencia en el habla. Ramsés supuso que no existía otra manera de asimilar los problemas que hacerlos propios. Vivir con ellos al aire libre.

—Así es. Verá, estoy seguro de que todo esto terminará siendo la gamberrada de algún gracioso del pueblo, o de alguno de estos radicales que odian a los turistas que vienen de visita. Yo soy el primero que quiero acabar con todo esto e irme a mi casa, créame. Si estoy aquí es por dejarle el tema zanjado a mi amigo; como comprenderá, no puedo irme así, sin más, sabiendo que están entrando en su casa a quemar números por las paredes.

—¿A quemar? ¿Cómo que a quemar? ¿No dice que son pintadas?

—Sí, pero las pintadas parecen hechas con un soplete o con la llama de una vela. El trazo de los números parece quemado sobre la madera, no sé si me explico.

El agente se descompuso por un momento y el rostro tomó una lividez cercana a la de los difuntos. Agarró un folio de un lateral de su escritorio y comenzó a escribir como un energúmeno con la caligrafía propia de un médico zurdo.

—Dice usted que el primer número apareció hace cuatro días.

—Sí.

—Y que cada día hay uno nuevo.

—Sí.

—Pero que no ve quién los pinta.

—No.

—¿Sabe usted que levantar falsos testimonios o dar pie a iniciar una investigación policial por causas fraudulentas es delito?

—¿Qué insinúa?

—No insinúo nada, solo le decuerdo nuestro Código Penal y me aseguro de que la broma no me la esté gastando usted a mí. Compréndalo —contestó Loredo mientras se secaba el sudor de la frente—. ¿Es usted sonámbulo?

—No, joder, no. No me levanto por las noches a quemarle la casa a mi amigo.

—Bueno, eso usted no lo sabe.

—Sí, sí que lo sé.

—¿Tiene padeja o un compañedo de piso que pueda atestiguarlo?

Ramsés sentía que volvía a perder los nervios y se imaginó levantándose de la silla y pegándole dos tortas al guardia civil. Suficientes problemas tenía ya en la cabeza como para que encima aquel desgraciado de uniforme planchado le recordase que era un fracasado, un miserable infeliz y solitario que no había sido capaz de encontrar una mujer que quisiera pasar la vida a su lado. Ni siquiera una que hubiese querido tomarse un café o intercambiar más de tres frases seguidas sin dejarle con la palabra en la boca.

—No. Vivo solo.

—Entiendo —contestó mientras lo anotaba en la hoja garabateada.

—¿Puedo hacerle una última pregunta?

Ramsés asintió, reticente.

—¿A qué ha venido a La Carcoma?

—A pasar unos días, ya se lo he dicho.

Loredo se echó atrás en el asiento y cruzó los brazos para dar a entender que esa no era la respuesta que necesitaba.

—Amigo, vedá. No sé si me ha visto usted cada de gilipollas o si se piensa que soy tonto porque hablo como un idiota. —Hizo una pausa para apoyar los codos sobre la mesa e incorporarse un poco más para reducir la distancia entre los dos—. Pero puedo aventurar que un chaval de veintitantos años no viene a un pueblo medio muerto a pasar unas vacaciones. Aquí nos conocemos todos y sabemos que no tiene ningún familiar al que haya venido a visitar. Un hombre de su edad y que vive solo, va a pasar los días de vedano a la costa, a Madrid, Barcelona, Mallorca o a Ibiza. Va a un lugar donde pueda disfrutar y pegarse unas fiestas del copón. Aquí no hay nada de eso. De hecho, aquí no hay nada. —Loredo hizo una pausa en su soliloquio. Lo había soltado todo con una claridad y una autoridad que no había aflorado hasta ese momento—. Sus ojos me dicen que ha venido a buscar algo, solo que no le apetece decírmelo.

—Necesitaba desconectar, nada más.

Loredo guardó silencio, con los brazos cruzados. Ramsés agachó la mirada.

—Soy escritor, ya lo sabe. Busco un poco de tranquilidad para terminar mi nueva novela, eso es todo.

—Oh. Así que está escribiendo un libro —comentó el sargento mientras lo apuntaba en la libreta.

—Sí.

—¿Y cómo le va?

—Aún no he empezado.

—Vaya.

El agente se dio por satisfecho y anotó un par de datos más.

—De momento es todo.

—¿Puedo irme, entonces?

—Puede hacer lo que le plazca. De todos modos, usted ya lo ha dicho: no creo que esto sea más que una gamedada de un chaval de colegio.

—Bien. Muchas gracias por todo.

Ramsés se levantó de la silla indeciso. Extrañado ante la sensación de inseguridad. Había estado deseando largar la denuncia para irse de aquel lugar; sin embargo, llegado el momento, no se sentía pleno del todo. Los ojos del agente escondían algo. Como si guardase un secreto o estuviese dándole vueltas a una idea que no terminaba de compartir.

Se estrecharon las manos con manidas fórmulas de cortesía. Antes de que Ramsés saliese del despacho, el sargento se levantó de su asiento y lanzó al aire la misma pregunta que el escritor había estado rumiando los últimos días.

—¿Y no piensa que este temita de los números es una buena idea para comenzar con su nueva novela? No sé. A mí me padece una trama bastante original. Qué quiede que le diga.

* * *

Loredó ni siquiera se inmutó ante el estruendoso portazo que había dado el escritor por respuesta. Esperó a que los pasos presurosos de aquel extraño forastero se alejasen en el pasillo. Respiró profundamente y abrió el cajón derecho de su escritorio.

Su mirada se quedó fija por unos instantes, pensativa. Clavada en el mechero que había requisado el día anterior al hijo del churrero.

* * *

Ramsés tardó menos de veinte minutos en recoger todo lo que había ido colocando por la cabaña cuatro días antes. Necesitaba irse de allí lo antes posible, apenas faltaba hora y media para el ocaso y quería ahorrarse la conducción nocturna por las carreteras sinuosas y serpenteantes de vuelta a casa. Dejó el frigorífico lleno, pero no le importó. El que estuviese entrando en la cabaña de su amigo bien se podía morir atragantado a base de cervezas y pizzas precocinadas.

Antes de salir por la puerta contempló el salón vacío y baldío, como lo hace la gente cuando no va a volver y quiere asegurarse de que se ha llevado todo lo importante. Palpó un bolsillo del pantalón y sintió el bulto de la cartera, palpó el otro y sintió el del teléfono móvil. Pensó fugazmente en este invento del diablo que tenía a medio mundo conectado con una simple llamada, o un SMS de esos que comenzaban a marcar a toda una generación que parecía depender de ese servicio de mensajería para seguir respirando. Imaginó un futuro distópico en el que la gente andaba por la calle absorta en ese aparato que no hacía más que evolucionar a ritmo desenfrenado. Pensó en una sociedad interconectada las veinticuatro horas del día, en el que uno mandaba un mensaje al que tenía enfrente de la mesa, en vez de levantar la cabeza y hablarle a la cara. Se apuntó la idea para introducirla en una posible historia de ciencia ficción, pero la rechazó de inmediato.

Tratando de vender libros de ciencia ficción en España sí que iba a pasar hambre de verdad.

Salió de la casucha con la maleta a cuestas y agradeció haber ido a recoger el coche de aquel parque un par de días antes; ahora lo tenía junto a la cabaña. Cargó el equipaje en el maletero. Puso el contacto y bajó las ventanillas del Ford Fiesta. Sacó la mano derecha del vehículo y le hizo una peineta a la estructura aparentemente acogedora de la maldita casa de madera. Encendió la radio a todo volumen, comprobó que tenía gasolina de sobra para llegar hasta Cádiz y giró la llave para arrancar el motor.

Un carraspeo quejumbroso hizo tambalear todo el vehículo. Pareció arrancar durante medio segundo, pero el motor se vino abajo a la primera de cambio. Quiso intentarlo un par de veces más, pero un humo oscuro y vacío de toda esperanza empezó a envolver el coche.

Ramsés, en un aura de ira y frustración, comenzó a dar puñetazos al volante. Una bandada de pájaros salió espantada con los bocinazos

entrecortados que irrumpían en medio del bosque. Se sentía ido, fuera de control. Toda la impotencia que había estado acumulando hasta el momento se vio desahogada en la desgastada goma que del volante del vehículo.

Cerró la puerta del coche sin siquiera sacar las llaves del contacto, avanzó como un zombi hasta el interior de la casa, se dirigió hacia la cocina y preparó un cuenco repleto de cubitos de hielo en el que metió los nudillos de la mano derecha.

La Carcoma, 15 de junio de 2001

—¡Agente! ¿Pero qué hace usted aquí?

Se escucharon unas pantuflas apresuradas en el interior de la casa e inmediatamente se asomó una cabeza repleta de rulos a una de las ventanas.

—No se preocupe, Gonzalo. No es nada. Solo vengo a hablar con su hijo. Está en casa, ¿verdad?

—¿Pero qué pasa con Luisito, qué ha hecho esta vez? —preguntó la madre desde la ventana con un tono irritado y receloso.

—Nada, señoda —contestó Loredo elevando un poco la voz para que se pudiese enterar desde donde se asomaba—. Es por lo del otro día, cuando lo encontramos a medianoche despistado por el pueblo. Solo quisieda hacerle un par de preguntas, ya sabe, protocolo y papeleo, poco más.

Loredo se quitó la gorra del uniforme y desenfundó una sonrisa para transmitir la tranquilidad y confianza que le hacía falta para que le abrieran las puertas de la casa.

—Claro, sí. Pase, pase —dijo el padre mientras despejaba el arco de la puerta.

—¡Pero Gonzalo, por Dios Santo, mira como está la casa! La próxima vez avísenos con tiempo suficiente, señor agente, no esperábamos visita y está todo patas arriba.

—No se preocupe, Carmen, si usted viese cómo tengo yo la mía... además, solo va a ser un momento, no quisieda molestarles más de lo necesadio.

La señora no contestó. Cerró la ventana y desapareció de la vista. Loredo entró en el recibidor acompañado de Gonzalo y no terminó de comprender la expresión: «La casa está patas arriba». Todo estaba reluciente, ordenado y bien dispuesto con una pulcritud que podría llegar a ser hasta sospechosa en otras circunstancias. Al cruzar la pequeña entrada se accedía al

salón, donde los gritos estridentes de los dibujos animados ambientaban la sala.

Luisito miraba el televisor embobado mientras un fino hilillo de baba brillaba en la comisura de su labio inferior. Entre sus piernas y a lo largo de todo el suelo se desplegaba todo un batallón de soldaditos de plástico como si librarán un combate encarnizado contra un gigante que se había desentendido de la batalla en pos de los dibujos animados.

Carmen apareció de forma furtiva desde la puerta de la cocina y se puso detrás de su marido.

—El godocóptero es mi preferido.

Luisito giró la cabeza y abrió la boca en una risa muda al ver a su amigo el policía. Se levantó casi de un salto y se abrazó a sus piernas como días antes lo había hecho con su padre cuando lo vio aparecer en la comisaría.

—Poli, poli bueno. Qué guay, no sabía que a los polis les gustasen los dibus.

Loredo dejó escapar una leve sonrisa. Un tenue calor reconfortante le subía desde las piernas, justo donde los brazos del renacuajo se unían en el apretón cariñoso. Lamentó, una vez más, llevar tanto tiempo sin llamar a Anita. Desde que lo destinaron en aquel pueblo, el contacto con su hija de cuatro años se había reducido a las vacaciones de verano y Navidad, compartidas en custodia con su exmujer.

—Sí, creo que he visto todos los capítulos de Dodaemon con mi hija. Se llama Anita, ¿sabes? Seguro que podríais ser buenos amigos.

—¿Sí? ¿Y por qué no viene un día a casa? Yo la invito.

El sargento dedicó una mirada cómplice a los padres del crío. Carmen sonreía notablemente menos tensa que en el recibimiento desde la ventana.

—Ella vive muy lejos de aquí, Luisito. Pero un día, un día seguro que os conocéis.

Su hija vivía en su casa de Fuerteventura. Un chalet que seguía pagando con el sudor de su frente y las horas muertas en aquel pueblo podrido y marchito. En su casa ahora vivía un tal José Carlos, gerente de un Burger King, que estaba ganándose a pulso el sobrenombre de «nuevo papá». El de nuevo marido ya lo disfrutaba desde hacía un par de años.

—Vamos, Luisito, deja de apretarle las piernas al señor agente y siéntate en el sofá.

El chico acató las órdenes de su madre y se sentó en el sofá mientras

balanceaba las piernas que le quedaban colgando. Antes de que el sargento comenzase a hablar, el crío se retiró las gafitas de pasta y comenzó a frotárselas con el bajo de su camiseta. Sus ojos, sin el aumento desmesurado de los cristales, eran diminutos y redondos como abalorios.

Cuando Loredo hablaba con Luisito no sentía lástima; esa empatía hipócrita que mostraban la mitad de los que se acercaban a él para removerle el pelo o pellizcarle los mofletes mientras le hacían carantoñas. Cuando se dirigía al chiquillo lo trataba como a un niño cualquiera, sin distinciones. Quizás por eso el renacuajo le tenía tanto aprecio. Mientras buscaba las palabras adecuadas para comenzar con la conversación, no pudo evitar ver en aquel alma inocente rodeada de soldaditos de plástico un reflejo de cuando él mismo era pequeño.

Nada más entrar en la escuela, había tenido que sufrir las mofas y los insultos de sus compañeros por culpa de su deficiencia en el habla; sin embargo, lo que nunca había podido soportar era esa compasión exagerada que se reflejaba en los ojos de los profesores cada vez que se dirigían a él.

El rotacismo le había acompañado toda la vida. La incapacidad de poder pronunciar el sonido *erre* lo había desplazado a ese estrato inferior de las personas supuestamente imperfectas. Entonces, en los años ochenta, no había ningún plan de integración subvencionado por el Estado, ni programas de ayuda para este tipo de enfermedades. Sus padres habrían dado la vida por él. Encontraron al que decía ser el mejor logopeda de todo Fuerteventura, un tal Repeto que pagó la universidad de su hijo a costa de los ahorros que los padres de Loredo invertían en la cura de su hijo.

Aún recordaba cuando, el primer día de consulta, Repeto le dijo que lo que tenía era rotacismo. Rotacismo. Hay que ser cabrón para ponerle ese nombre a la enfermedad de aquellos que no pueden pronunciar la «r».

—A ver, denacuajo —dijo Loredo mientras se sentaba a su lado y sacaba una libreta del bolsillo de su uniforme—. Necesito que me cuentes qué es lo que hacías el miédcóles en la casa del quemado.

—¿En la casa del quemado? Yo nunca estuve en la casa del quemado.

—Bueno, me defiero por los cercanías. Te decogimos en el sendedo que une la cabaña con el pueblo.

—Pues no me acuerdo.

—¿Cómo que no te acuerdas?

Luisito miraba la tele, como si la conversación no le importase en

absoluto.

—¿No decuerdas nada?

—Salí de la escuela. —Del rostro del chico parecía haberse borrado la sonrisa que siempre le acompañaba—. Salí de la escuela y fui camino a casa para comer con mamá y papá.

—Pero no viniste pada acá.

—No sé, lo siguiente que recuerdo es una luz blanca y muy muy fuerte.

—Las luces del coche de policía.

—Ea.

—Pero yo te encontré sobre las once de la noche. Son muchas horas las que estuviste solo. Es extraño que no decuerdes nada más.

—Pues no sé —contestó Luisito encogiéndose de hombros. Doraemon había sacado un invento de su bolsillo y la pantalla del televisor se convirtió en una fiesta de colores.

—Hijo, haz un esfuerzo, por favor. —Carmen parecía angustiada detrás de un Gonzalo de brazos cruzados y actitud despreocupada.

—Habría ido a jugar y ya está. Se le cruzaría un perro callejero o una paloma de camino a casa y se distrajo. No es la primera vez que le ocurre.

—Pero cariño, no es normal que el niño siempre esté así. —Luisito seguía con la mirada clavada en el televisor, absorto en sus pensamientos a pesar de que sus padres estuviesen hablando de él, de su problema, de su existencia—. Últimamente parece más «despistado» de lo normal. Hace apenas una semana tuvimos que recogerlo del parque de las Labores, dormido en un banco, como un vagabundo. Estuvimos toda la noche preguntándole qué es lo que hacía allí y ocurrió exactamente lo mismo. No recordaba, o no le apetecía recordar nada.

—Pues por eso mismo te digo, Carmen —contestó el padre con las palmas de la manos para arriba y los hombros encogidos—. No hay nada que hacer. La única solución es no dejarlo salir de casa y pegarnos a él como una lapa, pero tampoco creo que eso sea vida para el niño. Ni para nosotros. Ea.

Gonzalo miró al guardia civil.

Loredó se puso en pie e intentó retomar las riendas del asunto.

—Bien, bueno. No quisieda causar ningún problema con mi visita. No se preocupen. Solo me gustadía que me dijesen si su hijo, aparte de la escuela, frecuenta otros lugades o conoce a otras personas que puedan incitarle a pasar tantas hodas fueda de casa.

Los padres se miraron. Fue la madre la que acertó a contestar:

—No. La verdad es que no. Siempre que lo hemos encontrado estaba solo, pero ya sabe, a mi hijo lo conoce todo el pueblo y cualquiera puede acercarse a él sin levantar sospechas.

—Entiendo —contestó el guardia civil. Dejó de apuntar en la libreta y brindó una sonrisa comprensiva a los padres—. Solo necesito que me despondan a una última pregunta. Si son tan amables, clado. —Loredo se llevó una mano al bolsillo de su pantalón—. ¿Este encendedor ha salido de esta casa? ¿Han visto este mechero alguna vez?

Se trataba de un mechero de cuello largo, de los que se suelen utilizar en la cocina o para encender el butano. Era de plástico y de color amarillo. Un encendedor corriente. Aquella noche lo había encontrado en las manos del chico y no lograba encontrar una respuesta lógica para aquello.

Los padres negaron con la cabeza. Luisito le dedicó una mirada furtiva al mechero, por un microsegundo el agente tuvo la certeza de ver un leve brillo en los ojos del crío, pero este se giró inmediatamente para seguir viendo que Nobita lloraba soltando cascadas de lágrimas por los laterales de sus gafas.

—En ese caso no les molesto ni un segundo más. —Loredo se volvió a guardar el mechero mientras estudiaba las reacciones impasibles del chico. ¿Estaría mintiéndole o era cierto que no podía recordar nada?—. Si tienen cualquier problema saben que pueden contar con nosotros pada lo que necesiten y, si por casualidad Luisito recupedada la memodia y les contase algo del otro día...

—Le llamaremos sin pensarlo —contestó el padre.

—Bien, gracias.

Carmen le ofreció un café, pero Loredo se disculpó argumentando que tenía trabajo acumulado. Necesitaba salir de allí, tomar aire fresco y reorganizar las ideas. Lo acompañaron hasta la puerta de la casa y Carmen desapareció en una de las habitaciones. El padre del chico y Loredo se dieron la mano e intercambiaron miradas de complicidad. La madre apareció justo antes de que se dispusiese a dar media vuelta para alejarse de la entrada.

—Tome —dijo casi en un susurro—, cuando Luisito llegó esa noche a casa tenía los bolsillos del pantalón a rebosar de sobres como estos. Todos vacíos. Tenía como veinte o treinta, yo qué sé. No sé si le servirá para algo.

El agente agarró de un puñado el montón de sobres de azúcar vacíos que

la madre le ofrecía. Les echó un rápido vistazo.

«Hoy puede ser un gran día».

«La vida es como un espejo, muéstrale una sonrisa».

—¿Sabe qué hacía su hijo con tanto azúcar solo por el pueblo?

—No tengo ni idea, pero no me importa eso tanto como la incertidumbre de si alguien se los está dando como regalo. —El rostro de la madre parecía intranquilo—. Como si le diesen un premio por escaparse de casa, ¿entiende?

—Cariño, por favor. ¿Azucarillos? Ni que el niño fuese un caballo — comentó el marido mientras le tendía las manos.

—El mundo está lleno de pervertidos, cariño. No quiero que le hagan daño a nuestro hijito.

Loredo guardó los sobres de azúcar vacíos en una bolsa de plástico transparente y hermética que sacó de uno de los bolsillos de su chaqueta.

—Supongo que si entro a preguntarle a Luisito sobre el azúcar...

El padre negó ligeramente con la cabeza. Los ojos de Carmen parecieron humedecerse.

—No se preocupen, hadé todo lo posible por averiguar si hay alguien que está viéndose con Luisito en sus escapadas.

Antes de marcharse, el agente vio que el chico lo observaba de hito en hito desde la distancia, sentado en el suelo, atento a algo que parecía ser más importante que los mismísimos dibujos animados.

* * *

De vez en cuando, Ramsés tenía un sueño que le resultaba dolorosamente triste, a la vez que reconfortante. En estos sueños era víctima de la melancolía más absoluta, la pena desgarradora y desconsolada que solo puede ser provocada por la pérdida de un ser querido.

Aquella mañana soñó que su padre iba vestido como lo había hecho durante más de veinte años para ir a trabajar, y en todos los sentidos parecía exactamente igual que entonces. El descolorido pantalón de trabajo y el polar abrochado hasta arriba para combatir el frío de la noche, las manos curtidas y arrugadas por las herramientas, el pelo blanco por las canas y la mirada burlona en la despedida, como si no le importase irse a trabajar, como si quisiera decirle a su familia que estaba bien, que no se preocupasen por él. Todas esas imágenes resucitaban en apenas un instante. Ramsés apenas aparecía en escena, delante de su padre, con lágrimas en los ojos suplicándole

que no se fuese, que siguiese allí con ellos, al menos un rato más. No solo lloraba, sino que gritaba con la intensidad del sueño mientras abrazaba el cuerpo intangible y a la vez real de su padre antes de marcharse a trabajar.

Para siempre.

Se despertaba sobresaltado, sin lágrimas en los ojos pero con una fuerte opresión en el pecho. Las imágenes y la viveza de la experiencia se iban difuminando en el recuerdo, como una ola que arrasa con las palabras escritas en la arena, borrándole la mayor parte del encuentro, pero dejando la sensación reparadora de que lo había vuelto a ver. De que había abrazado a su padre una vez más.

La luz del sol empezaba a filtrarse por la fina y sedosa tela de las cortinas. Comenzaba un nuevo día y la cuenta atrás no daba tregua.

Con los ojos llenos de legañas y el cojín del sofá pegado en el lado derecho de la cara, se puso a buscar en la estantería del salón hasta encontrar en uno de sus cajones un libro con el canto de las hojas color amarillo. Indagó entre sus páginas de forma apresurada hasta llegar a La Carcoma, que apenas ocupaba un par de hojas. La peluquería, la parroquia, la biblioteca, la cafetería, La Abundancia, el colegio, Correos, la oficina del ayuntamiento y decenas de números propios.

Ningún mecánico.

Notaba la cabeza embotada, había pasado toda la noche bebiendo latas de cerveza que ahora desfilaban sin orden sobre la mesita del teléfono, junto al sofá. Mientras ahogaba las penas en alcohol, mantuvo la mano derecha sumergida en agua con hielo. Se había quedado dormido en el sofá sin darse cuenta, seguramente de madrugada. Ahora, la tortícolis y una migraña insoportable acompañaban al dolor inflamado de su mano derecha.

Después de pasar varias páginas a la desesperada, encontró un anuncio de letras amarillas sobre fondo negro que le llamó la atención:

Taller mecánico El Molino
Parque empresarial de Sotomayor
Avd. Costa Rica nº19
628902915

Miró el reloj: las once y cuarto de la mañana. Se llevó las manos a la cabeza y con la yema de los dedos intentó masajearse las sienas. La mano derecha le dio un latigazo de dolor que casi le hace gritar. La zona de los

nudillos comenzaba a tomar tintes verduscos y oscuros. Se preguntó si realmente había aporreado el volante con tanta violencia como para dejarse el puño de esa manera.

—*Tallé.*

—Buenos días, ¿podría hablar con el mecánico?

—*Ji, soy yo.*

—Bien, verá, le llamo porque el coche no arranca. Ayer, cuando giré el contacto, comenzó a hacer un ruido muy raro. No consigo que arranque.

—Y vio *jumo*, ¿salía *jumo* del tubo escape? ¡Mariano, coge esa manguera y quítame esto de enmedio que me *vi esnuncá!*

Detrás de la voz grave y rasgada del mecánico se escuchaba un jaleo de golpes metálicos, manguitos y pitidos que daban fe de la carga de trabajo y el monopolio que ostentaba el taller El Molino. Ramsés pensó que la mayoría de los negocios de la zona debían de funcionar igual: un médico, mecánico, electricista o carpintero en cada tres o cuatro pueblos. Eso sí, iglesias sí que había un par por cada uno de ellos.

—No sé, no estoy seguro. Pero ahora que lo dice sí que me parece haber visto algo de humo negro.

—¿Pero cómo no se va *da* cuenta si echa *jumo* o no?

—Estaba ocupado, tenía prisa —mintió.

—Bueno, lo que está claro es que *er* coche no arranca y que tendremos que ir a echarle un vistazo, a *ve* qué le *paja*.

—Sí, por favor. —Probablemente el mecánico no escuchase esta última súplica. Daba la sensación de que se había separado del teléfono, durante unos segundos solo se oyó el ruido ambiental del taller.

—¿Qué coche es? —contestó al rato.

—Un Ford Fiesta.

—*Forr* Fiesta —repitió el mecánico lentamente y dejando arrastrar las letras, como si no pudiese apuntar los datos sin tener que acompañar cada sonido con su correspondiente sílaba—. ¿Y de qué año es?

—Del noventa y dos, creo.

—Noventa y dos. *Mu* bien. ¿Qué tal le viene esta tarde a las *sai*?

—¿A las seis? ¿No pueden recogerlo ahora, por la mañana?

—¿Pero no escucha como tengo *er tallé*? Me sale *er* aceite por las *oreja*, oiga. Dé gracias a Dios de que puedo pasarme con la grúa esta tarde. Si no le viene bien *podemo* dejarlo *pa* mañana por la mañana.

—No, no. Esta tarde está bien.

—Pues espere que apunto, dígame su dirección. O donde tenga el coche *aparcao, vamo*.

—Sí, estoy en La Carcoma.

—En-la-car-co-ma.

—El coche está aparcado justo al lado de la casa donde me alojo. En la cabaña que está a las afueras del pueblo, la del final del sendero.

Tres segundos de silencio en la línea telefónica.

—En la casa del *finá* del sendero... ¡La casa *der quemao*! ¿Pero cómo cojones puede *usté viví* ahí?

—¿Cómo dice?

—¡Josele, hay un tío esperando en la entrada, quiere cambiarle las cuatro ruedas al Mercedes! —se oyó gritar a otro trabajador de fondo—. Mire, esta tarde nos vemos sobre las *sai*. Y no se preocupe, encontraré *er* sitio sin problema.

* * *

Presionó dulcemente la jeringuilla hasta que el fino chorro de líquido dorado salió disparado. Apartó los zapatos relucientes, que estuvieron a punto de mancharse con las gotas que cayeron en cascada al suelo del almacén.

Cogió una lata de cerveza y clavó la aguja junto a uno de los bordes superiores del envase de latón, practicando una abertura microscópica y oculta para el ojo ajeno. Dejó que el orín penetrase lentamente en el interior y se mezclase con el jugo de cebada, disfrutando y relamiéndose los labios con cada mililitro que inyectaba de su fluido corporal. Al sacar la aguja, la chapa de la lata vibró por el roce con el metal. Dejó la jeringa a un lado, vertió una pequeña gota de cola sobre la yema de su dedo índice y la untó sobre la sutil abertura necesaria para la transfusión de líquidos. Tuvo exquisito cuidado de retirar el sobrante de cola para que, una vez seca, quedase invisible, sellando así su secreto.

Se levantó de la banqueta y subió el volumen de la radio, comenzaba a sonar *I Feel good*, y, a ritmo de *funk* y con los zapatos repiqueteando en el suelo, cogió la docena de las latas de cerveza adulterada y las metió en el frigorífico industrial del almacén.

El calor comenzaba a apretar y a la gente le gustaba bebérselas bien frías.

* * *

Eran las cuatro de la tarde y Ramsés ya estaba hecho un manojo de nervios. La idea de quedarse allí otros tres o cuatro días por culpa de la avería del coche le había arrebatado el apetito, por no decir las ganas de vivir, que probablemente ya había perdido hacía tiempo. No había conseguido probar bocado en toda la mañana y con la tercera cerveza de la tarde se le había embotado el estómago. Una presión aplastante le apretaba las tripas y el pecho, obligándole a actuar para paliar esa angustia que le estrujaba contra la realidad. Cogió las llaves, pegó un portazo y fue en busca de más cervezas.

Comenzó a andar por las calles del pueblo con paso ligero y descuidado. La mano seguía hinchada. De hecho, lo estaba más que la noche anterior y un color próximo al octarino comenzaba a oscurecerle la zona de los nudillos.

El número ocho había aparecido, como no podía ser de otra manera. Y lo hizo sobre el cuadro de luz del salón, junto al ventanal que daba al jardín. Lo vio justo después de colgar el teléfono tras llamar al mecánico. Se quedó un rato allí, de pie, pensando, aturdido y perdido en un mar de sinsabores. Sin entender por qué el mecánico conocía la casa y la había llamado «la del *quemao*», sin saber por qué se había sorprendido tanto cuando le dijo que estaba viviendo en aquella cabaña alejada del pueblo. Sin explicarse como un hombre de un pueblo que distaba más de veinte kilómetros conocía a la perfección el lugar donde se encontraba alojado. «¿Pero cómo cojones puedes estar viviendo allí?». La frase le machacaba una y otra vez sin que le permitiese encontrar explicación lógica a todo aquello. Sin embargo, esta preocupación quedó relegada cuando, al levantar la mirada, descubrió el nuevo número en el salón de la cabaña.

Un amasijo de sensaciones aturrullaban su cabeza y, entre ellas, se encontraba la resaca del día anterior, que aumentaba, más si cabe, el malestar que le había acompañado desde que había puesto un pie en aquel pueblo de mala muerte. Su cabeza no era capaz de retener los estímulos exteriores. No atendía a los habitantes del pueblo con los que se cruzaba por las calles, a la melodía de los jilgueros ni a los colores de las flores de los balcones. Los números habían inundado sus pensamientos, anulando todo lo que la vida real podía ofrecerle. Por unos minutos, mientras paseaba de forma errática en busca del líquido sagrado, hizo el esfuerzo de jugar a los detectives y encontrar una respuesta objetiva que explicase todo lo que estaba ocurriendo.

¿Quién? ¿Cómo? ¿Por qué?

Las preguntas y la incertidumbre le temblaban en la cabeza como en un torbellino, una detrás de otra y sin orden aparente, y le sumían en un estado de letargo hasta tal punto que, cuando recuperó la consciencia, estaba de vuelta a la cabaña con dos bolsas de plástico en la mano izquierda a punto de romperse por el peso de las latas de cerveza.

No se percató de los ojos curiosos que le estudiaban desde las ventanas mientras paseaba por el pueblo. No vio cómo Gema se giraba y clavaba la mirada en él a través del ventanal de la cafetería cuando pasó por delante.

Ni siquiera prestó atención a la media sonrisa que le nació a Ernesto, el tendero, cuando le compró las dos docenas de latas de cerveza.

* * *

Levantó los brazos y comenzó a hacer movimientos desarticulados con ellos. Con la barba de cinco días y la expresión de la desesperación en el rostro, cualquiera podría haber pensado que el loco que gritaba se trataba de un náufrago pidiendo auxilio desde la orilla de una isla desierta.

La grúa comenzó a frenar justo delante del porche de la cabaña. Un hombre similar a un insecto palo con bigote y gafas medio opacas por la mugre se bajó del vehículo.

—¡Hey!

—Buenas tardes —dijo Ramsés mientras le tendía la mano. El mecánico se restregó como pudo la suya en el mono lleno de manchas de aceite y la brindó.

—¿Qué *pazó*? *Vamo acharle* un vistazo al coche a *ve* qué le *paza*, ¿no? —dijo mientras se retiraba la gorra grasienta y levantaba la vista por encima del cliente—. *Pue zi* que los tiene *usté* bien puestos. Le va *er* morbo, ¿no?

—¿Cómo dice?

El mecánico señaló la casa con la gorra.

—Creí que se estaba cachondeando de mí cuando me dijo que estaba viviendo aquí, en esta cabaña.

—¿La conoce?

Enarcó las cejas y sonrió marcando aún más el mapa de arrugas de su rostro lleno de churretes.

—¡*Nosajoio!* ¿Y quién no conoce la casa *der quemao*?

El mecánico se percató de que su cliente no conseguía comprender nada.

—*Usté* no es de por aquí, ¿no?

—No, he venido a pasar unos días en el pueblo.

Se encogió de hombros y dio media vuelta en dirección al Ford Fiesta que estaba aparcado en un lateral de la cabaña.

—Espere, espere —acertó a decir Ramsés—, ¿por qué la llama la casa del quemado?

—Pues porque *tol* mundo la llama así, ¿no?

—¿Por qué?

—¿De verdad que no conoce la historia?

La cara del forastero le bastó.

—Bueno, *vamo acharle* un vistazo al coche y le cuento *enmientras* —dijo a la vez que se recolocaba la gorra en la cabeza—. Ya decía yo que no tenía *usté* pinta de ser *mu echao pa lante*.

* * *

—¿Sí?

—¡Hijo de puta!

—¿Sés?

—¡Cabronazo! ¡Hijo de las mil putas!

—Tío, tío. ¿Pero qué mosca te ha picado?

—¿Por qué no me dijiste nada?

—¿Nada de qué?

—De que a tu tío lo asesinaron en esta casa, ¿de qué va a ser? Capullo.

Se pudo notar como Juan Jesús dudaba, durante medio segundo, al otro lado del teléfono.

—A ver, tranquilízate. Mi tío no fue asesinado, nadie sabe cómo ocurrió... ¿pero cómo te has enterado de todo eso? ¿No volvías ya de camino a Cádiz?

—El coche se me averió justo cuando quería salir. Aunque parezca mentira así ocurrió, son cosas que suelen pasarme a mí. Cosas improbables, situaciones imposibles para el resto de los mortales, pero el pan de cada día en mi vida. Como que un amigo me encierre en la casa donde se cometió un asesinato, ya sabes, cosas así.

—Joder, Sés. ¿Qué me estás contando? Te ofrecí la casa con toda mi

buena intención. Para que te relajases, no para que me llames cada dos días con los nervios de punta y con un problema distinto. Ya te he dicho que allí no se cometió ningún asesinato. Que el coche se te estropeará es mala suerte y ya está. ¿Quién es el lumbreras que te ha metido la patraña del asesinato en la cabeza?

—El mecánico, el mecánico que vino a ver el coche. Me trató como a un tonto del bote al ver que no conocía la historia de la casa. Como el resto de los habitantes de La Carcoma, ¿entiendes? Todos pensarán que soy el único gilipollas en este pueblo que no sabe dónde sienta el culo.

Durante unos segundos no se escuchó más que la respiración del concejal al otro lado de la línea.

—Sés, atiéndeme. No te lo quise contar para no crear más ruido en tu cabeza. Quería un lugar idílico para que dieras rienda suelta a la escritura. Me dijiste que estabas pasando por una mala racha y supuse que contarte que mi tío falleció en el dormitorio donde ibas a pasar las vacaciones no era buena idea.

—Lo mataron.

—No lo mataron, Sés.

—Apareció calcinado en la madrugada, ¡joder! ¿Me estás diciendo que se prendió fuego solo?

—Te estoy diciendo que nadie sabe lo que ocurrió. Ni el mecánico, ni la gente del pueblo ni el tribunal supremo. De hecho, en su expediente aparece como muerte en extrañas circunstancias, se acabó. Te repito, decir que allí se cometió un asesinato es faltar a la verdad. Así que respira hondo y tranquilízate.

—Vale, me tranquilizo entonces. Esta noche duermo donde tu tío apareció carbonizado y nadie pudo explicar el porqué. No pasa absolutamente nada. Claro que no.

—¿Ves por qué no quería contártelo?

Ramsés tuvo que guardar silencio. No supo qué decir. Había cogido el teléfono como un energúmeno en cuanto el mecánico se marchó. En ese momento se dio cuenta de que lo único que necesitaba era desahogarse con un par de gritos. Se llevó las manos a las sienes y le hizo caso a su supuesto amigo. Respiró hondo.

—Bueno, dime. ¿Qué le ha pasado al coche? ¿Qué te ha dicho el mecánico?

—No tiene ni idea. Dice que puede ser de los inyectores, pero no me lo ha podido confirmar. Se lo ha llevado al taller, me ha dicho que ya me llamará con lo que sea. ¿Estás seguro que a tu tío no lo asesinaron?

—Sí.

La afirmación rotunda dejó a Ramsés indeciso por unos instantes. Tardó en realizar la siguiente pregunta.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro?

—Pues porque el acta se cerró como muerte inexplicable. No hay presencia de ningún asesino ni ningún elemento que haga pensar en que se trató de un homicidio. Te lo he dicho ya.

—¿Y un crimen perfecto?

—Eso no existe.

Ramsés levantó la cabeza para dejar escapar un suspiro. El número ocho le miró desde encima del cuadro de luz. Le dio la sensación de que si la pintada pudiera haberle guiñado un ojo, lo habría hecho.

—Siguen apareciendo números, ¿sabes? Esta misma mañana he visto el ocho y estoy convencido de que mañana aparecerá el siete. Aquí huele a chamusquina, y nunca mejor dicho.

Se dio cuenta de que había hecho un chiste sin quererlo. Su madre siempre le había dicho que tenía un sentido del humor innato, capaz de hacer reír a un hombre mientras se ahogaba en el agua. Cuando apenas tenía seis años le llevaron a su primer funeral. La abuela Consuelo había muerto y sus fabulosos padres tuvieron a bien pensar que ya tenía edad suficiente como para asistir a su primer velatorio. Por entonces, él apenas tenía uso de razón. Sabía que algo le había pasado a la abuela, algo malo, la gente lloraba y aparecía deambulando por los pasillos del tanatorio con los rostros derretidos, flácidos y llenos de bolsas bajo los ojos. La tata Antonia apareció con un clínex arrugado entre las manos, se sonó los mocos en medio de la sala y se lo guardó en el escote. Ramsés entonces le preguntó, allí delante de todos los familiares, que si tenía las tetas llenas de mocos. La gente rio, de forma desganada, pero lo hizo mientras dedicaban una mirada de ternura y comprensión al pequeño. Su madre se acercó y le dio un beso en la frente. Le dijo que le quería, que era un buen chico, que estaba orgullosa de su pequeño Ramsés y esas cosas que se suelen decir cuando uno está más sensible de lo normal.

Malditas las ganas que tenía entonces para la risa mientras aguantaba el

auricular del teléfono.

—¿Fuiste a denunciar?

—Sí, sí que fui. Y me atendió un policía que parece que tiene una magdalena en la boca cuando habla. Así que ya te puedes imaginar las esperanzas que me quedan de que investiguen el caso con media pizca de interés y profesionalidad.

—Creo que me hablas de Loredo. Es un buen tipo, nos conocimos en uno de mis viajes a La Carcoma. Tiene una deficiencia en el habla, pero eso no es razón para que no pueda desempeñar su oficio con diligencia. Deja que haga su trabajo y relájate. Estás muy alterado, tío. Me da la sensación de que aprovechas cualquier tontería para ponerte como un loco y entrar en pánico.

Ramsés guardó silencio.

—Recuerda para lo que has ido allí. Escapa de los problemas mundanos y no dejes que un bulo de pueblo y cuatro pintadas te imposibiliten para la tarea que tienes pendiente. Escribe, tío. Escribe. Ese es tu trabajo. Deja a la Guardia Civil que haga el suyo y olvídate de cualquier excusa que te impida ponerte manos a la obra.

* * *

Decidió acostarse temprano. Estaba agotado por el descontrol de las horas de sueño y las noticias que le golpeaban cada vez que descubría algo nuevo sobre la maldita cabaña. Sin embargo, una vez que estuvo en la cama, le resultó imposible descansar. Su mente era un caballo desbocado que no podía controlar, una pista de carreras sin línea de salida ni de meta. Era una sensación con la que estaba familiarizado: un precio que había pagado por una intensa afición a la ingesta de alcohol. Los entendidos dicen que el abuso de bebidas espirituosas puede afectar al orden del sueño y que incluso, mientras se duerme bajo los efectos del alcohol, se pierde la fase REM, por lo que el descanso es incompleto. Pero dejando de lado los daños colaterales que la cerveza podía provocar en su organismo, aquella noche notaba que sus pensamientos no podían dejar de trabajar enfocados en los números y en la extraña muerte que tuvo lugar en aquella misma habitación.

Descubrió, mientras daba vueltas a un lado y otro de la cama, que se había olvidado del paro, del problema judicial al que se enfrentaba y de la falta de aptitud para escribir algo medianamente decente. Toda su atención se había centrado en aquellos malditos números que le perseguían día tras día,

recordándole en una cuenta atrás implacable, una carrera contrarreloj en la que, hasta el momento, había sido incapaz de superar sus problemas y enfrentarlos cara a cara.

Cuando su mente se obsesionaba con este tipo de pensamientos e ideas caía en una rutina circular, en lugar de caer vencido por el sueño. Solo le quedaban dos opciones: podía dejar que el proceso siguiera su curso, lo cual se prolongaría hasta las cuatro o cinco de la mañana, o podía obligarse a levantarse de la cama.

Al cabo de unos minutos, estaba en el porche, sentado en una silla y con un taco de folios sobre la mesa de mimbre. La luna creciente detrás del cielo encapotado creaba una tenue iluminación que permitía ver las casitas del pueblo recortadas en la oscuridad de la noche. En la quietud de la madrugada, pudo oír el sonido de un coche que subía por el camino del pueblo. Calculó que estaría a menos de un kilómetro. En ese tranquilo rincón de la Sierra de Cádiz, donde los esporádicos graznidos de los cuervos y el rechinar de los grillos constituían los únicos sonidos de la noche, podía oírse un vehículo desde muy lejos.

Pronto, los faros del coche barrieron la maraña de arbustos que salpicaban el sendero que conectaba la cabaña con el pueblo. El vehículo le deslumbró por unos instantes mientras daba media vuelta y volvía a rehacer el camino andado. Tenía las sirenas apagadas, pero pudo atisbar que se trataba de un coche de la Guardia Civil, incluso pudo crear la imagen en su cabeza de Loredó sentado en el asiento del conductor. Mientras volvía a ajustar las pupilas a la semioscuridad se sintió reconfortado, más tranquilo al saber que había presencia policial por la zona. Entonces pensó que podía ser cierto eso de que los guardias trabajaban, y que no solo se preocupaban de comer donuts en la guardia frente a las cámaras y mirar revistas porno. Supuso que aquella ronda por la zona podía ser gracias a la denuncia que había puesto el día anterior en el cuartel.

Se restregó los ojos, pulsó el botón superior del bolígrafo con un dedo pulgar bastante inflamado y comenzó a escribir de forma tosca y al ritmo que su mano dolorida le permitía.

- Números.
- Hay alguien que entra en la casa cuando no estoy o duermo, para quemar los números con alguna llama. Estoy siendo vigilado y aprovechan mis ausencias.

- Soy sonámbulo y yo mismo hago los números mientras creo dormir.

- Los números estaban pintados y ha dado la causalidad de que los he visto uno cada día, y en orden inverso (IMPOSIBLE).

Levantó la cabeza y miró en dirección al bosque ennegrecido por las sombras nocturnas. Se quedó así por un momento, reflexivo, intentado encontrar la explicación para que una persona se tome las molestias de estar entrando y saliendo de una casa a escondidas para pintar unos números, *a priori*, carentes de sentido alguno. Entonces le pareció entrever una fugaz silueta que parecía volar a ras de suelo. Un par de ojillos diminutos, como pequeñas canicas, brillaron por un microsegundo con el reflejo de la luz de la luna. El conejo, o la liebre, desapareció sin previo aviso en una madriguera que se escapaba del reducido campo de visión de Ramsés. El corazón, de alguna manera, pareció bombear con más fuerza y un golpe eléctrico le sacudió el cuerpo. Añadió otra posible explicación a la lista.

- Hay alguien escondido en la casa, en un sótano o una trampa, y sale cuando no estoy para dibujar los números.

Intentó controlar las pulsaciones. No había ninguna razón para perder los nervios. Pero esta nueva posibilidad le hizo ver las cosas desde otro punto de vista y las posibilidades se abrieron en abanico. Respiró profundamente y pensó que debía actuar con cautela. El reloj marcaba casi las doce y media. Se levantó de la silla y fingió que estiraba el cuerpo acompañándolo de un bostezo. Como si tuviese sueño y se preparase para dirigirse de nuevo a la cama.

Fue a por un vaso de agua y, mientras lo aguantaba con la mano derecha llena de moretones, investigó cualquier resquicio o borde que pudiera haber en el suelo de la cocina. Miró detrás de los muebles, dentro de la despensa. Retiró el sofá, la alfombra del salón. Detrás del espejo del cuarto de baño, debajo de la cama, en el fondo del ropero. Estudió cada una de las juntas de los tablones del suelo de madera, por si notaba alguno que sobresaliese. Se puso las deportivas y recorrió toda la cabaña dando zapatazos y pisando como un elefante el suelo en busca de algún sonido distinto que delatase la existencia de algún hueco o un doble fondo. Lo siguiente fue coger la escoba y empezar a dar golpes con el palo a todas las zonas del techo, cada diez o quince centímetros, pero no hubo nada que le hiciese pensar en la posibilidad

de una trampilla o un acceso que conectase la casa con la zona del tejado. De esa guisa, desnudo en calzoncillos *slip*, las deportivas y la escoba, cerró todas las ventanas como si se fuese a acabar el mundo, echó la cerradura del portón e improvisó un sistema de alarma, fabricado con una cuerda de pita y un par de cencerros que había encontrado adornando la despensa, y lo colocó en el hueco de la chimenea. Si al intruso le daba por entrar en la casa al más puro estilo Santa Claus no quedaría impune.

Las dos y cuarto de la madrugada.

Antes de irse a la cama, se quedó observando durante una cantidad de tiempo indeterminada el número ocho que había aparecido aquella misma mañana. Desde aquella noche había comenzado a luchar contra aquel fenómeno. Había tomado una participación activa en el asunto. Se acabó el lamento, el lloriqueo, el miedo. La guerra había comenzado. Se dirigió a la cama cuando le pareció estar actuando como un demente al estar observando la pared durante tanto rato.

Cerró los ojos en un segundo intento de conciliar el sueño. La frágil certeza de haber dejado escapar un día más sin escribir una sola línea se dejó caer con él en la cama, como si esa sensación fuese una compañía cotidiana.

Se dejó abrazar por ella, aunque fuese una amante indeseada, y se quedó dormido.

* * *

Javier Loredó examinó con atención el rostro pálido e inexpresivo de Ramsés Espinosa, que le devolvía la mirada desde la pantalla del ordenador de su oficina. Se trataba de la foto de la ficha policial realizada tras una detención. Amplió la imagen hasta que alcanzó un tamaño más o menos real. «Así puedo verte mejor». La cara del escritor quedó atrapada en los bordes del editor de imágenes, como si estuviese asomado desde una absurda ventana.

El agente fijó su mirada en los ojos del sospechoso digital, concentrado para que la fotografía le soplase todo lo que pasaba por la cabeza del forastero. Las facciones: la tensión de unos músculos faciales y la relajación de otros, delataban a los criminales. Contenían ese desdén camuflado, esa tranquilidad artificial que Loredó había visto en el semblante de asesinos, violadores y ladrones.

Empujó la rueda del ratón y la imagen subió en la pantalla, rompiendo el contacto visual entre sospechoso e investigador. Debajo de la fotografía

aparecieron todos sus datos personales encerrados en rectángulos de texto. En uno de ellos, resaltado con un sombreado grisáceo, podía leerse:

Detenido por alteración del orden público. Multitud de infracciones por consumo y tenencia de drogas tóxicas.
Observaciones: Inestabilidad psicológica.

La Carcoma, 16 de junio de 2001

Cuando abrió los ojos no fue porque hubiera descansado lo suficiente. De hecho, se sentía más agotado que antes de acostarse. Tenía la boca seca y la cabeza sobrecargada. Así que prefirió desperezarse antes que hundirse de nuevo en un sueño soporífero y vacío de contenido. Notaba como si se encontrase en una de las resacas que había experimentado en los días de alcoholismo absoluto. Empezó a estirar los brazos en la cama cuando un golpe seco, corto, pero contundente, llamó su atención. Su mente, como en un *déjà vu*, le advirtió que ya había oído ese sonido antes, entre ensoñaciones.

Abrió los ojos, atento.

Cloc.

El segundo impacto le activó el corazón, su pulso se aceleró como si acabase de terminar una maratón. Se levantó de la cama casi de un salto y la habitación comenzó a dar vueltas a su alrededor. Apoyó las manos en la pared para paliar las náuseas que se había provocado él mismo al levantarse de forma tan brusca cuando, sin que hubiesen pasado ni tres segundos, volvió a escucharse un tercer golpe. Fue lo más rápido que pudo hasta el ropero y se hizo con la barra de aluminio que servía para colocar las perchas; toda su ropa se desperdigó por el suelo de la habitación. Con el arma blanca en ristre se asomó con cautela al salón, esperando encontrar al delincuente quemando las paredes para pintar el número siete con las manos en la masa.

Pero la estancia estaba vacía.

Avanzó por la sala con paso cuidadoso pero firme, sintiendo en sus pies descalzos cada surco y cada astilla del suelo de madera. Un golpe pareció hacer vibrar la cristalera, giró la cabeza como un relámpago y vio una silueta en el exterior, agachada en el jardín, como si buscase algo entre la hierba. Agarró la barra de aluminio como si fuese una espada justiciera mientras la figura se levantaba en la lejanía, preparada para lanzar otra piedra al ventanal.

Cuando el ser difuso del jardín vio que el forastero se encontraba al otro lado de la ventana, comenzó a correr en dirección a la cabaña.

* * *

—¿Qué haces aquí?

—No tengo mucho tiempo para hablar —contestó la camarera de la cafetería con el aliento entrecortado después de la carrera—. Pero supongo que antes de nada podrías ponerte algo encima.

Ramsés puso cara de encontrarse en sus peores pesadillas, se miró los pies y abrió los ojos cuando se percató de que estaba en presencia de una mujer en *slips*, con un palo en la mano y los calcetines hasta las pantorrillas. Antes de que los calores le sofocasen el rostro, cerró el ventanal de un portazo y desapareció de su vista. A los pocos segundos volvió a la terraza con una camiseta y unos vaqueros.

—¿Qué haces aquí? —repitió con un poco más de dignidad que la vez anterior.

Ella permanecía a escasos centímetros de la cristalera, con el uniforme y el delantal de la cafetería. Miró rápidamente el reloj de su muñeca y dijo:

—Teníamos cinco minutos para hablar, pero has perdido tres en levantarte de la cama, espabilarte, ver lo que pasaba y vestirte. Así que iré al grano, si tardo demasiado mi madre sabrá que me he distraído de camino al trabajo.

Gema se lamentó enseguida de haber metido a su madre en la conversación. Le hacía parecer una niña de doce años. Aunque lo cierto es que no dejaba de ser un reflejo de su realidad: su madre la perseguiría allá donde fuese. Impostó un poco la voz e intentó parecer seria, madura. Le dio la sensación de que el hombre que tenía delante hacía esfuerzos por mantener la boca cerrada, aunque no conseguía disimular su asombro.

—He venido para darte un aviso.

—Vale, pero ¿me vas a decir cómo te llamas?

Las pupilas de la camarera se dilataron como obturadores fotográficos. Su abuela había tenido razón toda la vida: «No hay nada más simple que un hombre, cielito».

—Gema, me llamo Gema. Pero si estuviese en tu pellejo elegiría mejor las preguntas —consiguió articular mientras se cruzaba de brazos, sorprendiéndose ante su respuesta—. El pueblo sabe que estuviste en el

cuartel poniendo una denuncia. Aquí todo se sabe y la gente no quiere problemas. Hace años que no metemos a la Guardia Civil en nuestras cosas. No sé qué te ha pasado para que tengas que ir a llorarle a los picoletos, pero a los vecinos eso no les hace ninguna gracia.

—Lo de que no soy bien recibido lo tengo claro, no te preocupes. De hecho yo soy el primero que quiero marcharme de este pueblo, pero lo voy a tener bastante complicado durante unos cuantos días. Tengo el coche averiado y estoy esperando a que lo reparen, aunque no sé cómo voy a pagarlo. —Ramsés se arrepintió de inmediato, también, de sacar a relucir su falta de estabilidad económica. Así poco iba a conseguir—. ¿De eso venías a avisarme? ¿De que no termino de caerle en gracia a los habitantes de La Carcoma?

—Claro —contestó Gema extrañada ante la tranquilidad del poeta.

—Bueno, pues muchas gracias.

Gema pareció desanimarse. La alarma del reloj de su muñeca comenzó a sonar en medio de la nada arbolada que envolvía la cabaña. Se sonrojó y pareció ponerse nerviosa. Avanzó un paso, se puso de puntillas y plantó sus labios húmedos y templados en los del escritor.

Dio media vuelta y se fue corriendo hacia la cafetería.

Ramsés se quedó petrificado, rascándose la cabeza de puro desconcierto, viendo a la mujer escapar del tiempo, de su inseguridad y de su obsesivo terror hacia su madre.

* * *

Gema se acarició la mejilla y los dedos se le mancharon de maquillaje. Había conseguido disimular el moretón del pómulos, pero aún seguía allí, para recordarle quién era ella y quién su madre. No era el dolor físico lo que la hacía pequeña, si no la humillación. La sensación de que la dignidad quedaba reservada para los demás, nunca para ella.

Aquel día había dado un gran paso. Había tomado una decisión propia y además la había llevado a cabo. El corazón aún le palpitaba acelerado y los ojos le brillaban como si hubiese estado en el paraíso.

Mientras volvía a retocarse el colorete, pensó en que la excusa de haber ido hasta su casa para decirle que la gente del pueblo no lo quería allí podía convertirse en un arma de doble filo. A pesar de ser cierto —uno nunca puede imaginarse la de cosas que pueden llegar a escucharse en los bares y las

peluquerías—, aquello podría hacer que el poeta decidiera irse de La Carcoma a cualquier precio.

Mientras se miraba en el espejo, Gema se dio cuenta de que no quería que aquel pijo abandonase el pueblo. Lo quería allí, con ella. Quería volver a sentir de nuevo la textura de sus labios, la sensación de pertenecer al mundo, de ser parte de algo. De vivir.

Se enjuagó las manos y salió al salón de la cafetería.

* * *

El edificio de la biblioteca era el único que presentaba una arquitectura un poco más moderna —por decirlo de alguna manera— que la del resto de La Carcoma. Una construcción simple y minimalista de cortes rectos y sin adornos; la fachada era blanca, con amplios ventanales y unos toques de pintura roja en los pasamanos de la entrada. Una pequeña placa conmemorativa dejaba constancia de la aportación económica por parte de la Junta de Andalucía en la construcción del edificio.

Al entrar, supo que el espacio interior era mucho más reducido de lo que uno podía imaginarse desde fuera. Las paredes estaban repletas de carteles de certámenes literarios locales a los que apenas se presentarían una decena de estudiantes. Un chaval con una camiseta de Metallica y la melena recogida en una cola era el único ente vivo que deambulaba entre las estanterías. Por las miradas inquisitivas que le dedicaba al forastero mientras intentaba buscar un ordenador por la sala supuso que debía de ser el becario encargado de supervisar el buen uso y funcionamiento de la biblioteca.

En una de las esquinas, sobre una mesa llena de folletos de cursos y actividades culturales, descansaba un Pentium 2. Se sentó delante de él y encendió el monitor mientras notaba que la mirada del encargado se clavaba en su nuca como una saeta. Clicó en el icono del navegador y un buscador que no había visto en su vida se abrió con un cursor parpadeante en medio de la pantalla. Introdujo lo siguiente: «combustión espontánea en La Carcoma».

Apenas aparecieron un par de páginas web de dudosa veracidad del tipo *Ciencia y misterio* o *Enigmas ocultos*. Pinchó en la primera de ellas y se abrió una página con fondo negro y letras verde fosforito de estilo gótico, por aquello de proporcionar un halo terrorífico al diseño de la web. Aún a riesgo de perder años de salud visual, se puso a leer el artículo que databa de 1993.

Aunque existen historias anteriores, la primera muerte

atribuida a la combustión espontánea conocida en España ocurrió el pasado mes de junio en La Carcoma. Gracias al aviso de uno de los vecinos que aseguraba sentir «un olor a quemado» proveniente de la cabaña, fue posible localizar el cadáver al día siguiente del suceso.

Un joven forense barcelonés, Albert Lois, dictaminó, a falta de pruebas concluyentes, que la causa de la muerte había sido la combustión espontánea, inspirándose en otros casos mundialmente conocidos como los de Nicolle Millet, Cornelia Zangari o John Irving.

Don Israel Garri, la víctima mortal, de 68 años, era cartero retirado. Había sido visto con vida por última vez la velada anterior en la feria de su pueblo, celebrada por la noche de San Juan.

Un informe de la Guardia Civil recoge que los agentes encontraron la habitación llena de humo, un extraño olor y hollín azulado en las paredes y el techo del dormitorio donde se encontraba el cadáver. Los restos del difunto se encontraron en el suelo del dormitorio, junto a la cama. Lo único que quedaba de él era un montón de cenizas y su mano derecha. Científicos forenses confirmaron que el foco de la llama se había generado en el propio cuerpo de la víctima. De forma inexplicable, el resto de la habitación no presentaba signos de incendio. Sus amistades aseguraron que Israel no fumaba y no se encontraron restos de colillas, huellas o indicios de que alguien hubiese entrado en la casa. El caso se archivó ante la ausencia de evidencias. Se dota así a La Carcoma de un halo de misterio del todo inesperado en una aldea humilde y tranquila situada en la Sierra de Cádiz.

Preso de la curiosidad, Ramsés siguió navegando en busca de más información. La mitad de las webs compartían el mismo artículo copiado de forma descarada, y la otra mitad apenas presentaban nueva información que pudiera tomarse en serio. A los pocos minutos de búsqueda detectivesca, recordó que su padre siempre le había hablado de un proyecto que tenía entre manos *Diario de Cádiz*. Le repitió unas mil veces, como cada una de sus historietas, que estaban trabajando en una base de datos que pudiera recopilar todos los periódicos en formato digital.

Y, efectivamente, en la web oficial del periódico había un apartado de

búsqueda en el que introdujo las mismas palabras que en el navegador: «combustión espontánea en La Carcoma»; se abrió automáticamente el periódico del 27 de Junio de 1993. Allí pudo encontrar un artículo similar al anterior, pero con ciertos datos de interés que no aparecían en la web de fantasmas y misterios ocultos. Como, por ejemplo, que la víctima había puesto una denuncia en el cuartel de la Guardia Civil antes de su extraña muerte o que situasen el momento del fallecimiento en la noche de San Juan. A Ramsés le resultó especialmente intrigante que la muerte se produjese en una festividad que se celebraba quemando muñecos de trapo en la plaza central del pueblo. Una noche en la que el fuego era el protagonista.

De forma intuitiva, después de leer este segundo artículo, sacó la libreta que siempre llevaba en el bolsillo trasero del pantalón —supuestamente para tomar notas sobre su novela— e hizo una sencilla operación matemática. Esa misma mañana había aparecido el número siete en la despensa de la cocina. Así que escribió el número siete en la libreta y, justo al lado, la fecha en la que se encontraba: 16 de junio de 2001. No le hizo falta mucho tiempo para darse cuenta de que, si todo seguía igual, el cero aparecería dentro de una semana. Justo en la noche del 23 de junio.

La noche de San Juan.

* * *

—Lamento que no hayamos podido reunirnos antes pero, ya sabes, debemos andar con cuidado. Nuestros encuentros son *supersecretos*. —Esta última palabra la pronunció arrastrando las sílabas y abriendo los ojos, para otorgarle importancia, como cuando una abuela le dice a su nieto que si se come todo lo que le ha puesto en el plato se pondrá alto y fuerte—. Pero eso no importa, lo verdaderamente importante es que hiciste tu parte tal y como te ordené.

Luisito se encogió de hombros, como si no hubiese sido nada, o como si no supiese de lo que le estaba hablando.

—Si fuese general del ejército te llevaría conmigo a la guerra, a mi lado. Incluso podría darte una medalla por ser un buen soldado y por el valor que has demostrado. Gracias a tu valentía hemos conseguido anular la retirada al enemigo, sabes que significa eso, ¿no?

El niño lo observaba con una mirada vacua y gris. Detrás de las gafitas de pasta solo había dos bolas de plástico desprovistas de vida.

Le acariciaba el pelo, se lo removía como lo hacía su padre, aunque con más rudeza, con menos cariño.

—Buen chico, sí señor. Buen chico. Sobre la mesa tienes tu regalo. Luego quiero que te quites de mi vista.

* * *

Cogió la silla de mimbre de la terraza y la arrastró hasta el salón. Descolgó el rifle de caza que descansaba encima de la chimenea y lo cargó con los cartuchos de posta que pudo conseguir en La Abundancia. Realmente fue sin saber si le venderían munición al primero que pasase por allí, pero, incitado por la adrenalina y la necesidad de encontrar un arma con la que poder defenderse —que no fuese el perchero o un cuchillo de untar mantequilla—, probó suerte en la tienda del pueblo.

Ernesto, lejos de sorprenderse cuando le vio por su almacén en busca de munición, le respondió con una de sus sonrisas herméticas y con un: «Que tengas buena caza». Ramsés supuso que por aquellos lares este tipo de actividades estaban a la orden del día, por lo que la compra de cartuchería se hacía de forma natural, sin pedir permisos legales, licencias ni nada por el estilo.

Introdujo los dos cartuchos en el arma de fuego y se sentó con el rifle entre las piernas y el cañón alejado de su cuerpo, como si se tratase de una pitón.

No había utilizado una escopeta en su vida. Tampoco nada que se le pareciese. Ni siquiera estaba seguro de que hubiese introducido correctamente la munición en la recámara, pero se convenció de que apuntar a medio metro y pulsar el gatillo podría hacerlo hasta el mayor de los inútiles. Que el arma funcionase ya era otra cosa, sabe Dios el tiempo que podía llevar allí colgada sin haber sido usada. Aun así, siempre podría amedrentar a su atacante encañonándolo con cara de tener cojones para meterle un trozo de plomo entre ceja y ceja.

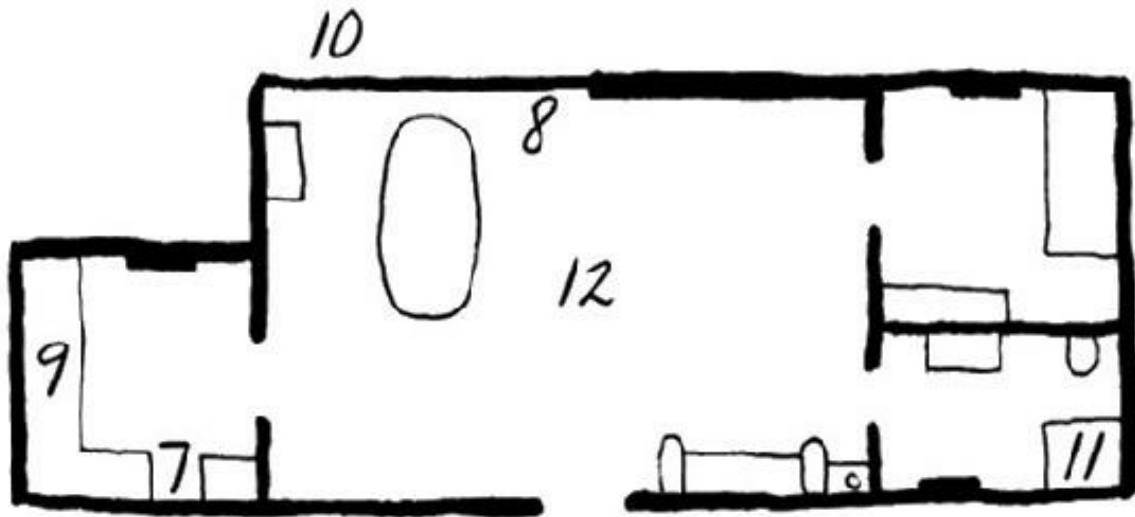
Mientras le reparaban el coche, no tenía más opción que esperar. Había pensado en coger un bus, pero no encontraba ninguna solución para recuperar su vehículo sin que ello conllevase un dispendio que no podía permitirse. Dinero que no tenía.

Antes de sentarse y preparar el punto de vigilancia, recorrió toda la cabaña para cerciorarse de que no había aparecido ningún otro número

después del siete de aquella mañana.

Abrió una lata de cerveza y miró la hora. Las once y cuarto de la noche.

El Señor, si es que alguna vez hubo existido, nunca lo había guiado por los caminos de las artes plásticas, pero mientras montaba guardia, por matar el tiempo y organizar las ideas, hizo el siguiente dibujo en la libreta:



Intentó encontrar, sin éxito alguno, una razón plausible para la colocación de los números y su orden. Incluso anotó en uno de los márgenes el lugar exacto donde habían aparecido. Nada. No parecía existir ningún patrón. Por otro lado, todos guardaban una similitud en cuanto a su dimensión, así que descartó la posibilidad de ordenarlos por tamaño. También intentó recordar el momento del día en el que habían aparecido, pero enseguida fue consciente de que era prácticamente imposible saber el instante exacto de su materialización. Había descubierto la existencia de cada uno de ellos en diferentes horas del día, aún así, bien podía intuir que la ventana horaria más propicia para que alguien entrase en la casa a pintar los números era la madrugada. Justo cuando dormía.

Le dio un trago a la cerveza. Aquella noche se lo pondría difícil. Estaba como loco por ver la cara del capullo que le estaba haciendo la vida imposible en La Carcoma. De disfrutar con su rostro descompuesto ante la sorpresa inesperada de verse encañonado por un calibre del doce. Ya que no podía marcharse de allí, lucharía. Cogió el rifle y se levantó animado. Caminó sigilosamente, atento a cualquier ruido ajeno a sus pisadas, en

dirección a la cocina. Cogió otra lata de cerveza del frigorífico y regresó al sillón de mimbre. Lo había colocado estratégicamente en medio del salón, con un campo de visión que abarcaba tanto el portón de entrada como el ventanal de la terraza; las dos fuentes principales de acceso por las que alguien podía entrar en la cabaña.

El silencio nocturno del exterior apenas era interrumpido por el canto de los grillos y el aullido de algún que otro lobo que parecía querer llamar la atención desde la lejanía. Se recostó en la silla, le dio un buen trago a la cerveza y apoyó el cuello en el respaldo.

Se preguntaba, una vez más, qué razones podía tener una persona medianamente cuerda para pintar números en la cabaña de su amigo. Mientras observaba el dibujo que había hecho en la «libreta de escritor» pensó que debía encontrarse frente a una persona ordenada, diligente y meticulosa. Al menos lo suficiente como para entrar y salir de la casa sin dejar rastro. Un planificador, un perfeccionista que solo mostraba los indicios que quería que viera su víctima. Un capullo inteligente y, probablemente, preparado para pasar desapercibido.

Aunque pudiera hacerse una idea subjetiva de la personalidad del delincuente, seguía sin poder explicarse la razón, el móvil de todo aquello. ¿De verdad valía la pena correr el riesgo de acabar en la cárcel por asustar a un forastero? ¿Acaso querían que saliera corriendo de allí y dijera que La Carcoma es un pueblo de mierda, enfermizo y lleno de desequilibrados mentales? ¿Sería todo esto el preámbulo de un asesinato premeditado?

Pasó la página del esquema de la cabaña con los números y comenzó a escribir una lista de las personas que podían tener razones para putearle de aquella manera, e incluso para matarle. Echándole imaginación y ayudado por las dos cervezas que se había tomado, apenas pudo completar una lista de cuatro nombres. Y no es que Ramsés se considerase un personaje muy querido, pero tampoco quería pensar que hubiese gente dispuesta a cometer un homicidio por quitarle del medio. Entre las posibles personas que podrían disfrutar con su sufrimiento se encontraba su editor, su agente literario, una exnovia y el casero de su apartamento de Cádiz. Todos esperaban algo de él que probablemente nunca llegaría.

Sin embargo, ninguno de ellos tenía el perfil como para pensar, a priori, que podrían ser presuntos asesinos.

Volvió hasta la cocina con el mismo sigilo que lo había hecho la vez anterior y cogió un paquete de seis latas de cerveza.

Las dos menos veinte de la madrugada.

Jugando al descarte, solo le quedaba la opción de que hubiese un demente por el pueblo que disfrutase haciendo este tipo de jugarretas a los forasteros. Pero la concordancia entre los números y el día de San Juan —el mismo día que murió Israel Garri— le añadía más incongruencia, si cabe, al asunto. ¿Acaso estaban mostrándole una cuenta atrás hasta el día de su propio asesinato? Y si fuese así, ¿qué relación existía entre el antiguo cartero del pueblo y un visitante temporal como él? ¿Por qué elegir dos víctimas sin conexión aparente?

Justo cuando volcaba la última gota de la tercera cerveza escuchó un ruido seco en el jardín trasero de la cabaña. Agarró el fusil como si se tratase del palo de una escoba y se levantó de un salto de la silla.

Pudo notar cómo el corazón hacía esfuerzos por salirse por la boca.

* * *

Nunca se había registrado un asesinato en La Carcoma, al menos, no uno de verdad. Un par de peleas de bar, otro par de muertos en carreteras y un accidente de caza. Nunca había habido un incidente que no implicase a un cabronazo bebido como una cuba. Ninguno sobre el que tener que realizar una investigación. No al menos en los últimos ocho años.

Ese era el tiempo que Loredo llevaba en la Guardia Civil. Cuando estaba en la academia, con apenas veinte años, pensaba que la suya sería una carrera policial digna de ser llevada al cine, o al menos, de aparecer en un par de capítulos de la serie *Crímenes imperfectos*. Incansable —o enfermizo, según su exmujer—, decidió dedicarse al cien por cien a su trabajo, la única manera de poder opositar y promocionar a la escala de suboficiales de la Guardia Civil. La única manera de cambiar de destino y escoger un lugar de trabajo más cercano a su casa. Sin embargo, el inglés, una de las asignaturas más importantes en la academia de suboficiales, nunca había sido el fuerte de Loredo. Quizás su torpeza para el idioma tuvo su origen en una profesora de la escuela, una tal Gertrudis, que le suspendió por tener una pronunciación inadecuada. Sus padres fueron a hablar con ella para explicarle el tema del rotacismo y su incapacidad para pronunciar la «r». Pero eso de poco sirvió. Doña Gertrudis no se bajó del burro asegurando que ese no era el problema del alumno, lo que tenía era falta de interés, y ya está. El primer suspenso con apenas doce años.

Así que fue por culpa del inglés por lo que quedaría lastrado, relegado a la mitad inferior de la tabla en el escalafón de su promoción. Posición que se tradujo en aquel destino desolado y aburrido. A cientos de kilómetros de su hogar, o de lo que una vez lo fue. Solo le quedaba la esperanza de poder solicitar un cambio de destino, una posibilidad que no parecía cercana en el tiempo. Con veintiocho años, sentía que estaba tirando por la borda su carrera profesional. Allí nunca conseguiría una medalla al mérito policial, en aquel pueblo nunca se ganaría una instantánea en el periódico que relatase su hazaña, nunca recibiría una herida de bala ni le visitarían en el hospital con ramos de flores y bombones. En aquel pueblo ni siquiera llegaría a ser un guardia civil de verdad.

La única opción que le quedaba para seguir pasando los días de servicio era agarrarse a cualquier caso por banal que pareciese. Al menos tendría una excusa para tomar el aire y abandonar una oficina llena de informes.

Lanzó la colilla al suelo trazando un arco luminoso en la noche, como si una estrella fugaz aterrizase en el suelo irregular de gravilla. Lo pisó, se enfundó las manos en los bolsillos de la chaqueta, y siguió observando la cabaña iluminada.

Era lo único que tenía: unos números quemados que aparecen sin explicación aparente y un mechero requisado a un chiquillo que andaba por la zona. Si uno era un poco optimista podía sacarle punta al asunto y tener en cuenta que en esa casa había tenido lugar una muerte en extrañas circunstancias hacía unos ocho años, en el 93. Además, daba la casualidad de que quien la habitaba actualmente tenía antecedentes.

Un par de cabos sueltos para mantenerlo activo. Para que pudiese jugar un poco con lo que siempre había soñado. Le jodía sobremanera que encima tuviese que hacer todo aquello al margen de la ley y en sus horas libres. Había desestimado la posibilidad de elevar el caso a los mandos superiores. Aún no había nada que denunciar, nada que demostrar. Jugaría a ser detective por unos días, pero nada más.

Desde la distancia pudo ver que una silueta inquieta se movía en el interior de la casa. Parecía ir armada. Entornó los ojos en la oscuridad y observó los movimientos sospechosos del forastero. Sacó una libreta y empezó a tomar nota.

* * *

Se asomó al ventanal con el fusil en ristre, como si estuviese decidido a usarlo. No iba a abandonar la cabaña ni un solo segundo, no iba a dejar ni un resquicio para la duda; no se ausentaría de la casa ni un instante. Descalzo, avanzó cautelosamente hasta ver con más claridad el jardín a través de la cristalera. Allí no había nada ni nadie. Su mente intentaba recuperar el ruido que había quedado grabado como una impronta en su memoria, achacándolo a un gato, o incluso una rata, rebuscando entre las bolsas de basura que había prometido tirar algún día.

Después de estar varios minutos escudriñando la negrura sin ningún resultado, volvió a la silla de vigilancia y a la lata de cerveza. Inspeccionaba con la mirada cada rincón de la casa. Había dejado las puertas abiertas y encendido todas las luces de las habitaciones de forma que cualquier sonido o sombra pudiesen delatar al intruso que tantas ganas tenía de conocer.

Pero las horas se sucedieron sin novedad, apenas alteradas por un par de sonidos similares al anterior y varias sombras que bien podrían haber sido provocadas por su imaginación, el cansancio o las cervezas que había volcado entre diente y lengua. Notaba los ojos embotados por la falta de sueño. El fusil descansaba sobre uno de los laterales de la silla, que cada vez le parecía más incómoda.

El grito de un gallo rasgó el silencio de la noche.

El amanecer parecía asomarse a través de los cristales y con él, la pesadez del sueño y el sopor de la cerveza. El agotamiento era una lente a través de la cual tendía a ver su vida como un fracaso. Como escritor le había fallado a su editor. Como amigo le había fallado a Julio Sierra, su agente literario. Como hijo le había fallado a sus padres y, como esposo y padre, le fallaba a la familia que nunca conseguiría tener.

Y con todo ello, se estaba fallando a sí mismo.

Su cerebro tenía sus límites, así que después de soportar durante largo rato esta laceración, desconectó.

No supo cuánto tiempo duró, algo menos de una hora, pero cuando despertó sentía un terrible dolor de cuello. Mientras intentaba recuperarse del trance del sueño fue consciente de que el teléfono llevaba rato sonando entre campanas estridentes a escasos centímetros de su oreja en la mesita del salón. Sonaba y sonaba, pero durante unos segundos fue incapaz de levantarse de la silla de la impresión que le había sacudido nada más abrir los ojos.

El número seis estaba allí, encima del portón de la cabaña, a apenas dos

metros de donde había pasado toda la noche sentado.

* * *

—¿Diga?

—*Joe*, menos *má*, llevo rato llamando pero nadie cogía *er* teléfono. Llegué a *pensá* que lo había *apuntao malamente, ea*.

—¿Quién eres? —contestó Ramsés elevando la voz, sin poder dejar de mirar el nuevo número. Apretaba el auricular hasta hacer que volviesen a dolerle los nudillos de la mano inflamada por los puñetazos al volante. Como si el dolor fuese un agente expiatorio de su ineptitud, por su inutilidad, por no ser capaz de mantenerse despierto una noche entera.

—¿Y quién *vi sé?* *Er* mecánico, *er* que se llevó *er* coche *pa* arreglarlo. *Nosajoio*.

—¡Ah! —consiguió articular después de que las ideas dejasen de temblarle en el cerebro y se ordenaran—. ¿Qué tal?

—¿Qué tal? Bien, bueno... Tengo un juanete en *er* pie izquierdo que me está haciendo la vida imposible, pero bien, bien. *Gracia por preguntá*.

Ramsés asintió, sin darse cuenta del todo de que se estaban cachondeando de la torrija que acompaña al que se acaba de despertar. El mecánico recondujo la conversación.

—Hemos *estao* viendo *er* coche, ¿sabe? y lo que tiene es bastante chungo. *Pa* que se haga una idea, tiene *er* *motó* hecho un asco. Tiene los inyectores para tirarlos a la basura, *vamo*.

—¿Y eso?

—*Usté* no le ha *echa*o *azúca* al depósito *der* coche por *casualidá*, ¿*verdá?*

—¿Cómo?

—Sí. *Er* *azúca* no se *mescla* con la gasolina en el depósito, por lo que si llega suficiente *asuca* por los filtros, las bomba y los inyectores, se puede *quedá* en el propio *motó*. ¿Ha visto alguna *vé* el caramelo *quemao* que se *quea* como una piedra de duro? Pues imagínese *to* los pistones *der* *motó* con esa mierda *pegá*.

—¿Pero cómo que *azúcar*?

—Hemos *encontrao* restos de *asuca quemá* en el depósito. *Ea*.

—¿Pero quién coño le va a echar *azúcar* al depósito de un coche?

La conversación se frenó por unos segundos. Ramsés se imaginó al mecánico sonriendo al otro lado de la línea.

—*Usté* me dijo que quería irse *der* pueblo, ¿no?

—Sí.

—Pues va a *sé* que hay alguien que no quiere que se marche, digo yo.

Ea.

6

La Carcoma, 17 de junio de 2001

Lanzó un profundo suspiro. Era insoportable. Aquella sensación de estar atrapado en las fauces de aquel pueblo le hacía sentir como el mono de circo al que la gente le echa cacahuets para que siga bailando. La atracción principal del espectáculo. El protagonista de *El show de Truman*.

Apenas eran las diez de la mañana pero el sol ya apretaba marcando la llegada del verano, de la noche de San Juan. Las gotas de sudor le resbalaban por el rostro como hormigas incómodas, pero ya no se molestaba en secarse con el dorso de la mano. Permitía que le nublaran los ojos, de color azul pálido, mientras barría la llanura con la mirada. Lo único que obstaculizaba el horizonte, hasta donde la vista alcanzaba, era el pequeño bosque por donde se había ido a hacer deporte cuatro días atrás. Le entraron ganas de volver a vestirse de chándal y correr, correr hasta gritar o caer reventado por el esfuerzo. Huir de aquel lugar aunque solo fuese por unos minutos y llegar lo suficientemente lejos como para olvidarse de esa panda de catetos obsesivos, del pirado de los números y de la muerte de Israel Garri en aquella cabaña.

A pocos metros de la terraza de la casa flotaba una nube de insectos y la brisa transportaba un hálito de vida natural que se mezclaba con el zumbido de los abejorros. Pensó en los días que tendría que esperar para que le reparasen el coche, y en los más de ochocientos euros —ahora sí que iba a quedarse en la ruina total— para pagar al taller. Aún no se había acostumbrado a esa nueva moneda del demonio. Todo el mundo estaba de acuerdo, ese dinero volaba mucho más rápido que las pesetas. Como si Europa entera hubiese llegado al acuerdo conspiranoico de hacer más pobre al pobre, y más rico al rico.

Escupió en el césped del jardín, se giró y entró en el salón cerrando el ventanal tras de sí. Sin querer levantar la mirada del suelo para ver los números que parecían vigilarle desde las alturas, marcó el número de la comisaría.

—Cuartel de la Guardia Civil de La Carcoma.

—Buenos días, quisiera hablar con el sargento Loredó.

—Ahora mismo es imposible. Está ocupado —contestó una voz reticente y asustadiza, como si alguien pudiese echarle una bronca por pasarle llamadas intrascendentes al jefe.

—Es importante. Dígale que le llama Ramsés Espinosa, el otro día estuve allí para poner una denuncia.

—Ya, veré, esto no funciona así. Si tiene algo importante que decirme, hágalo, tomaré nota y nos pondremos...

—¿Quién es? ¿Qué pasa? —se escuchó de fondo, muy flojo y desde la lejanía. Como si alguien hubiese entrado de repente en la sala donde el agente atendía la llamada telefónica.

—Es el poeta, otra vez, dice que quiere hablar con usted —se escuchó también de forma tenue, como si hubiesen tapado el micrófono con la mano sin demasiado éxito.

A los pocos segundos era otra persona la que tomaba las riendas.

—Buenos días, Lodedo a la escucha —a Ramsés le pareció intuir un ápice de intriga en el tono de su voz, pero pensó que aquello no era más que producto de su ansiedad por contar lo que le estaba ocurriendo.

—Gracias a Dios. Buenos días. Tengo que hablar con usted.

—Eso ya lo sé. No me haga perder más el tiempo. Hable.

La respuesta le cogió fuera de juego. Quizás le hubiese sorprendido menos un: «No tengo tiempo» o un «Llame más tarde». Ramsés se recompuso y continuó con la conversación:

—El otro día, cuando fui a denunciar...

—Sí.

—¿Recuerda que le dije que quería irme del pueblo?

—Claro. De hecho estaba preguntándome qué diablos hace usted todavía por aquí.

—Cuando salí del cuartel y llegué a la cabaña, el coche no arrancaba. Se lo llevó la grúa. Me ha llamado el mecánico hace un rato. Alguien le ha echado azúcar al depósito.

Loredó guardó silencio y Ramsés permaneció con el teléfono pegado a la oreja, a la espera de cualquier respuesta.

—¿Es que no lo comprende? —añadió alterado—. Me han reventado el coche. Hay alguien que no quiere que me vaya de este lugar. Me tienen aquí

encerrado para que vea cómo aparece un nuevo número cada día.

El sargento seguía sin hablar, como si estuviese estudiando cada palabra que escuchaba. Aunque lo cierto era que no podía mover la boca, no era dueño de su propio cuerpo. La vista se le había comenzado a enturbiar desde el momento en que sus neuronas relacionaron los sobres de azúcar que encontraron en los pantalones de Luisito con la avería del coche del forastero.

—Además, estuve investigando en la biblioteca del pueblo. ¿Sabe que hace ocho años, en esta misma casa...?

—¿Porque no se pasa por aquí y deja que le haga un par de preguntas?

La invitación volvió a cogerle totalmente por sorpresa. Asintió con la cabeza, sin darse cuenta de que el agente no podía verle desde el otro lado de la línea.

Colgó el teléfono sin decir nada más.

* * *

—Pérez.

—Sí, mi sargento.

—Prepada la número dos.

El agente observó de hito en hito a su jefe. En los seis meses que llevaba de servicio en el pueblo no le habían dado una orden de ese tipo. Ni siquiera para los borrachos de turno, a los que se les acompañaba hasta su casa como si la Guardia Civil de La Carcoma trabajase en un servicio de taxis.

Hubo algo en la expresión del sargento que le obligó a acatar la orden sin hacer ninguna pregunta.

* * *

Loredo se dejó caer en el sillón giratorio de su despacho mientras se hacía las mismas preguntas de todos los días. ¿Qué sentido tenía su trabajo? Más de ocho años acumulando papeles, expedientes y fichas. Y ahora que parecía tener algo interesante entre manos, tendría que actuar por su cuenta y perjuicio si no quería entorpecer el procedimiento con burocracia manida y solicitudes que tardarían semanas en aceptar, en el mejor de los casos. Su función era la de proporcionar seguridad a los habitantes de La Carcoma. Si había alguien que estuviese poniendo en peligro a cualquiera de sus vecinos, lo atraparía. Si el forastero estaba causando problemas y rompiendo la paz y

la tranquilidad que solía caracterizar las calles del pueblo, actuaría.

Los permisos, actas e informes los haría después.

Tres golpes suaves e inseguros hicieron vibrar la puerta de su oficina.

—Adelante.

Ramsés Espinosa entró en la sala y el sargento se acomodó en su asiento. Se cruzó de brazos y guardó silencio a la espera de que el visitante comenzase a hablar. En su corta experiencia había aprendido que no decir nada, en ciertas ocasiones, podía ser mejor táctica que la de hablar cuando no se tenía nada que decir. Trataba de incitar a hablar al poeta, obligándole a romper el velo incómodo del silencio y que este mostrase lo que le pasaba por la cabeza.

Ramsés pareció vacilar ante los labios sellados y la mirada inquisitiva que le dedicaba Loredó. Una barba descuidada acompañada de unas oscuras ojeras adornaban el rostro del agente de la ley. De no ser por el uniforme se le podría confundir con un recoge cartones de la calle o un borracho a la espera de asistir a su reunión de Alcohólicos Anónimos.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Ramsés para romper el silencio que le estaba taladrando los tímpanos.

—Como si quiede hacer el pino, pero hable de una vez.

Arrastró la silla, se sentó y no dejó escapar ni un solo segundo más para contar su versión de los acontecimientos.

—Verá, los números siguen apareciendo. El último que he visto esta misma mañana es el seis. Sobre la puerta de entrada de la cabaña, para que lo viese bien. El autor de las pintadas se está riendo de mí, ¿sabe?

El agente apenas asintió imperceptiblemente con la cabeza. No parecía tener intenciones de interrumpir lo que tuviese que escuchar.

—Esta mañana me ha llamado el mecánico, me dijo lo del azúcar. Algún cabronazo, o probablemente el mismo que se cuele en la casa para pintar los dichosos números, ha reventado el motor de mi Ford Fiesta echando azúcar en el depósito. —El agente parecía impasible ante la declaración de Ramsés—. ¿Es que no lo comprende? No quieren que me vaya del pueblo, me hacen la vida imposible, estoy retenido aquí en contra de mi voluntad. Hay alguien que está disfrutando con mi sufrimiento, que está tarumba y me tiene encerrado como a un gusano en una caja de cartón. ¡Joder, si esto fuera Estados Unidos ya tendría tres coches patrulla apostados en los alrededores de la cabaña!

El labio de Loredo hizo un amago, como si se estuviese aguantando las ganas de contestarle y darle la razón. De decirle que sí, de abrirse y sincerarse con alguien por primera vez en la vida para contarle que él, incluso, se estaba jugando la carrera profesional al investigar y hacer comprobaciones por su cuenta. Pero así era el sistema judicial español. Se necesitaban pruebas, y contundentes, para comenzar una investigación policial. Permisos y solicitudes para interrogar, vigilar o cotejar cualquier dato confidencial.

Pero lo único que dijo fue lo siguiente:

—¿Está seguro de que es azúcar lo que encontraron en el depósito?

—Eso me dijo el mecánico. No veo ninguna razón por la que pudiera mentirme.

—No le estoy diciendo que alguien esté mintiendo. Estoy diciendo que el mecánico puede haberse equivocado —contestó Loredo sin creerse sus propias palabras. De alguna manera, aplicando un sistema de autodefensa, evitaba cualquier conexión entre la avería de su vehículo y los sobres de azúcar de los bolsillos de Luisito.

Ramsés guardó silencio. En su cara se veía claramente el reflejo de la duda, no pensaba que el mecánico se hubiese equivocado respecto a su veredicto. El sargento se incorporó en su asiento y comenzó a tomar nota en una de las agendas que descansaban en su escritorio de madera barnizada. Lo hizo tapando con el antebrazo lo que estaba escribiendo.

—Además —continuó Ramsés al ver que no levantaba la mirada de la libreta—, como le dije, estuve investigando en la biblioteca del pueblo. En esto que ahora llaman internet uno puede encontrar cualquier cosa, ¿sabe? Es como el teletexto, pero con mucha más información. Uno escribe: «cangrejo ruso de río» y le salen mil resultados.

—Sé lo que es internet.

—Bueno, pues leí que en la misma cabaña, hace ocho años, hubo una muerte en extrañas circunstancias por una supuesta combustión espontánea. Me sorprendió que los investigadores cerrasen el caso sin encontrar una razón lógica. Es como si se hubiesen querido olvidar del tema a la fuerza. No sé, yo no entiendo mucho de estas cosas, pero atribuir un hecho objetivo a fuerzas extrañas o de otras dimensiones parece propio de un espiritista o de una bruja, más que del sistema judicial.

El sargento levantó la cabeza. También con ganas de responderle: «A mí qué me va a contar, trabajo día a día rodeado de este tipo de incompetentes. ¿Pero sabe qué es lo peor? Que los que toman estas decisiones cobran el

triple de mi sueldo», pero volvió a contenerse y soltó un comentario mucho más insulso:

—Sí, lo sé. Y usted está intentado decirme que, como en esa casa ocurrieron cosas inexplicables, lo de sus números cuenta con más veracidad. Tiene miedo de apadecer quemado un día de estos, como el cartero del pueblo ¿Es eso?

—No. Bueno, sí. Lo que intento decirle es que hubo una persona que murió en esa misma casa, el día de San Juan. Y todos los artículos coinciden en que la muerte se produjo de noche, por la madrugada.

—Sí, también lo sé. ¿Y qué tiene que ver el momento exacto del fallecimiento?

—Hoy ha aparecido el número seis, si se fija y me presta atención, verá que si esto sigue así, cuando la cuenta atrás llegue a cero coincidirá con el día de San Juan.

El agente pareció hacer esfuerzos por no demostrar el maremágnum de confusión que le asaltaba. ¿Cómo no se habría dado cuenta antes? ¿Cómo había pasado eso por alto? En cierto modo nunca había llegado a relacionar la gamberrada de los números con una muerte ocurrida ocho años atrás. Ahora todo tomaba un tinte de misterio que comenzaba a presionarle las ideas. Toda la vida esperando un caso que lo mantuviese al límite y ahora parecía arrugarse ante lo que le presentaban en la mesa de su despacho. Los números quemados, el mechero, el coche, el azúcar, la cuenta atrás, la muerte de Israel Garri, un niño con deficiencias mentales como único sospechoso. Un escritor.

Intentó recomponer las ideas y jugó la carta que tenía guardada. Alargó la mano para recuperar un papel entre el montón de folios de una de las esquinas de la mesa y se lo acercó a Ramsés.

—¿Y quién me asegura a mí que no es usted el responsable de todo este teatrillo? ¿Que no es usted el artífice de los números y que se lo está inventando todo? ¿Busca protagonismo? ¿Quiere a todo el pueblo pendiente de usted?

Ramsés agachó la mirada y el rostro se le descompuso derritiéndose en una mueca de vergüenza y tristeza. Delante de sus ojos tenía una copia de su expediente con sus antecedentes. Un trozo de papel impreso que lo transportó hasta el piso franco de su colega. Le hizo oler el humo de la marihuana, sentir el tacto del sofá de su salón. Un sofá lleno de quemaduras de cigarros y cenizas que se resbalaban hasta los resquicios de las costuras; un sofá que olía a muchos cuerpos, a muchos hombres deshechos por la droga, a muchas

mujeres de precio económico. Un sofá en el que había pasado casi dos años de su vida, fumando, esnifando, bebiendo mientras jugaba a la consola o esperaba a que llegase el de las pizzas. Un sofá del que le costó huir, despegarse, como si se tratase de uno de esos muebles animados que se ven en las películas de terror de bajo presupuesto que absorben y atrapan al que se sienta en él, sumiéndolo en la más oscura de las tinieblas, vaciándole el cerebro hasta transformarlo en parte del mobiliario de la casa.

Las palabras del agente lo despertaron de su sopor.

—Como podrá comprender, no es que usted sea un testigo fiable. De hecho, una de mis principales sospechas es que se lo esté inventando todo. Incluso que lo haga de forma inconsciente, mientras duerme. Mide —comentó el guardia civil mientras señalaba con un dedo amarillento por la nicotina el recuadro sombreado—, aquí pone «inestabilidad psicológica». Lo ve, ¿no? Estoy seguro de que comprenderá que pueda quedarme un desquicio de duda cuando me plantea esta historia de los numeditos sobre la mesa.

—Eso viene de una época pasada. No puede tomarse eso en serio.

—En la base de datos aparece que lo detuvieron en la calle, gritando que le estaban persiguiendo en medio de la avenida. Que unos hombres querían matarlo. ¿No es algo padecido a lo que está haciendo ahora?

—¡Estaba bajo los efectos de la droga, joder! —Ramsés pegó un puñetazo en la mesa de la oficina. Automáticamente se dio cuenta de que se estaba alterando demasiado. Eso no le convenía, podía hacerle parecer un desquiciado—. No estoy loco, solo me dejé llevar por las malas compañías. ¡Tenía diecisiete años! —y Ramsés añadió, como si eso fuera una razón de peso e incuestionable— ¡Incluso después de eso escribí dos libros!

Le habían obligado a pasar cuatro meses en un psiquiátrico como parte de la rehabilitación y de la desintoxicación. Ciento veinte días encerrado entre lunáticos y camisas de fuerza por dejarse arrastrar y perder la noción de la realidad durante un periodo de su vida. Un precio demasiado caro, pero que no dudó en aceptar porque la alternativa era un centro de menores, una cárcel para adolescentes. Fue la única etapa de su juventud en la que se separó de su hermano Juan Jesús. Él estudiaba mientras Ramsés debatía entre sus colegas si el rey era Snoop Dogg o Bob Marley.

Loredo ni se inmutaba, escudriñándolo con una intensidad digna de Hércules Poirot en la mejor de sus historias.

—Ningún loco piensa que está loco, ¿sabe?

Ramsés se puso colorado de la furia y la impotencia. Estaba dispuesto a levantarse de la silla y marcharse. No tenía por qué seguir aguantando las gilipolleces de aquel cretino. No quería coger el cenicero de cristal que había sobre la mesa y estrellárselo en la nuca. Loredó continuó con aquella calma pastosa y desesperante.

—Mis informantes me han dicho —mintiendo con toda la naturalidad del mundo— que anoche, dudante una de las patrullas, viedon movimiento en el intedior de la cabaña. Además, aseguran que lo viedon armado. ¿Tiene algo que desponder ante eso?

La pregunta le cogió en bragas. En ningún momento de la noche vio ni escuchó que ningún vehículo se acercase por la casa. Tragó saliva y contestó de forma sincera. Recordar su época de drogadicto le había arrebatado las ganas de seguir ocultando nada.

—Estaba esperando al tío de los números. Quise montar guardia a ver si lo pillaba con las manos en la masa.

—Y entiendo que no lo vio.

—Así es.

—¿Entonces, como dice que apadeció el nuevo número en el salón donde montaba guardia?

—Me dormí durante unos minutos.

—Ajá —contestó el policía con los ojos vidriosos e iluminados ante la evidencia—. Cada vez que despierta descubre un nuevo número. ¿Sigue opinando que es una idea descabellada pensar que es usted sonámbulo, y por lo tanto, el autor de esos números?

Ramsés agachó la mirada, sintiéndose víctima de la impotencia y la ira. «Ningún loco piensa que está loco» y lo mismo podría aplicarse a los sonámbulos. Se agarró con fuerza a los reposabrazos de la silla, creyéndose capaz de reventarlos en miles de astillas con la rabia de sus manos. Loredó seguía hablando de fondo, como en segundo plano:

—Ya le dije la primera vez que hablamos que molestarnos con este tipo de sindazones podía ser causa de infracción, cosa que no le beneficia en absoluto viendo su expediente...

—No puede ser.

—¿Cómo? —contestó el sargento, claramente sorprendido de que lo cortasen de esa manera.

—No puede ser, hay algo que no cuadra.

El agente guardó silencio, expectante ante lo que tuviese que escupir el forastero.

—Si cree que todo esto es invención mía, ¿por qué tomarse la molestia de destacar una patrulla por la cabaña? ¿Por qué molestarse en investigar hasta encontrar mi expediente judicial?

Loredo guardó silencio, pero sus ojos delataron su asombro, porque Ramsés continuó para aprovechar la guardia baja del sargento.

—Usted sabe algo que yo no sé, solo que no me lo quiere decir.

La comisura del labio de Loredo volvió a vibrar durante unos instantes mostrando indicios de que el agente comenzaba a perder el control de la conversación. Notó como si el escritor lo estuviese invadiendo por dentro, como si fuese capaz de ver lo que pasaba por su cabeza. El guardia civil consiguió morderse la lengua y transformar el ademán nervioso en una media sonrisa. Evitó dirigir la mirada al cajón de su escritorio, donde guardaba las evidencias no oficiales. El maldito mechero y el azúcar del pequeño Luisito. ¿Qué coño pintaba aquel chaval en todo ese embrollo?

Asintió levemente con la cabeza y, sin abandonar esa sonrisa protectora, dijo:

—Acompañeme, tengo algo que enseñarle.

* * *

Los pasillos del cuartel brillaban con el mismo reflejo que el suelo de la tienda de Ernesto. Volvieron a pasar por la recepción y Ramsés dejó que la misma pregunta que le asaltó la primera vez que entró en el cuartel volviese a la carga, como la lengua que rebusca en el hueco de la muela perdida: ¿Cómo podían las plantas seguir resistiéndose a la flacidez y la podredumbre? Parecían agarrarse a un suspiro de vida. Como si no quisieran perder una apuesta, entre todas ellas, la de cuál sería la primera en morir.

No tenía ni idea de a dónde le llevaba Loredo, pero veía en su mirada un atisbo de nerviosismo y consternación desde que le había lanzado la última pregunta. Tenía la certeza casi absoluta de que detrás de todo aquello había algo que se le escapaba de las manos y del entendimiento. En uno de los pasillos, llenos de fluorescentes y de depósitos de agua, se cruzaron con el gorila de pensamientos lentos que días antes había recibido a Ramsés en la puerta del cuartel. Se echó a un lado de forma casi sumisa para dejar paso a su superior y observó al forastero con ojos vacuos. Unos pasos más adelante,

Loredó se paró de súbito en una cancela y rebuscó en el manajo de llaves que le colgaba de la cintura, justo detrás de la pistolera. Probó un par de ellas en la cerradura sin éxito alguno.

—Siempre es la última —comentó Ramsés, por romper el silencio apenas ultrajado por el zumbido de las bombillas.

Loredó lo ignoró por completo. Se mostraba excesivamente concentrado en la tarea de abrir la cancela.

Una vez consiguió abrir la puerta, se secó el sudor de la frente y le cedió el paso a su acompañante en una muestra de caballerosidad del todo desacorde con el trato que le había dispensado hasta el momento. Ramsés se vio en medio de un corredor lleno de celdas vacías, con unos fluorescentes aún más lacerantes que los del pasillo del cuartel y con un aire acondicionado a una potencia que aquello parecía un iglú.

—Siga un poco más.

La voz de Loredó resonó en todo el complejo de celdas, haciendo eco y delatando que se encontraban vacías. La mayoría estaban cerradas, pero al final del todo parecía haber una con la puerta de barrotes abierta. Mientras avanzaba, Ramsés no fue consciente de que el sargento, lejos de mostrarse educado y servicial, lo que había conseguido era interponerse entre su persona y la única salida que existía.

Cuando llegó a la celda abierta vio que era la única que tenía un juego de sábanas sobre la cama. Quiso darse media vuelta, pero Loredó volvió a ofrecerle, esta vez con un empujón, que entrase dentro.

Ramsés intentó agarrarse a los barrotes de metal, pero un manotazo certero del agente hizo que sus brazos no encontraran el asidero deseado. Cuando aún estaba trastabillándose en el interior de la celda escuchó aquel sonido por segunda vez en su vida.

La reja se había cerrado a sus espaldas.

El escritor se revolvió preso del desconcierto y la confusión. Le entraron ganas de gritar, pero las náuseas le superaron. Intentó decir algo, protestar, luchar por sus derechos, pero solo fue capaz de dedicarle una mirada inyectada en sangre a Loredó.

Este levantó las manos, en una pose amistosa y cordial, como aquel que muestra que está desarmado.

—Vamos a delajarnos. Todo saldrá mejor si coopeda.

—¡Qué coño está haciendo!

—Tranquilícese, despide hondo y escúcheme.

La voz autoritaria de Loredo seguía retumbando en toda la sala, creando un efecto sonoro similar a la reverberación del cine cuando habla una divinidad. Comenzó a bajar las manos lentamente y las colocó en la cintura. Al ver el estado de *shock* en el que se encontraba el forastero, comenzó a hablar de forma lenta y pausada, como si le estuviese explicando a sumar y restar a un niño de escuela.

—Yo también quiedo saber qué cadajo pasa en esa maldita cabaña. ¿No ve que esto nos beneficia a los dos? Con usted aquí encedado puedo investigar la casa sin su presencia, y descartarle de la lista de sospechosos si los númedos siguen apadeciendo, clado —Loredo hizo una pausa al ver que la respiración de Ramsés, lejos de tranquilizarse, se agitaba, expulsando el aire por la nariz mientras le dedicaba una mirada asesina. Volvió a levantar las palmas de las manos en un intento de conciliación, de mostrar que no tenía nada guardado, que se expresaba con ideas claras y limpias—. Además, si code algún peligro no va a estar más segudo en ningún otro lugar que en este. Aquí está protegido, en la cabaña puede peligrar su vida, ¿no es eso lo que intentaba decirme hace unos minutos?

El pecho de Ramsés se inflaba y desinflaba como el fuelle de un herrero. La imagen del agente al otro lado de los barrotes le daba vueltas alrededor de la cabeza. Notaba cierta claustrofobia, que su organismo reaccionaba con ansiedad ante el hecho de estar allí encerrado. Como si no fuese capaz de aceptar la realidad y esta se difuminase entre vapores de otra dimensión. Cerró los ojos y se frotó las sienes con los dedos de la mano. Intentó controlar la respiración.

—No puede arrestarme.

—No lo estoy haciendo.

Ramsés miró a Loredo con los ojos desencajados. No daba crédito.

—¡Pues sáqueme de aquí!

—No. No voy a hacerlo.

—No tiene ninguna razón legal para arrestarme. Quiero hablar con mi abogado —dijo «mi abogado», pero realmente no tenía ni conocía a ninguno. Estaba seguro que así podría presionar más en la negociación.

—Ya le he dicho que sí tengo mis dazones para mantenerlo aquí. Lo de los abogados vamos a dejarlo pada más adelante.

—Esto es de locos, está infringiendo la ley. ¡No puede mantenerme aquí

encerrado!

—Sí, sí puedo. —Loredo hizo una pausa para mirarse la punta de los zapatos del uniforme. Lanzó un suspiro y continuó—: ¿Sabe lo que es el valor probatorio?

La cara del escritor le sirvió por toda respuesta.

—Ante un juez, si digo que usted me pegó una torta en mi oficina, mi palabra como agente de la ley tiene presunción de veracidad. Si le padece poca dazón para encedarle, puedo decir que intentó darme la pistola, o incluso que tuvo intención de violarme sobre mi propio escritorio. No ponga esa cara, hombre, le doy la opción de elegir y todo.

Gritó. Ramsés lanzó un alarido con todas sus fuerzas, estuvo a punto de desgarrarse las cuerdas vocales. Se abalanzó hacia los barrotes y sacó los dos brazos al exterior de la celda, con la clara intención de estrangular al guardia civil que le había engañado como a un niño pequeño con una piruleta.

Loredo apenas se movió ante la bravata. Hubo algo en su rostro que, lejos de parecer una mueca de divertimento, se acercaba más a la misericordia y la empatía.

—Comprendo perfectamente cómo se siente —comenzó a decir mientras Ramsés seguía haciendo fuerza como si pudiese estirar los brazos hasta el infinito—. Ahora tengo que irme, le dejo a buen recaudo con los agentes que están montando guardia en el cuartel. Piense en lo que le voy a decidir ahora... ¡Cállese joder, deje de gritar como un loco!

Instintivamente, el cuerpo de Ramsés se relajó, como si todas las células de su organismo estuviesen adiestradas para hacer cumplir las órdenes militares de Loredo. Los brazos dejaron de hacer fuerza y dio un par de pasos atrás. Las lágrimas le nublaban la vista, pero le escuchó con claridad.

—Ahora mismo no hay nadie que tenga más interés por desolver el caso que yo. Confíe en mí. Si todo sale tal y como espedo, mañana mismo dadé solución al misterio de los números y yo mismo vendré hasta aquí, a explicarle a usted lo sucedido. Esto no es más que una medida preventiva para añadir o eliminar sospechosos. Si necesita cualquier cosa, tiene a toda mi cuadrilla de guardia a su disposición. Me encargadé de que así sea.

En ese momento Ramsés se había convertido en un muñeco de trapo, apenas capaz de parpadear y mirar al sargento con cara de estupefacción.

—Aquí estadá segudo. Si quiede tomad medidas legales está en todo su derecho, pero vamos a dejar eso para un poco más adelante. Lo primero es

encontrar al culpable de todo esto. ¿No cree? Deséeme suerte.

Los zapatos retumbaron por toda la sala de forma autoritaria. El sonido lejano e inalcanzable de la cancela al cerrarse provocó en Ramsés el mismo efecto que si le hubiesen tapado el féretro delante de sus ojos.

Se sentó en el camastro y se escondió detrás de las palmas de las manos. Oscuridad.

* * *

Loredo fue andando a toda prisa hasta el exterior del cuartel, como si fuese el autor de un homicidio y huyese de la escena del crimen. Tuvo que presionar varias veces la rueda del mechero mientras el cigarro le temblaba en la boca. Dio una larga calada y miró las volutas de nubes que se deslizaban en el cielo azulado.

Una mente obsesiva, un cerebro ordenado como el de un asesino en serie o el autor de un crimen sin resolver, como temía que podía ser el asesinato de Israel Garri, se caracterizaba por estar permanentemente concentrado en tener la situación controlada. La sensación de control era la adrenalina del criminal. Ver cómo la policía se rebanaba los sesos mientras él, como autor y espectador anónimo, se encuentra a buen recaudo, detrás de un muro construido por la ausencia de evidencias y de pruebas incriminatorias que puedan delatarle.

Javier Loredo, lejos de controlar la situación, notaba cómo se le estaba yendo de las manos. Se jugaba su carrera profesional por un caso que podría ser una mera invención de un drogadicto atontado. Al haber encerrado a Ramsés de forma ilegal había apostado todas sus fichas a una mano que podría no ser la ganadora. Pero esa era su forma de trabajar, su manera de hacer las cosas. Confiaba en que detrás del mechero y los sobres de azúcar de Luisito se escondiese algo mucho más serio.

Si no era así, perdería toda su credibilidad como agente de la ley.

Tiró la colilla al suelo y la aplastó concienzudamente con la puntera del zapato.

Se dijo que, de todos modos, ya hacía tiempo que lo había perdido todo.

* * *

La celda parecía salida de una de las naves de *Stark Trek*. La luz de los

fluorescentes hacía de aquel cubículo una caja de luz refulgente. El blanco impoluto lo dominaba todo, a excepción del metal inoxidable del retrete, el lavabo y las patas de la cama. La reja de barrotes ofrecía una oportunidad al engaño visual para dar sensación de espacio al calabozo y un murete de apenas metro y medio junto a la taza del váter era el único consuelo a la intimidad.

Estaba acostado. Un dolor lacerante se le había instalado en la parte lateral de la frente, y no paraba de aumentar por estar expuesto a la luminiscencia deslumbrante obligada de aquel lugar. Se puso la almohada sobre la cara y quiso olvidarse de todo lo que le rodeaba. Se escapó de la celda y se transportó a la oscuridad más absoluta, como un ente flotante e incorpóreo en medio de la nada, dejó desfilas las ideas hasta expulsarlas del torrente de pensamientos absurdos. Salió de esa mente de mono que salta de un pensamiento a otro, sin control y de forma autodestructiva. Como el que descorcha una botella de vino y deja escapar todo el líquido dejando el recipiente hueco, vacío. Todo aquello que segundos antes le hundía en la depresión más absoluta comenzaba a esfumarse. Solo negrura. Tranquilidad. Nada.

Pudo pasar horas en aquel trance, hasta el punto de no escuchar las pisadas del agente que se acercó a la celda. Este tuvo que hacer como que tosía para llamar su atención. Ramsés se retiró la almohada de la cara y, sin que apenas hubiese conseguido aún enfocar la vista, observó que había un hombre uniformado al otro lado de los barrotes. Tenía algo entre las manos: una bandeja con comida.

—No sabía que tenía servicio de habitaciones —dijo con una voz abotargada que no le pareció la suya.

El agente se ofendió. Dejó la bandeja debajo de los barrotes y le dio un puntapié para que pasara al interior de la celda. Iba a darse media vuelta cuando el hombre encerrado intentó reparar su impertinencia.

—Eh, eh. Perdón, no quería faltarle el respeto. Verá, tengo que pedirle un favor.

El agente ya se había alejado del escaso campo de visión del pasillo que las rejas le permitían, pero Ramsés pudo detectar que se había detenido porque dejó de escuchar sus pisadas. Seguramente por la orden del jefe de que tuviesen en consideración al forastero, más que por su súplica. A los pocos segundos estaba asomándose de nuevo a la celda con cara de pocos amigos.

—Hola.

El agente lo miró impasible, sin decir nada.

—Aquí hace mucho frío, ¿sabe? No me vendría nada mal una manta.

El uniformado asintió, escondido en una seriedad que no cuadraba en absoluto con su apariencia física casi esquelética. Algunos granos propios de la pubertad aún dominaban su rostro. Ramsés no podía comprender cómo podían entrar tan jóvenes al cuerpo.

—Además, en las pelis he visto que siempre ofrecen una llamada telefónica cuando encierran a alguien. Me gustaría usar el teléfono.

—El sargento lo ha prohibido tajantemente —contestó cruzándose de brazos y con una voz casi femenina—. Lamento no poder ayudarle, ¿necesita cualquier otra cosa además de la manta?

El escritor pensó por unos segundos. No quería dejar pasar la oportunidad.

—Sí, tráigame un bolígrafo y papel. Folios, un cuaderno, lo que sea que sirva para escribir.

El agente puso los ojos en blanco y se marchó del pasillo de celdas, probablemente maldiciendo el rol de mayordomo que le habían endosado en aquella guardia.

Mientras dudaba seriamente si el agente se iba a molestar en conseguir el material que le había pedido, Ramsés le echó un vistazo a la bandeja que había en el suelo. Una hamburguesa con patatas, refresco y un descafeinado de postre. No creía que ese fuese un menú usual para los arrestados. ¿Realmente estaba Loredó haciendo todo lo que estaba en su mano por que su estancia allí fuese lo más cómoda posible? ¿Acaso le estaba tratando como un arrestado VIP para que no lo denunciase? Estaba seguro de que, si quería, podía buscarle un problema al sargento. Aquello se alejaba mucho de cualquier procedimiento de arresto legal.

A los tres minutos el agente volvió con todo lo que le había pedido. Aplastó la manta doblada y la pasó entre medio de los barrotes, que Ramsés agarró y lanzó encima de la cama. Luego, alargando la mano, le pasó una goma de borrar, un sacapuntas y un lápiz.

—Joder, ¿de verdad dais a los presos lápices con el escudo de la Guardia Civil?

—Nunca damos nada de esto. Se puede considerar un tipo afortunado.

El agente se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y le acercó una

libreta.

—No entiendo cómo el jefe ha dado la orden de que seamos atentos con usted, después de lo que nos ha contado... En fin, ¿con esta libreta basta?

—Sí, sí. Tampoco creo que escriba tanto.

En su gesto pudo ver una expresión de duda. Una reacción que se debatía entre la decisión de marcharse de allí o seguir delante del retenido. Se quedó mirando a Ramsés, en una extraña pose con los brazos estirados y cercana a la posición de firmes. Volvió a avanzar medio paso, acercándose a la pared de barrotes. Arrugó las cejas y preguntó, casi en un susurro, como si sus compañeros pudieran escucharle desde la sala de cámaras.

—¿Es cierto que le pegaste un puñetazo en la cara al jefe?

Ramsés tardó un par de segundos en reaccionar. Pero lo hizo.

—Claro, en toda la boca. Por cabronazo —contestó con una sonrisa felina, con la libreta y los materiales en la mano.

* * *

Ramón estornudó, se limpió los mocos con la manga del uniforme y se levantó la visera para ver mejor a través de la cristalera.

En el interior todo parecía vacío. El mobiliario rústico tomaba tintes tenebrosos entre las sombras del salón; los graznidos de los cuervos no ayudaban a crear un mejor ambiente a la escena. Sabía que podía buscarse un buen problema, pero su jefe le había asegurado que debía de haber una entrada y que el dueño no iba a pasar por allí, que tenía todo el tiempo del mundo, que estaba todo controlado. Como únicos testigos del allanamiento de morada quedarían los cuervos, los mosquitos y los putos geranios.

Volvió a estornudar. Estaba seguro de que aquella alergia lo mataría algún día. «Pueblo de mierda, carajo», pensó.

Siguió rodeando la casa hasta llegar a la última ventana. Puso las manos alrededor de la cara y se acercó al cristal. El ventanal parecía dar a la cocina. Igual que con el resto de los balcones, ejerció presión con la palma de la mano en el vidrio y, después de darle un poco de juego, pareció notar que el pestillo cedía. La hoja del cristal se abrió completamente.

Dejó caer los brazos y maldijo a su jefe. Ese cabrón siempre acertaba. Ahora solo le quedaba la tarea más difícil: pasar su cuerpo de noventa y siete kilos por el hueco de la ventana.

Miró a un lado, hacia el otro. Estornudó. Se volvió a sacudir el moquillo

con el dorso del antebrazo y se impulsó con las manos en el quicio. Quedó colgando a medias, con la cintura en los raíles de la cristalera y los brazos apoyados, como buenamente podía, en la encimera de la cocina. Una lata de cerveza vacía cayó al suelo, maldijo su mala estrella y estornudó. En aquellos momentos, Ramón se alegró de haber escogido el bando bueno, el de la poli; como ladrón habría pasado mucha hambre. Hizo acopio de todo su valor y reunió las fuerzas suficientes como para apoyar los codos en la estructura e impulsarse con los hombros.

Con medio giro del cuerpo, y casi sin saber cómo, acabó sentado en el mueble de la cocina, dentro de la casa. Sí. Estaba dentro. Dio un saltito hasta el suelo, cerró la ventana a sus espaldas y se sacudió el uniforme.

La casa encerraba una mezcla de olores que bien podría ser el producto de la humedad, ropa interior sucia y cerveza derramada. La madera del suelo crujía de forma quejumbrosa con cada paso que daba y la luz de la luna se filtraba a través de las cortinas, otorgando a la cabaña un ambiente digno de la casa del terror. El cabo se vio obligado a encender la linterna y a maldecir cualquier película de terror que hubiese visto a lo largo de su vida.

El cono de luz que proyectaba la linterna se recortaba perfectamente en la oscuridad, alumbrando sillas, cuadros, repisas y puertas. Se recorrió toda la casa, intentado ahogar cada estornudo, como si el ruido estridente pudiese molestar a los espíritus de la cabaña. A los pocos minutos de su inserción táctica, se vio capaz de comenzar con la siguiente fase de la operación: se metió la linterna en la boca, sacó la libreta y comenzó a escribir.

12. Techo del salón, junto a la lámpara central.

11. En la pared del cuarto de baño, junto a las cortinas de plástico.

10. Fachada, parte trasera.

9. Pared de la cocina.

8. Encima del cuadro de luz del salón, junto a la ventana que da al jardín.

7. En el techo de la despensa.

6. Sobre la puerta de entrada, en el interior de la casa.

En contra de su voluntad, volvió a dar un repaso a toda la cabaña. Una vez comprobó que no se dejaba ningún número sin anotar sintió una necesidad irrefrenable de salir de allí.

Corriendo.

De camino a la cocina cruzó por el portón de la casa e, instintivamente,

le echó mano al pomo. Pudo sentir, a la perfección, como si fuese una prolongación de su brazo, cómo el mecanismo de la cerradura se desbloqueaba a medida que giraba el picaporte.

La puerta se abrió y la brisa nocturna de los pinsapos le acarició la cara barnizada en sudor. Miró la ventana de la cocina para asegurarse que estaba cerrada y se contuvo de hacer un corte de mangas a la casa en general. «Lo que hace uno por un puto día libre. *Cagoen*», se reconoció a sí mismo.

* * *

La casa de los padres de Luisito se situaba a pocos metros de la entrada al pueblo, en la linde de la carretera que unía el noventa por ciento de las pequeñas aldeas de la Sierra de Cádiz. Había decidido salir con ropa de civil a la calle y utilizar su vehículo personal, pensó que andar moviéndose con un coche del cuerpo y de uniforme podría acarrearle más problemas que ventajas. Además, el incógnito era un punto a favor a la hora de pasar desapercibido en una investigación no oficial.

Loredo tenía una sensación incómoda que le había acompañado de manera intermitente en los últimos días. Ahora se había dado cuenta, con desazón, de que se encontraba inmerso en un caso real. Tenía entre manos una escena del crimen que podía peinar y examinar, historias que cotejar y coartadas que comprobar; testigos que interrogar y pistas que estudiar. Nunca se había sentido tan frustrantemente comprometido en un caso al margen de la ley. ¿Poner a toda la comandancia patas arriba y llamar la atención de los despachos judiciales por unos números pintados y un niño que se escapa de casa? No, aún no era el momento. Ni siquiera debería estar conduciendo en aquella dirección. Pero no podía evitarlo.

Durante el trayecto nocturno y entre los faros deslumbrantes de los coches con los que se cruzaba, le sobrevino la imagen de su exmujer, cuando levantaba el dedo índice y le hablaba de su enfermedad. De su afán incontrolable por el protagonismo laboral, por no dejar escapar ni una sola oportunidad para llegar a ser un profesional reconocido. Dispuesto a pagar cualquier precio por dejar el listón bien alto, dispuesto, incluso, a pagar el precio de su familia.

Dedicó una mirada furtiva a la fotografía de su hija vestida para su primer día de guardería colocada en el parasol del conductor. Volvió a prometerse que la llamaría nada más levantarse al día siguiente.

Aparcó en una zona de gravilla y tierra que separaba la carretera de un pequeño mirador desde donde se podía ver todo el valle de La Herradura, por un lado, y la casa de Gonzalo, Carmen y Luisito, por el otro. Bajó la ventanilla del conductor y apagó el motor. Se recostó, cerró los ojos y trató de centrarse en los sonidos ambientales. Todas las luces de la casa estaban apagadas. Sabría si alguien entraba o salía de ella. Solo necesitaba descansar los ojos un par de minutos.

Varios golpes de nudillos sobre la carrocería del coche hicieron que Loredo pegase un respingo en el asiento del conductor. Levantó la cabeza y se encontró con una cara cuadrada y musculosa, adornada con una gorra de policía que ensombrecía unas cejas depiladas cercanas al ridículo.

—¿Qué hace aquí parado? —dijo el agente a la vez que se retiraba la prenda de la cabeza.

Loredo echó de menos el saludo casi obligatorio de los buenos modales. Notó la ausencia de ese: «Buenas noches» o del simple: «Buenas» que tanto recuerdan en la academia como muestra de respeto y servicio al ciudadano.

—Ya me iba. Solo necesitaba ceder un poco los ojos.

—¿Ha bebido usted algo?

—No, no he bebido nada —A Loredo le entraron ganas de explicarle que se trataba de un problema en el habla. Que era un defecto de pronunciación provocado por la carencia del frenillo de la lengua, no de una cogerza a base de *whisky* barato. Pero prefirió mantenerse callado.

El hombre de uniforme asintió sin molestarse en parecer convencido, se retiró de la ventanilla para mirar por encima del coche, como para evaluar una situación extremadamente peligrosa. Luego habló en un tono de advertencia, con desdén. Nada que ver con la cordialidad y el respeto que debe caracterizar a un agente de la ley.

—Aquí no puede estacionar, esto no es zona de aparcamiento.

—Sí, ya le he dicho que solo he padado un momento para descansar la vista.

A Loredo se le escapó involuntariamente la mirada justo detrás del policía local, en dirección a la casa que estaba vigilando y, por ende, la razón verdadera por la que estaba allí estacionado. Pero el sargento estaba seguro de que el agente, obcecado por poner multas, no estaba capacitado para percatarse de este tipo de microestímulos detectores.

—Enséñeme su DNI, el carné de conducir y los papeles del coche.

«Por favor», añadió Loredo mentalmente.

—Sí, clado.

Loredo sacó la documentación del vehículo de la guantera y su identificación de la cartera. Además, le mostró también la TIP. En contra de lo que la mayoría de personas piensan por culpa de las películas, las placas policiales no acreditan nada. Cualquiera puede comprarse una en la tienda de efectos policiales de la esquina. Loredo no solía ir por la calle mostrando su Tarjeta de Identificación Profesional, de hecho, tampoco es que le conviniese romper su incógnito en tales circunstancias. Pero de alguna manera, la soberbia del policía —que supuso debía de estar destinado desde hacía poco tiempo en un pueblo de las cercanías, ya que no lo había visto en la vida—, le empujó a identificarse como sargento de la Guardia Civil. Por ver la reacción del otro. A ver qué pasaba. No todo iba a ser trabajar.

—Esto también podrá servirle, agente.

Lo que vio en la expresión del policía no fue una mueca de compañerismo y afecto. Fue una mezcla de enfado y rabia que hacía que las cejas depiladas con escuadra y cartabón se arrugasen en un ademán de frustración. El policía le devolvió toda su documentación.

—Que pase buena noche, sargento —dijo mientras se llevaba la mano a la gorra a modo de despedida, pero lo dijo en un tono que quedaba muy lejos del respeto y la cordialidad. Se dirigió a su vehículo, dio media vuelta y se alejó por la carretera en dirección al siguiente pueblo, probablemente en busca de víctimas a las que poner multas de tráfico.

Hay gente que no es feliz. Y serlo no es nada fácil, todo sea dicho, pero llega el momento en el que uno debe preguntarse por qué. ¿Por qué no lo soy? Perdí a mi familia, mi exmujer está a punto de casarse con otro tío, un gilipollas, por cierto. Mi hija apenas me reconoce cuando me ve, si no la llamo nunca es porque tengo miedo. Miedo a que algún día note en su tono de voz que realmente no le apetece hablar con su padre desaparecido. Trabajo en un pueblo olvidado, desierto, a cientos de kilómetros de mi hogar. Me siento solo, me falta esto o nunca tuve lo otro. Todo el mundo tiene sus razones para sentirse infeliz. Y esto arrastra a que se beba de forma compulsiva o se fume más de lo aconsejado, tanto como un detective de novela negra. Que se cometan crímenes, que se robe, que haya corrupción... La infelicidad empuja a querer escapar de la propia familia o a hacer un mal uso de la autoridad y poner multas sin ton ni son. Cada uno tiene sus razones, cada uno busca su escondrijo, su manera de canalizar esa sensación de vacío.

Loredó quiso pensar que aquella noche no se había cruzado con un mal policía, si no con un hombre insatisfecho con su vida.

Desde el coche, con la ventanilla bajada, observaba la casa de la familia de Luisito. Loredó no era nadie para valorar los mecanismos de huida de cada uno. Él tenía el suyo propio.

La Carcoma, 18 de junio de 2001

Llamó muy temprano a su puerta, sacándola de un sueño profundo y letárgico. Traía una bandeja con tostadas, mantequilla, mermelada, zumo de naranja y café. Gema dejó el desayuno a los pies de la cama y abrió las cortinas para que entrase un poco de claridad.

La misma escena de todos los días, como en un bucle, como el fondo del paisaje de los dibujos animados que se repite una y otra vez.

Mientras su madre tomaba el desayuno, probablemente protestando por la temperatura del café o el tostado del pan, ella se daría una ducha, se pondría maquillaje para las marcas y bajarían juntas a la calle.

Juntas, en dirección a la cafetería, al negocio familiar de ensueño.

* * *

Le vino a la memoria la imagen de su hija arrugando la nariz al entrar en el coche mientras protestaba: «Papi, el coche apesta a tabaco». Pero Loredo no pudo evitar encenderse un cigarrillo de camino a la comisaría. Aquella mañana había aprendido el verdadero significado de la palabra «empatía».

Durante toda la noche nadie había salido ni entrado en la casa de Luisito y, cuando el sol parecía ganar la batalla por despuntar en el horizonte, arrancó el coche y puso rumbo a la cabaña. Allí estaba Ramón, tal y como le había ordenado, montando guardia desde el coche patrulla. «Sin novedad, mi sargento. Por aquí no ha pasado ni el Tato». Le arrancó el papel de las manos, le hizo un par de preguntas y lo despidió prometiéndole un día libre a su elección.

Mientras conducía, las instantáneas de la mañana pasaban por delante de su vista como en un carrete de fotos. Volvió a verse, mientras esperaba en un semáforo, como se había quedado clavado delante de aquel número, a punto de que la baba se le derramase por la barbilla de la estupefacción. De pie, en

medio del dormitorio, con el sonido del reloj del salón de la cabaña de fondo, el sol entrando por la ventana y el número cinco retándolo con majestuosidad en uno de los laterales del ropero empotrado. Mientras miraba el papel que su relevo le había dado, comprobaba, una vez más, que aquel nuevo número no lo había apuntado en su registro. Era imposible que hubiese visto todos los demás y no ese, que estaba allí, en medio del dormitorio.

De forma premeditada solo le había dicho a Ramón que tenía que encontrar la manera de entrar en la cabaña, buscar unos números y apuntarlos. En el papel todos coincidían con la versión del poeta. Todos menos ese maldito cinco.

Se acercó y lo inspeccionó. El trazo estaba claramente quemado en la madera, sin embargo, no parecía haberse practicado con un mechero o una llama. Las líneas eran rectas y regulares, como si se hubiesen hecho con un pincel. Pensó en algún agente abrasivo o producto químico capaz de producir ese efecto chamuscado sobre la madera. «Números tostados en las paredes, ¿a qué cojones nos enfrentamos?»

El fuego. Relacionó el fuego con todas los indicios que presentaba el caso. Israel Garri había muerto quemado en la noche de San Juan —un día cuyo protagonista era el fuego— en una cabaña donde ahora aparecían números dibujados por una llama o un ácido.

Loredo seguía conduciendo, absorto en sus pensamientos, repasando cada movimiento que había hecho en la cabaña del quemado.

Podría haberse pasado toda la mañana pegado a ese maldito número que le desafiaba, que le ofrecía el enigma de su vida. Un número que le había obligado a descartar de un plumazo a los dos sospechosos principales: Ramsés estaba encerrado, y ni Luisito ni sus padres habían salido en toda la noche de su casa. Él mismo había conducido, después de montar la guardia, directamente hasta la cabaña, donde otro agente le había asegurado que no había entrado ni salido nadie. Pero allí estaba, delante de él, como un jeroglífico milenario y superior a cualquier entendimiento humano.

Ahora conducía en un mar de dudas, el sol de cara y un calor sofocante capaz de derretir las gomas de los neumáticos. Se subió a la acera, echó el freno de mano y puso los cuatro intermitentes delante de la puerta de la cafetería, como todo buen agente de la ley.

* * *

—Toc, toc.

Ramsés había dormido o, mejor dicho, dormitado, entre estertores de sueño. Al incorporarse del camastro pudo sentir cómo le crujían todas y cada una de las articulaciones del cuerpo.

En la puerta de la celda estaba Loredo con un vaso de cartón en cada mano. Parecía hacer esfuerzos por sonreír, pero su rostro demacrado solo permitía mostrar una mueca desnutrida y somnolienta.

—Este frío va a matarme. Buen método de tortura, sí señor.

—En ese caso le vendrá bien el café. Tome.

Metió la mano entre los barrotes y Ramsés se levantó de la cama para agarrarlo. Juntó las palmas en el recipiente de papel y dejó que el calor le desentumeciese los dedos. Tras darle un sorbo, miró al agente.

—Espero que haya valido la pena.

Loredo también bebió de su vaso, haciendo tiempo para contestar, como si estuviese escogiendo las palabras adecuadas.

—Pues no mucho, la verdad —volvió a hacer una pausa para dar otro trago, después de todo, mentirle a un hombre encerrado y sin ningún tipo de acceso a la información no era tan difícil—. De momento, solo puedo decirle que no han apadecido nuevos números. Supongo que es eso lo que le preocupa.

Ramsés sintió la necesidad de escupir el café y poner perdido el uniforme del sargento, pero se aguantó e hizo esfuerzos por tragar el líquido.

—No puede ser cierto.

—Joder sí lo es. Han estado vigilando la cabaña toda la noche, yo mismo la he visitado esta mañana, antes de venir aquí. Solo están los números de los que usted me había hablado. Del doce al seis, tal y como estaba antes de encedarle aquí, ¿cierto?

Ramsés se quedó sin habla. La posibilidad que el agente le había insinuado días atrás, aquella que ponía en duda su salud mental, le golpeó como el gancho de un boxeador. No podía creer que hubiese una segunda personalidad en su interior que hiciese esos números y creara una realidad paralela. «Ningún loco sabe que lo está», las palabras le taladraban el cerebro con violencia. Tuvo que sentarse en la cama, dejar el café a un lado y hundir la cabeza entre las palmas de las manos.

Loredo observaba las reacciones del retenido a través de los barrotes. Había visto, en primera fila, cómo se derrumbaba un hombre en apenas cinco

segundos. Un pellizco se le había cogido allá por la zona del estómago al sentirse artífice de aquella mentira. Pero aquello era parte del plan, necesitaba mantenerlo encerrado, al menos, una noche más. Necesitaba otras veinticuatro horas para terminar de eliminar posibilidades. Que aquel hombre rondase por la escena del crimen solo lograría complicar las cosas.

Entonces Ramsés protestó con el rostro iluminado.

—El primer número.

—¿Qué pasa con el primero?

—Ya estaba antes de que yo llegase. No pude haberlo hecho yo.

—Bueno, eso es lo que usted dice. ¿Hay algún testigo que lo codobode?
—contestó Loredó a la defensiva.

—Ni falta que me hace. Me importa un carajo lo que usted piense. Me vale con saber que no estoy perdiendo la cabeza.

Aún así, Ramsés seguía aturdido. La idea de que no hubiese aparecido un nuevo número le había roto los esquemas. Todo apuntaba a que debería de haber uno más, la secuencia que habían seguido hasta el momento dictaba que el cinco debería de estar presente en la cabaña.

Miró el reloj de pulsera.

—¡Pero si son las siete de la mañana!

Loredó lo observaba, con el café entre las manos, a través de los barrotes.

—¿A qué hora ha visto usted la casa?

—Hace una hora y media, cosa así —contestó Loredó mientras se encogía de hombros, fingiendo que esta información careciese de alguna importancia. Comenzaba a pensar que podría labrarse un futuro en el teatro.

—Es usted gilipollas.

—¿Cómo dice?

—Que no se entera de nada —protestó Ramsés señalándolo con un dedo acusador—. Me tiene aquí encerrado toda la noche y ni siquiera es capaz de hacer bien su trabajo. Hace dos horas eran las cinco de la madrugada, ¡el número ha podido aparecer después! ¿Es que no lo comprende? Vaya ahora a ver si ha aparecido y comprobará que no soy yo el que los pinta, joder.

Ramsés metió la mano en el bolsillo y lanzó a los pies del agente las llaves de la cabaña. Aún sonaba el eco del metal al caer en el suelo del pasillo, cuando sufrió un cambio de semblante casi cómico. Tuvo una corazonada. Como si le hubiesen insuflado el conocimiento de forma

telepática: si Loredo había entrado en la cabaña sin las llaves es porque había alguna otra entrada.

El sargento sonreía, mientras chupaba la cucharilla de plástico del café y veía el rostro desencajado del forastero.

—¿Cómo ...cómo entrasteis en la casa? —dijo casi en un susurro avergonzado.

—El pestillo de la ventana de la cocina está doto, puede abrirse desde fuera. Para que el que queda pueda entrar a placer en la cabaña. —El agente siguió haciendo teatrillo, arrugó el vaso de café y lo tiró dentro de la celda—. Dígame, ¿quién es el gilipollas ahoda?

* * *

Loredo tuvo que reconocer que aquella mañana tenía un aspecto de lo más deprimente. Como si a su organismo no le sentase bien tener a un hombre engañado y encerrado en una celda. Necesitaba una ducha, afeitarse, lavarse los dientes y recuperar cierto aspecto humano.

Las hipótesis, pesquisas e interrogatorios que tenía que llevar a cabo se removían en la cabeza como en una lavadora. No podía cazar ninguna de ellas al vuelo para centrarse en una sola idea y focalizar su investigación en una línea clara y sin aristas. Necesitaba un descanso.

«Cualquier día vas a caer enfermo, enfermo de verdad».

Las palabras de su exmujer —nunca se acostumbraría a ese «ex»— se repetían una y otra vez en su cabeza como en una gramola mientras se secaba el cuerpo delante del espejo. Tiró la toalla al suelo del cuarto de baño y se dirigió al dormitorio para tirarse en la cama, desnudo, con los brazos y las piernas en aspas, como cuando llevó a Anita a Sierra Nevada e hicieron ángeles en la nieve.

Solo que en aquel maldito lugar el calor no daba tregua a los seres mortales.

Cerró los ojos y hundió los pensamientos en una neblina de oscura y reparadora inconsciencia.

* * *

No podía creer que el sargento se hubiese olvidado de él. Desde que pasó por allí con los cafés por la mañana no había vuelto a aparecer, y su único

contacto humano se había reducido a un instante en que el cabo le había acercado una bandeja con la comida y la cena.

Intentaba dormir, pero la segunda noche en la celda resultó ser casi más dura que la primera. Loredó le había dejado claro que, si no encontraban a ningún otro culpable, el principal sospechoso era él. Con sus antecedentes dudaba que esta vez pudiera librarse de la trena. No obstante, no era eso lo que lo mantenía con los ojos de par en par, sino la posibilidad de que realmente estuviese perdiendo la cabeza. Pensó en todos los años que había pasado bajo los efectos de las drogas; años que apenas logró superar para pasarse al consumo de alcohol de manera compulsiva. La idea de que aquello le pasase factura y estuviese perdiendo la noción de la realidad —como tantas veces le repitieron en el psiquiátrico— lo tenía sin poder pegar ojo.

Solo le quedaba cruzar los dedos y confiar en que esa ventana abierta de forma perenne guiase a la policía hasta el verdadero culpable. Otro que no fuese él.

Por otro lado, había algo que le oprimía el pecho. Algo así como una sensación de angustia provocada por el hecho de no haber hablado con nadie desde las siete de la mañana. La soledad de aquel encierro le estaba asfixiando. Allí no había nadie. Nada. Solo con sus papeles, y ni aún así era capaz de escribir nada. Se había dejado su «libreta de escritor» en la cabaña, y el cuaderno que le habían dado era demasiado pequeño. Le resultaba incómodo escribir en unas páginas tan diminutas, por poner una excusa y sentirse respaldado por ella.

Echó en falta poder hablar con su amigo Juan Jesús. Aunque fuese el culpable de que se encontrase en aquella situación —si no hubiese sido por él nunca habría pisado aquel pueblo del demonio—, era la única persona que le quedaba en la vida. Su confesor, su compañero, su hermano mayor. Hacía apenas unos días, sentados en la terraza de aquel chiringuito, le había dicho que creía haber tocado fondo cuando no encontraba nada sobre lo que escribir. Ahora se daba cuenta, encerrado en esa celda, que la situación siempre podía empeorar.

De fondo, y desde una distancia que parecía infinita, se escuchaba la radio encendida en la sala de guardia. Probablemente allí habría un agente aburrido, solo —como él—, mientras miraba las cámaras en blanco y negro que daban seguridad al perímetro del cuartel. Tenía sintonizado uno de esos programas nocturnos a los que la gente llama para ver si hay alguien que pueda ayudarle a romper el silencio.

La gente está sola. Y saber que hay personas que sufren el mismo dolor, consuela. Ayuda a asimilarlo. A vivir con ello. A sentirse un poco menos solo.

* * *

Loredo introdujo la llave y entró en la cabaña con la misma naturalidad como si fuese su apartamento. De hecho, el olor de los calzoncillos, los calcetines sucios y la basura de días acumulada le hizo sentirse como en su propia casa.

Dejó el vaso de cartón, la cucharilla de plástico y el sobre de azúcar sobre la mesa del salón de la cabaña. Aquella noche había tenido suerte: apenas encontró la cafetería abierta por diez minutos. Cuando entró por la puerta del local, Dolores ya estaba recogiendo la cocina pero no dudó ni un instante en volver a encender la cafetera y servirle un café al sargento, acompañando cada movimiento con unos gestos demasiados nerviosos y serviciales, para el gusto de Loredo. No era la primera vez que llegaba *in extremis* a por su droga nocturna, pero a los camareros de las ventas y los bares, por norma general, no les importaba perder cinco minutos por servir a un guardia civil. Como si tuviesen algo que ocultar, algo que les obligase a tener a los agentes contentos, «por si acaso».

Había dormido durante toda la tarde, despertando a la luz de la luna con el reloj biológico destrozado después de las casi doce horas de sueño. Su cuerpo no pedía comida, solo café. Café y ordenar las ideas.

Encendió las luces y paseó por toda la cabaña, haciendo resonar sus zapatos de uniforme por el suelo de madera. No temía que descubrieran que había alguien en la casa. Nadie sabía que su inquilino estaba en el cuartel y al autor de los números no parecía importarle que estuviese habitada o no cuando llevaba a cabo su ritual artístico. Comprobó que no hubiese ningún número nuevo, a parte del anotado aquella misma mañana. Ocho números en total, del doce al cinco. Cinco días para descubrir el enigma que encerraban esos números, cinco días para prevenir una posible catástrofe.

Se quitó la chaqueta del uniforme y la apartó a un lado del sofá. El calor no daba tregua en aquel pueblo, ni al anochecer. Se sentó, sacó su cuaderno y lo apoyó sobre la pierna derecha.

La lógica le empujaba a pensar que alguien había utilizado a Luisito para estropearle el coche a Ramsés. Así explicaría la presencia de los sobres de azúcar en sus bolsillos y en el depósito del auto. En cuanto al mechero, le

costaba creer que un niño de apenas metro veinte de estatura pudiese llegar a quemar el número doce, por ejemplo, que se encontraba en el techo del salón. Además, el concepto de que el azúcar es capaz de destrozar un motor le parecía demasiado complicado para un niño de escuela. Ni que decir para Luisito. Apuntó la opción más probable: que hubiese alguien detrás de Luisito, alguien que lo hubiese incitado a hacerlo.

Eso conllevaba la presencia de alguna persona que estuviese interesada en que el escritor no se marchase del pueblo. Dicho de otra manera: al autor de los números no le interesaba que Ramsés se marchase, quería que el juego siguiera rodando, que la víctima sufriera el proceso de ver un número nuevo cada día.

Loredo se pasó la mano por la cabeza como si pudiera sacudirse la incertidumbre estirándose de la cabellera, como se retira una pelusa. Por mucho que quisiera convencerse a sí mismo, sabía que podía encontrarse ante un caso de posible homicidio. Era inevitable relacionar la conexión entre la cuenta atrás de los números y el día de San Juan. Era más que probable que Israel Garri hubiese sido la víctima de un crimen ocho años atrás en esa misma casa. Era más que probable que Ramsés se convirtiese en lo mismo si no hacían nada para remediarlo.

El sargento creía conocer a todos los habitantes de La Carcoma. Apenas llegaban a la centena y estar patrullando sus calles casi las veinticuatro horas del día ayudaba a hacerse con su gente. En apenas un microsegundo, su mente proyectó las caras de los paisanos como en una rueda de identificación.

No era capaz de relacionar ninguna de ellas con la imagen del asesino que estaba buscando.

Iba tras una persona calculadora, tras una mente capaz de jugar con la incertidumbre de sus víctimas, segura de sí misma y a la que no le importaba poner en riesgo su identidad a cambio de disfrutar del espectáculo de los números. Un cerebro inquieto, con coraje suficiente como para avisar de que va a realizar un crimen doce días antes de cometerlo. Alguien con una inteligencia superior entre la multitud de seres corrientes de aquel pueblucho.

Todo aquello parecía tomar forma, parecía apuntar en una sola dirección, pero mientras mordía el capuchón del bolígrafo y las horas de la noche se sucedían, Loredo seguía debatiéndose en una lucha consigo mismo. ¿Serían suficientes pruebas aquellos números como para relacionarlos con la muerte por combustión espontánea? ¿Haría bien en exponerles el caso a la Unidad Orgánica de la Policía Judicial? Comparó los pros y los contras de

elevant el caso, destacando la posibilidad de encontrar huellas incriminatorias o que los especialistas llegasen a determinar la composición del producto empleado para dibujar los números, cerrando el cerco para encontrar al autor. Sin embargo, ello conllevaría el traspaso del caso a otras manos, quedando él al margen de una oportunidad de lucirse que no estaba dispuesto a perder. Y por si fuese poco estaban todas esas decisiones que ya había tomado y que podrían dejarle en evidencia. Sin ir más lejos, aquella cabaña estaba repleta de sus huellas y de las de su compañero.

Llenar toda la casa de batas y gafas de pasta, maletines y cámaras fotográficas para acabar descubriendo que aquello no era más que la gamberrada de un niño de quince años era otra de las posibilidades que mantenía a Loredó convencido de que llevar la investigación a su manera, no oficial, era la mejor opción.

Al menos por el momento.

Se levantó del sofá, cogió el vaso de café, le quitó la tapa de plástico y lo metió en el microondas. Desde allí podía escuchar el segundero del reloj del salón. Un sonido que nunca había soportado, un martilleo constante que parecía taladrarle los tímpanos.

Por su noveno cumpleaños, su abuelo le regaló un despertador de la U.D. Las Palmas. Un reloj que puso junto a su cama con todo el orgullo del mundo, pero que terminó guardado en el cajón la primera noche que intentó dormir a su lado. Era incapaz de conciliar el sueño, de concentrarse, de relajarse, de respirar con esa incesante medida del tiempo. Notaba como si cada célula de su cuerpo envejeciese más rápido cada vez que la manecilla martilleaba su cerebro.

La campanilla del microondas le devolvió a la realidad.

Cogió el café y volvió al salón. Los números y el reloj estaban allí, esperándole.

Echó el azúcar, tiró el sobre vacío sobre la mesa y comenzó a remover el café con la sensación de estar pasando algo por alto. Su subconsciente dirigió su mirada hasta el sobre de papel roto por una de sus esquinas.

«La única lucha que se pierde es la que se abandona».

Esos sobres de azúcar eran los mismos que los que la madre de Luisito había encontrado en los bolsillos de su hijo el día que desapareció de su casa. ¿De verdad llevaba casi dos años tomando café en la misma cafetería y nunca se había fijado en esos sobres de azúcar? Su cabeza comenzó a funcionar a ritmo desenfadado.

Volvió a sentarse en el sofá mientras notaba cómo las ideas se le agolpaban de la misma manera que si estuviesen en el remolino que propiciaba la cucharilla en el café.

Aquella noche, en aquella cabaña, podría pillar al autor de esos números *in fraganti*. No podía estar seguro, pero era una posibilidad. Aun así, si no lo conseguía, dispondría de una nueva línea de investigación.

Tenía muchas preguntas que hacerle a Doña Dolores.

La Carcoma, 19 de junio de 2001

En tan solo cuarenta y ocho horas se sabía de memoria el número de losas del suelo, las planchas que conformaban el techo, las siluetas de las manchas de humedad que moteaban las paredes y los segundos exactos que tardaba en cargarse la cisterna del váter. Supo que era imposible permanecer en la cárcel durante años sin volverse loco. Cumplir una condena sin perder un poco de uno mismo.

El ruido del llavero hizo que Ramsés levantase la mirada de sus deportivas. El sargento estaba detrás de los barrotes. Abrió la puerta de la celda, pero no se movió del umbral.

—Antes de que salgas de este cuartel quiedo que sepa algo.

Loredo tosió para aclararse la voz y comenzó a recitar, como si hubiese estado rumiando el discurso durante horas.

—Ayer le mentí. Los números siguen apadeciendo sin su presencia. Esta misma mañana he descubierto el cuatro, después de que yo mismo me pasase toda la noche de guardia. Puedo asegurar que no se escuchó nada. No vi una sombra, ni un movimiento extraño dentro de la casa. Nada. Apareció cuando menos lo espedaba. Lo vi después del amanecer, justo arriba de la chimenea.

Ramsés abrió la boca para decir algo. Probablemente para recriminarle que debía haber confiado en él desde el principio, que debía haberle escuchado y que había perdido el tiempo estos dos últimos días al centrar la investigación en él. Pero el agente siguió hablando sin darle oportunidad de interrumpirle.

—Lamento haberle encedado dudante estos dos días, pero era necesadio para continuar con la investigación y eliminar opciones. De momento queda descartado de los posibles sospechosos.

—¿De momento?

Loredó hizo caso omiso de la impertinencia del escritor. Continuó con su perorata.

—Tengo fotocopias de todas sus credenciales y está fichado en la base de datos. Puede irse. Espero que comprenda mi decisión de mantenerlo vigilado por el bien del caso. Si desea tomar medidas legales contra mí, yo también lo entenderé. Está en todo su derecho.

El forastero no dijo nada. Vio como el agente se retiraba de la puerta para dejarle paso, recogió la libreta que estaba tirada sobre la cama y se marchó de la celda totalmente dispuesto a no dirigirle la palabra.

Cuando estaba a punto de salir del gran pasillo de los calabozos, la voz de Loredó a sus espaldas le hizo detenerse.

—Creo estar detrás de una pista acedada. Si se va de este pueblo, quiedo que sepa que seguíde con el caso. He apostado demasiado en él como para abandonarlo. Ahoda sé que al que está detrás de todo esto le impodta bien poco que estés en la casa o no. Así que creo en la posibilidad de que estos númedos sigan apadeciendo aun después de haberse ido.

Ramsés dio media vuelta.

—Si quiede, puede dejar el número de teléfono en la decepción de la comisadía. Cuando descubra quién es el autor de toda esta mierda le llamadé. De alguna maneda estoy en deuda con usted.

Esta última frase le llegó como una muestra de disculpa y tregua entre los dos. Agachó la cabeza a la vez que tomaba una decisión. Supo que al sargento le convenía acabar en buenos términos con él. Podría hacerle mucho daño desde el punto de vista legal.

—¿Acaso cree que puede encontrarlo?

—No le quepa duda —contestó desde la distancia, sin pensárselo un solo segundo.

—El trato es el siguiente —dijo Ramsés mientras su voz retumbaba en todo el pasillo—, si pillas a ese capullo, quedamos en paz.

* * *

Los dos nuevos invitados estaban esperándole en la cabaña. Se sintió extraño, como desplazado del protagonismo de ser el primero en ver esos números, de ser el objetivo de aquella trama. Abrió una lata de cerveza y comenzó, por segunda vez, a empaquetar todos sus enseres en la maleta. Hacía los movimientos como un zombi, doblaba los pantalones como un autómeta

descerebrado, quitaba las perchas de las camisetas como un hombre hueco. Acabado. Estaba cansado, no le quedaba nada dentro para seguir luchando. Estaba harto de la vida, todo lo que le rodeaba parecía estar en su contra. Como si respirar conllevara un esfuerzo que no valía la pena, llevó la maleta hasta el sofá del salón. Se sentó, se sentía mareado.

En ese momento volvió a pesarle el papel en blanco. Había ido hasta allí para perder más días de su insulsa vida, un coche, dinero que no tenía en su reparación y dos noches en los calabozos.

No, no se podía caer más bajo.

Y lo que más le aprisionaba de todos estos asuntos era la certeza contundente de no tener solución para enderezarse. Era demasiado tarde. No sería capaz de escribir nada en el poco tiempo que le quedaba de contrato. No volvería a escribir nada más en la vida. Su existencia había terminado. Solo le quedaba volver a su apartamento y tirarse en el sofá a ver la televisión, dejar pasar los días hasta que su casero le tirase a la calle por impago, hasta que la editorial se le echase encima legalmente.

Los números se cerraban sobre él, testigos mudos de esa cuenta atrás que lo estaba matando, de ese cronómetro que le recordaba continuamente lo cerca que estaba de acabar con su vida.

Lo mismo era acabar asesinado que volver a su casa y a su vida rutinaria y vacía.

Agarró el auricular y marcó el número de teléfono que había apuntado en un *post-it* pegado sobre la lamparilla de la mesa.

—¿Ji?

—Buenas, soy Ramsés Espinosa. Llamaba para ver si mi coche está listo.

—¿Ramsés qué? Ah, ya. El pijo al que le echaron *azúca* en *er* coche, ¿no?

—Sí, ese mismo —suspiró.

—*Po ayé* mismo le *pusimo* los inyectores nuevos. Le cambiamos los *firtro* y los pistones *der motó* han *queao* como nuevos. Ha *tenio* suerte de que no haya hecho *farta cambiá er motó* entero, *ea*.

—¿Ya está arreglado, entonces?

—*Aro, pué pasá* a recogerlo cuando quiera.

—¿Y no me lo podéis traer aquí, a la cabaña? No tengo como ir hasta allí.

El mecánico tardó unos segundos en contestar. De fondo se escuchaba el trajín provocado por el movimiento de los hierros, los motores y los gritos en el trabajo.

—Podríamos llevárselo con la grúa, pero le va a *salí* por un ojo de la cara. Si coge un taxi hasta el *tallé* le va a *salí* mas barato, *ea*.

—De acuerdo. Muchas gracias, entonces.

—Pa que vea que aquí *somo honrao* ante *tó*. Y eso que no tiene cara de *mu espabilao*, que se la *podríamo avé colao*, *vamo*. Pero bueno, así *somo nojotro*, gente con *principio* y esas *cosa*.

Ramsés no dijo nada. No tenía ganas.

—*Nojotro estamos abierto* hasta las ocho de la tarde. Si no, mañana desde las siete de la mañana tenemos el *tallé* abierto.

—Muy bien, muchas gracias.

—No se *orvide* de *traé* la otra *mitá* de lo *acordao* para recoger *er* coche.
Ea.

Y colgó.

Ramsés aún no había soltado el auricular cuando un par de golpes, suaves pero decididos, hicieron sonar la puerta de la cabaña.

Se acercó hasta el portón y miró cauteloso a través de la mirilla, como si no quisiera que la persona que se encontraba al otro lado supiese que la estaban observando. Que había alguien debatiéndose entre si abrirle o no.

Las pupilas de Ramsés se expandieron como supernovas en explosión detrás del cristal que distorsionaba la realidad del exterior de la casa.

Era ella.

* * *

La dejó pasar como si fuese una visita esperada. Como si no hubiese nada de forzado en ello. Vio que hizo un mohín con la nariz nada más entrar y la llevó hasta la terraza.

Allí fue donde se habían visto días atrás. Donde realmente se habían conocido.

Ella le habló de su encierro, de cómo su vida se convirtió en un infierno tras la muerte de su padre. De cómo su madre superó la pérdida de su marido a base de maltratarla, como si ella fuese la culpable de que la familia se hubiese desmoronado. De sus dieciocho años, de su dormitorio y la cafetería,

que era lo único que conocía en la vida.

Por primera vez en mucho tiempo se sentía liberada. Había comenzado a hablar y no iba a parar hasta que se le secase la garganta o Ramsés se fuese, aburrido por las tonterías de una niña aún en la edad del pavo.

Pero él no decía nada. Solo la miraba. Al principio, con unos ojos neutrales, ausentes. Pero a medida que el monólogo de la camarera avanzaba, comenzaron a cobrar vida, tal y como se iluminaban al encontrar una fuente de inspiración para una de sus novelas. Unos ojos que, a pesar de ser desconocidos para Gema, parecían ahondar en su interior.

Ramsés aún no había abierto la boca, ni siquiera estaba segura de recordar su voz con certeza; sin embargo, ella se sentía como en una burbuja de bienestar, en conjunción con el paisaje abierto del jardín, los pájaros y aquella brisa que recordaba a la libertad.

Mientras él escuchaba, ella siguió hablando de su vida no vivida. De las ganas de escapar de aquel pueblo, de su casa, de sí misma. De ir a Madrid y convertirse en una peluquera profesional, de montar su propio negocio o de ir a ver una función de teatro. De borrar de su día a día la presencia del maquillaje para ocultar las marcas, las pomadas antiinflamatorias y los llantos nocturnos bajo las sábanas.

Al cabo del rato dejó de hablar para dejar paso a unas lágrimas tímidas, como si después de todo, después de haberse abierto y regalado a un desconocido, tuviese pudor por mostrarse tan débil. Fue en ese silencio cuando él habló por primera vez.

—¿Quieres una cerveza?

Gema dejó escapar una risa que podría haberse confundido con una tos reseca si no hubiese sido por la relajación de sus labios. Ramsés se levantó y apareció a los pocos segundos con dos latas que puso sobre la mesa de la terraza.

—Disculpa que no pueda ofrecerte otra cosa, esta suele ser la bebida de los escritores en horas bajas —dijo mientras se encogía de hombros.

A Gema no le gustaba la cerveza y mucho menos si la bebía directamente de la lata. Ese sabor metálico hacía que le supiese aún más amarga. Pero no dijo nada. Se enjugó las lágrimas en la manga de la camisa y le dio un trago; el nudo que tenía en la garganta se aflojó un poco.

Un conejo pasó corriendo a pocos metros de donde estaban sentados y Ramsés comenzó a hablar. Y si algo le sorprendió fue que mientras lo hacía

supo que no era por consolar a la camarera, si no por liberarse de su propia carga interior. Habló de los años que estuvo cautivo de la coca y la marihuana, de la luz que había visto al final del túnel con la literatura y del infierno que estaba viviendo. De la impotencia, de la incapacidad para hacer algo que supuestamente había conseguido dominar. De la fama volátil que había ganado y que se esfumaba a contrarreloj ante su insuficiencia para volver a escribir nada decente y, por ende, para volver a confiar en sí mismo.

Del contrato editorial, de su agente literario, de su ruina irrevocable. De su retiro espiritual a la desesperada en aquella cabaña, de su amigo que lo tenía todo en la vida, de aquel pueblo y del taco de folios intacto sobre la mesilla de noche.

Un nuevo silencio se interpuso entre los dos, pero lejos de resultar incómodo, se sumó a la mesa durante unos minutos como si fuese un nuevo invitado, junto con una sensación que echaban de menos desde hacía mucho tiempo: la compañía.

Gema se dirigió a su anfitrión al tiempo que se apartaba el flequillo de la frente en un gesto que a Ramsés le pareció ensayado, como para dárselas de perspicaz.

—Cuando he entrado en la casa he visto unos números por las paredes, juraría que no estaban ahí la otra vez que hablamos en la terraza.

—No te preocupes por eso —le cortó Ramsés. Lo último que le apetecía era volver a repetir la misma historia—. Esta tarde me voy. Recojo el coche del taller y tiro rumbo a Cádiz. No me termina de convencer este pueblo. Sigo sin escribir y la gente tampoco me quiere aquí.

—Yo sí —contestó Gema. Se sorprendió ante su propio descaro. Las pulsaciones se elevaron hasta las nubes.

Ramsés no se dejó impresionar, solo la miraba.

—No puedo quedarme —contestó escondiéndose detrás de la lata mientras daba un trago—. Ya lo entenderás con el tiempo.

—Ya. Ya lo entenderé cuando sea mayor, ¿no?

Ramsés asintió con la cabeza y Gema, lejos de enfadarse por su condescendencia, volvió a liberar otra de esas sonrisas que parecían hacer vibrar los árboles en la distancia.

No estaba acostumbrada a tomar alcohol y, quizás por eso, apuró la lata hasta el final casi de un solo trago. Desde que había salido de su casa en dirección a la cabaña del quemado había sentido una presión en el pecho.

Ahora estaba allí, sentada a su lado. Era demasiado tarde para ocultar sus sentimientos. Ella veía un brillo en sus ojos que le transmitía lo que pasaba por la cabeza del poeta. Con una intuición que nada tenía que ver con la experiencia, se dejó llevar y acercó su mano hasta la rodilla de Ramsés.

Él no se movió, ni dejó de mirarla de aquel modo tan directo y sin argucias.

—¿Qué estás haciendo?

No respondió. Dejó caer la cabeza en el hombro de Ramsés y comenzó a acariciarle el muslo.

—Esto no tiene sentido, Gema —dijo tratando de convencerse a sí mismo.

Ella sentía como si el corazón fuera a estallarle en el pecho, pero apartó a un lado las ataduras, las cadenas y los miedos y dejó que sus dedos se deslizaran hasta la entepierna.

—¿Estás loca? —susurró Ramsés sujetándola por el antebrazo.

—Pararé si de verdad es lo que quieres.

Y entonces la secuencia de imágenes: el faro, la altura, el salto, el vértigo. La decisión.

* * *

El fuerte y reconfortante aroma a café lo trasladó hasta un universo paralelo. El aire acondicionado del local refrescó las gotas de sudor que perlaban su frente y el bullicio de los parroquianos lo empujó a forzar una sonrisa agradable, como si estuviese teniendo un día fantástico. Cruzó el bar hasta llegar al fondo, se sentó en una banqueta y se acodó en la barra.

Dolores estaba vuelta de espaldas, preparando las tazas para la hora de la merienda.

El agente no tenía ninguna prisa, de hecho, debía ser ordenado y selectivo a la hora de escoger las palabras que iba a utilizar, así que todo tiempo extra que le permitiese estudiar la situación le vendría bien. Enfocaría las preguntas como si formaran parte de una conversación normal, algo difícil para una persona que apenas entablaba diálogo con los habitantes del pueblo, pero debía andar con tacto para sonsacar toda la información posible.

Después de todo, ¿quién era él? Un agente que había llegado hacía un par de años, obligado por el concurso de escalafones. Taciturno, poco hablador e introvertido y, según las malas lenguas, fumaba demasiado.

¿Cómo acusar, o siquiera verter sospechas sobre Dolores? Una vecina respetada y querida por todos. La viuda luchadora y emprendedora que había conseguido sacar a su familia adelante. La mujer que le daba de comer y de beber a La Carcoma. La madre coraje.

—Este calor va a matarme cualquier día.

Dolores se giró, le dedicó una mirada a modo de saludo y siguió colocando las tazas en sus platitos detrás de la barra.

—Pues aún no ha visto nada. Todavía tiene que llegar más calor, ya verá cuando estemos por el mes de julio o agosto. Ya verá, ya. ¿Quiere que le ponga lo mismo de siempre? —preguntó sin darse la vuelta.

—Sí, clado.

Loredo se quitó la chaqueta del uniforme y la puso encima de una de las banquetas. Hizo como si prestase atención al televisor desfasado y envuelto en telarañas de la esquina. Cuando tuvo el café sobre la barra, cogió el sobre de azúcar del platillo y dio comienzo el primer acto.

—Perdona, Dolodes ¿tienes sacadina por ahí?

La camarera volvió a girarse y lo miró extrañada.

—Es que he empezado a cuidar lo que como. Este pueblo apenas me da movimiento y, bueno... —Loredo agachó la cabeza, como si le diese reparo lo que iba a decir a continuación—, uno tiene que cuidarse un poco, ¿no?

Dolores se encogió de hombros, metió la mano por debajo del mostrador y sacó un pequeño sobre del tamaño de un sello de correos que dejó al lado de la taza. Cuando fue a retirar el sobre de azúcar, el agente le sostuvo la mirada.

—¿Sabe? Hace unos días le echadon azúcar en el depósito del coche al poeta. Le deventaron el motor.

La dueña del local esquivó la mirada, tiró el sobre de azúcar sobre la cesta donde descansaban decenas de ellos y contestó evitando todo contacto visual.

—No sabía que uno pudiese cargarse un coche con azúcar.

—Ya, ni yo que hubiese ese tipo de personas en este pueblo, ¿no piensa lo mismo? —Loredo hizo una pausa mientras volcaba la sacarina en el café—. Así que, nada, me toca atrapar al que se dedica a joder coches ajenos. Mañana puede ser el suyo, o el mío. Quién sabe.

—Bueno, y eso que decía hace solo un momento que este pueblo no le daba movimiento.

—Tranquila, no voy a salir codiendo detrás de nadie.

El policía brindó una sonrisa artificial. Dolores limpiaba la cafetera de forma frenética, como si así pudiese liberar una tensión imperceptible.

Loredo removía el café con la cucharilla en silencio. El silencio que hacía hablar a los interrogados. El silencio que crispaba los nervios al que tenía algo que esconder.

—¿Y sospecha de alguien? ¿Sabe quién ha podido ser?

«Bingo»

—Clado. De hecho, sé perfectamente quién es el autor de la gamedada.

Dolores dio un respingo casi inapreciable, si no hubiese sido por unos ojos atentos. Se sacudió las manos en el delantal y volvió a darle la espalda, esta vez para pasarle la bayeta a una repisa que parecía más que limpia.

—Entonces, si sabe quién es —dijo mientras su abultado trasero temblaba con cada pasada de bayeta—, ¿por qué no lo atrapa?

—Porque se trata de un niño.

La camarera dejó de limpiar en seco después de escuchar estas últimas palabras. Parecía recibir un tortazo con cada una de las palabras del guardia civil, que vigilaba con atención cada una de sus reacciones.

—El hijo del frutero. Lo sabía. Ese chiquillo no para con la bicicleta. Un día se va a descalabrar carretera abajo. Es un cabra loca.

Loredo negó con la cabeza.

—Me temo que no puedo revelar la identidad del sospechoso.

—Ya, supongo —contestó Dolores a todas luces contrariada—. El caso es que todo quedó en una gamberrada.

—No se crea, el asunto es más serio de lo que padece. De hecho, creo que es precisamente lo que está buscando el adulto que está detrás de todo esto: que padezca una gamedada sin importancia.

Dolores se giró y se llevó una mano a la boca.

—¿Está usted diciendo que alguien del pueblo ha utilizado a un niño para estropearle el coche al poeta?

—Eso mismo.

La camarera comenzó a negar exageradamente con la cabeza a la vez que chasqueaba la lengua. Levantó un dedo acusador y sentenció:

—No se deje engañar. Esto es cosa del pijo de ciudad. Seguro. No ha ocurrido nada parecido en La Carcoma desde que tengo uso de razón. —Apuntó el dedo hacia el agente, como si él tuviese la culpa de todo—. Ese

maldito forastero ha venido aquí a traer problemas. Seguro que él mismo se ha estropeado el coche para armar escándalo en el pueblo. Ea.

—¿Por qué dazón cree usted que alguien destrozaría su propio coche, señoda?

Dolores negó de nuevo con la cabeza, abrió el grifo del fregadero y comenzó a enjuagar un vaso de tubo.

—Además, tenemos pruebas que demuestran que el azúcar lo vertió una terceda persona. —La camarera comenzó a fregar con más ímpetu, como si así pudiera hacer el ruido suficiente como para dejar de escuchar al sargento—. Al chaval le encontramos los bolsillos llenos del mismo azúcar que había en el depósito del coche. ¿Y sabe qué? —Dolores levantó su rostro desenchajado del fregadero—. Los sobres de azúcar que le dequisamos son los mismos que los que usted tiene en esta cafeteda.

Loredo había apostado todas sus fichas, ahora solo quedaba esperar la reacción de la señora que tenía delante. Dolores guardó silencio durante bastantes segundos, con la mirada firme y segura, pero el agente tenía más experiencia a la hora de soportar ese tipo de pausas premeditadas.

—¿Está insinuando usted algo?

—No insinúo nada, señoda. Solo me gustadía que me dijeda si sabe usted algo. Toda ayuda es poca. Puede que en los últimos días le haya dado esos sobres de azúcar a algún niño del pueblo.

—No sé de lo que me está hablando —contestó con el rostro congestionado y colorado.

—Le hablo de que es totalmente ilógico que una persona lleve docenas de sobres de azúcar cuando puede llevar un paquete de un kilo y volcarlo con mucha más comodidad. Sedía mucho más dápido, fácil y limpio.

Dolores se le quedó observando como si pudiera asesinarlo con la mirada.

—Por lo tanto —continuó el agente—, casi que puedo descartar a cualquier familia que guarde estos paquetes de azúcar en su casa. El único local que tiene estos sobres es el suyo.

—El bar de Pepe... —escupió.

—Vengo de allí. Este es el segundo café que me tomo en menos de quince minutos. Esta noche no creo que duerma muy bien. Pepe sirve el azúcar en un cuenco con una cuchada. Así que ha quedado descartado.

Dolores puso las manos sobre la encimera y se agarró con fuerza el

granito. Los dedos se le pusieron blancos del esfuerzo y susurró en un claro intento por parecer más tranquila de lo que estaba.

—No sé a qué ha venido usted aquí, pero yo no tengo nada que ver con lo que está diciendo. No tengo ningún interés en hacerle ningún mal a ese pijo de ciudad. No me sorprende que prefiera defender a un forastero antes que a cualquiera de nuestros vecinos. Usted es uno de ellos, no de los nuestros.

Dolores vio que una pareja de ancianos levantó la mirada de la partida de dominó para no perderse el espectáculo que estaba teniendo lugar en la barra de la cafetería. La camarera fingió una sonrisa y dijo con una amabilidad que no se correspondía con el mensaje:

—Ahora puede marcharse. Está invitado al café. No vuelva por aquí si no es con una orden, agente.

Dolores volvió al fregadero.

La pareja de abuelos a la partida de dominó.

Loredo recogió su chaqueta y se batió en retirada. Había conseguido todo lo que necesitaba.

* * *

—A medianoche, como un clavo, en el camino de tierra que va hasta el cerro.

El niño movió lentamente la cabeza para afirmar con unos ojos inertes como piedras. Aún no tenía claro cómo iba a escaparse de su casa, una vez más, sin que sus padres lo descubrieran. Si volvía a meterse en líos, corría el riesgo de que lo castigasen sin dibujos animados, o peor aún, sin sus soldaditos de plástico.

—Bien. Tenemos al enemigo pisándonos los talones. No podemos dejar que nos pillen. Intenta hablar lo mínimo posible hasta que nos volvamos a ver esta noche, ¿recibido, soldado?

—¡Afirmativo!

La voz de Luisito se perdió en el almacén repleto de estanterías, comida y cajas de cartón. A pesar de lo que muchos pensaban tenía las ideas bastante claras. Sabía perfectamente lo que era y lo que sería cuando fuera mayor. Llegaría a general del ejército, estaba convencido de ello. Pero para conseguirlo tendría que trabajar, pasar por un adiestramiento como soldado y cumplir todas las órdenes que recibiera, tal y como le había explicado el mando que tenía frente a él. La clave del éxito de la operación, como también

le había dicho, se basa en conocer quién es el enemigo: un monstruo venido desde la ciudad, capaz de matar a la gente del pueblo sin piedad; por pleno regocijo.

Aquella tarde, la voz que le daba las órdenes para la siguiente batalla parecía vibrar más que de costumbre, como si de alguna manera hubiese perdido parte de la templanza y la serenidad que siempre le acompañaba.

—Perfecto, pues hasta esta noche, entonces. Cuando veas aparecer las luces del coche sal a la carretera, si no será imposible que yo pueda verte a ti.

—¡A la orden!

—Si todo sale tal y como tengo planeado, esta noche daremos el gran golpe y recibirás la mayor de las recompensas que te he dado hasta ahora.

Luisito acentuó aún más su posición de firmes, dejando florecer el orgullo que le recorría el cuerpo.

—Puedes retirarte, soldado.

Salió por la puerta de atrás, tal y como estaba estipulado. Comenzó a andar observando las calles, pequeñas, vulgares, con sus casuchas bajas y el relieve de la sierra al fondo. Apenas había coches aparcados y la gente con la que se cruzaba tenía un aspecto triste, como atrapada en pensamientos elementales: comer, vestirse y ocuparse de poder respirar. Pero aquel era su pueblo, su gente, su familia. Sus hombros parecían hundirse bajo el peso de la responsabilidad. Debía luchar por el bien de su patria, como buen soldado.

Se estaba haciendo mayor, pero como suele pasar con estas cosas, no se estaba dando cuenta.

* * *

Hay algo tierno en las personas que duermen. El sueño y su inconsciencia los separa de toda realidad cotidiana. Tanto da que sean homicidas, ladrones, violadores, políticos o sacerdotes. Cuando dormimos todos somos iguales. Cuando morimos todos somos lo mismo.

Ramsés observaba a Gema. Aún no había anochecido y la luz del sol que entraba por los huecos de la cortina inundaba su rostro de motas doradas. Sintió un breve escalofrío al encontrarse así, estudiando a una desconocida mientras dormía, embobado con su cara ausente y silenciosa. Comprendía que quisiera huir de su vida, al igual que él intentaba hacerlo de la suya, aunque el mundo no estuviera dispuesto a permitirselo.

Tuvo la necesidad repentina de despertarla con un beso en la frente. Pero

se contuvo y fue hasta la cocina a por una cerveza. Cuando volvió al dormitorio tenía los ojos abiertos de par en par, clavados en el número cinco del ropero, mientras sus engranajes cerebrales se alineaban para recordar dónde estaba y qué había pasado.

—Esos números...

—Ya te enterarás a su debido tiempo, no te preocupes. En este pueblo se sabe todo, ¿no?

Gema lo miró, se sacudió las sábanas, se levantó de la cama y comenzó a vestirse como si huyese de un incendio.

—No quería referirme a...

—Ya sabes lo que piensa mi madre de esto. Si se entera me mata.

Ramsés apoyó el hombro en el quicio de la puerta mientras lanzaba un suspiro y abría la lata de cerveza.

—No tienes por qué irte. Puedes quedarte esta noche si quieres. De todos modos, ya tendré que esperar hasta mañana para recoger el coche del taller —dijo de forma despreocupada, como si se le hubiese hecho tarde por cualquier asunto trivial.

—¿Estás loco? ¿Y qué le digo a mi madre? He tenido que mentirle para no ir a trabajar en el turno de mañana y tarde. Le dije que iba con Laura a matricularme en el curso de manipuladoras de alimentos del pueblo de al lado. Dios quiera que mi amiga no se vaya de la lengua.

Ramsés se encogió de hombros y disfrutó de la belleza que ofrece una mujer al cubrir su desnudez. Se preguntó cuánto tardaría en volver a tener una oportunidad como esa.

Cuando estuvo lista fue hasta la puerta del dormitorio y, al ver que no se apartaba de su camino, se puso de puntillas y le plantó un beso en los labios a su obstáculo.

—Tengo que irme.

—Y yo, mañana —contestó mientras la dejaba pasar.

Gema siguió su camino, como si no le importara su marcha. Abrió el ventanal de la terraza y se giró.

—Si te vas, ya sabes dónde encontrarme.

—¿Volver a este pueblo? Ni de coña.

Ella entornó los ojos y le regaló una sonrisa.

—No seas tonto. Sabes tan bien como yo que no te vas a ir así como así. Tengo el presentimiento de que volveremos a vernos. Esto no puede acabar

aquí, ¿no?

Y acto seguido se fue a la carrera.

Ramsés tuvo el impulso de correr tras ella, pero supo que sería inútil. Estúpido. Su «amiga» era un espíritu solitario e impredecible. Una niña en un cuerpo de mujer, sumida en su mundo, alejada de todos. Había aparecido en su vida, le gustase o no, y no tenía más opciones que amarla u olvidarla.

3

La Carcoma, 20 de junio de 2001

La noche en la que murió Luisito no durmió nadie en La Carcoma.

Sus ojos, grises como esferas de piedra, observaban sin parpadear el manto de estrellas que parecía acogerle desde las alturas.

Los autorizados para pasar más allá de la zona acordonada por la Guardia Civil andaban de un lugar a otro con paso cauteloso y rostro circunspecto. El cuerpo descoyuntado descansaba a un lado del camino de tierra removida en una pose macabra y desarticulada que invitaba a pensar, si no hubiese sido por la llanura del terreno, que el chico había caído desde un barranco a cientos de metros de altura. Tenía los hombros dislocados, el cuello partido y parecía tener rotos todos los huesos de las piernas.

De vez en cuando un *flash* alumbraba la escena, capturando una instantánea repleta de sombras y detalles que aparecían durante el microsegundo del destello, para volver a desaparecer en la oscuridad y esconderse de los espectadores más sensibles. Apenas hablaban, se limitaban a intercambiar miradas para compartir información relativa al trabajo mientras señalaban con guantes de látex alguna huella de rueda, el trozo de plástico de algún faro frontal roto o el rastro de las pisadas del pequeño. La quietud dominaba el bosque de pinsapos, como si los grillos, los búhos y los cuervos se hubiesen puesto de acuerdo para respetar el silencio de los muertos.

A varios metros de distancia, Loredó se apoyaba en el capó de su coche patrulla. Las luces de los vehículos de la Guardia Civil y la ambulancia se intercalaban para dar tonos azulados y anaranjados a su perfil cetrino y derrumbado.

Poco a poco aquello se fue convirtiendo en una verbena en la que los grupos de curiosos se acercaban para ser testigos de lo ocurrido mientras se llevaban las manos a la boca y se tapaban sus gestos de asombro. Lo que

habían escuchado era verdad: un borracho había atropellado a Luisito y se había dado la fuga.

Loredó hundió la colilla en el terreno fangoso del camino mientras encendía otro cigarrillo e intentaba arrancar de su cerebro el grito desgarrador de la madre al ver el cuerpo de su hijo. En aquel momento se encontraba en el interior de la ambulancia, probablemente drogada, sedada y abrazada a su marido; pero de alguna manera el eco de sus lamentos parecía haberse quedado impregnado en la humedad de la noche.

El agente se frotó los brazos, con la intención de quitarse de encima esa sensación de tener los vellos de punta. Sufría. Sufría con su secreto. Los secretos, lejos de ser un privilegio, son como losas pesadas de responsabilidad que, llegado el momento, pueden superar a cualquier persona. Tenía la certeza de que aquello no podía tratarse de un simple accidente. A simple vista, bien podía parecerlo: ruedas de coche apresuradas, trozos de carrocería por los suelos, un cuerpo machacado y las marcas de frenada unos metros más adelante. Pero él tenía más información; sabía algo que el resto de investigadores no conocía.

Expulsó el humo en dirección al firmamento, como si con ello pudiese dejar escapar los malos espíritus que lo atormentaban. Luisito y sus padres necesitaban justicia. El falso consuelo de tener un rostro al que poder culpar del fin de una vida puede ayudar a paliar el dolor, a concentrarlo en un solo punto, sin que este se expanda a todos y cada uno de los rincones del día a día. Se levantó del capó y comenzó a andar sin saber muy bien a dónde dirigirse. Probablemente la mejor opción hubiera sido huir de allí, muy lejos, y olvidarse de aquel camino de tierra, de aquel pueblo. De aquella vida.

Mientras paseaba notaba las piernas temblorosas, carentes de fuerza y consistencia. Metió la mano en el bolsillo de su uniforme. Eran las dos de la mañana, pero tenía que hacer una llamada. Necesitaba hablar con su hija. Tenía que volver a escuchar su propia voz para asegurarse de que seguía vivo.

Cuando comenzó a marcar el número de teléfono de su casa de Fuerteventura, levantó por un momento la mirada incitado por una sensación de saberse observado. Entre la multitud morbosa en busca de algo de lo que hablar durante los días siguientes encontró una cara que le resultó familiar. Se miraron desde la distancia, dando lugar a un momento de incompreensión compartida en el que ambos pugnaban por asimilar lo que había sucedido.

El agente volvió a guardarse el teléfono móvil sin haber terminado de

marcar y se dirigió hasta el cordón policial donde Ramsés hacía esfuerzos por ganar posiciones entre los curiosos. Le hizo una señal para que se acercase y con una simple mirada bastó para que el cabo que impedía el paso hiciese una excepción con el forastero.

—¿Qué ha pasado?

—Sígame.

El sargento dio media vuelta y se alejó hasta el borde del camino, lejos de la muchedumbre y la mezquina curiosidad.

—¿Fuma? —preguntó Loredo tendiéndole el paquete de tabaco.

—No.

Cubrió su rostro con las manos para encenderse un cigarro como si se encontrara en medio de un vendaval. La lumbre del mechero remarcó sus ojeras.

—Bien —dijo mientras clavaba la mirada en el bulto tirado en el camino. Lo habían tapado. Por fin—. Han matado a un chico, a un niño de doce años.

—Sí, lo sé. Algo he oído. He visto jaleo de sirenas desde la cabaña, por las calles la gente dice que ha sido un borracho que se ha dado la fuga, ¿habéis encontrado ya al hijo de puta?

El agente volvió la vista hacia Ramsés y contestó haciendo esfuerzos para que no se le quebrara la voz.

—No.

Un silencio se interpuso entre los dos mientras observaban como la pareja de sanitarios desplegaba la camilla con ruedas.

—Ni tampoco creo que estemos detrás de un bodacho dado a la fuga. Creo que el capullo o la hija de puta —enfaticó esto último— que ha matado a Luisito es el mismo autor de los números de la cabaña.

Ramsés giró la cabeza como un resorte, preguntándole con los ojos.

—Luisito fue el que sabotó tu coche. Segudamente incitado por el adulto que está detrás de todo esto. Ayer mismo estuve intedogando a una sospechosa, probablemente la que le proporcionó el azúcar y le dio instrucciones. —Loredo no pudo seguir fingiendo, la voz se le quebró y un brillo acuoso le veló las pupilas—. Estoy convencido de que han matado al chico pada que no hable. Pada protegerse. Pero eso nadie lo sabe. Solo yo.

Ramsés vio entonces en el rostro de Loredo todo lo que se había estado guardando en los últimos días. Vio esa necesidad de compartir su pesar, su

sensación de culpabilidad al verse cómplice del homicidio. Su certeza de haber obligado al asesino a cubrirse las espaldas con la muerte del pequeño. La impotencia de estar tras los pasos de ese ser asqueroso y escurridizo. La soledad. La oscuridad que le oprimía el corazón. La desazón. La inseguridad del camino que se bifurca en dos direcciones. La necesidad de tomarse aquello como un caso personal, de zanjarlo. De hacer justicia. Justicia de verdad.

Loredo se llevó el dorso de la mano hasta el reflejo cristalino que se había acumulado en uno de sus lagrimales y evitó la mirada de Ramsés.

—Deme un pitillo —acertó a decir el forastero.

* * *

—Sargento, ¡sargento!

Loredo avanzaba por el pasillo del cuartel a paso ligero y esquivando a cualquiera que se le cruzase en el camino, como si así pudiese escapar de las preguntas que se hacía él mismo. Pero en esta ocasión no tuvo más remedio que parar en seco y encontrarse con un hombre de uniforme, alto, de barba poblada y cejijunto, que venía directo hacia él.

—¿Hasta cuando va a estar con este juegucito del gato y el ratón?

El teniente Paredes le ofreció uno de los vasos de café que tenía en las manos.

—Acompáñeme a mi despacho y relájese, lo que tenga que hacer puede esperar unos minutos.

El teniente era de esa clase de personas que solo aparecen cuando existe la posibilidad de que las medallas empiecen a llover del cielo. Por norma general, los oficiales del cuerpo solo se centraban en su carrera profesional y en ascender lo más rápido posible, aunque ello conllevara pisarle la cabeza al compañero con el que se trabaja cada día. Cuando le informaron de lo que había ocurrido aquella madrugada, no tardó en coger el coche oficial y presentarse en el cuartel del pueblo.

Loredo cogió el café a regañadientes y siguió a su superior. Los pasillos del cuartel estaban más transitados de lo normal. El jefe había ordenado que todos se presentasen en el trabajo, todos los permisos y los días libres quedaban congelados hasta nuevo aviso. Ramón, el agente que se había colado en la cabaña por «el bien del caso», andaba por allí con cara de ser el hombre más desafortunado del planeta.

Entraron en el despacho del teniente y se sentaron. Detrás del escritorio colgaba un cuadro de Juan Carlos I y una bandera de España con mástil de pie. Paredes encendió el ordenador de sobremesa antes de comenzar a hablar.

—Tiene mal aspecto.

Loredo terminó de dar un trago y contestó:

—No me toque los cojones. Vaya al grano. Tengo mucho trabajo por delante.

Paredes no pareció sorprenderse ante la respuesta del sargento. Lo conocía desde hacía casi dos años, de hecho, fue él quien le ayudó en los comienzos a hacerse con su nuevo rol de suboficial en aquel cuartel de La Carcoma. Era normal que, al principio, los sargentos se viesan desbordados ante la responsabilidad de mantener el mando de un cuartel de la Guardia Civil. En las academias no se aprende a tomar decisiones importantes en un despacho vacío e impersonal, ni a hacerse respetar entre los guardias y cabos que llevan en el destino más de diez años. Pero Loredo asimiló con facilidad cuál era su nuevo papel, lo que posibilitó que el oficial se retirase del cuartel a los pocos días de iniciar el relevo.

—Estoy seguro de eso, pero sigo insistiendo en que necesita un buen descanso. ¿Cuánto lleva sin dormir?

Loredo se plegó sobre sí mismo en la silla, apoyó los codos en las rodillas y se llevó la mano a la sien.

—¿De verdad me ha llamado para esto?

—Bueno, como quiera. —El teniente comenzó a teclear algo en su ordenador—. El caso es que necesito que me cuente todo lo que sepa sobre lo que ha ocurrido esta madrugada.

—Supongo que no sé más que usted. —Loredo había tardado un par de segundos en contestar. Esperó que no le hubieran delatado—. Hemos establecido varios puntos de control en un perímetro de veinte kilómetros para poder identificar cualquier vehículo sospechoso. Hasta que no nos confirmen del laboratorio el modelo y la marca de los fragmentos encontrados, los guardias tienen orden de parar a todos los vehículos que presenten algún golpe en la parte frontal de la carrocería o tenga algún fado doto.

—¿Algún qué?

—Fado. Las luces, coño.

El oficial se incorporó sobre el escritorio mientras estudiaba al sargento

con la mirada.

—Entonces usted también piensa que ha sido un accidente, nada más.

—Sí, supongo. Todo apunta a eso —mintió.

Los ojos de Loredó se desviaron hacia la izquierda por no seguir aguantando ese examen de investigador, y sus manos se removieron sobre sus piernas en un espasmo. Cogió el café y le dio un sorbo, como si con ello pudiese tragar con más facilidad las mentiras que se le agolpaban en la garganta.

Paredes se recostó en su asiento con las manos entrelazadas en la nuca, parecía relajado.

—¿Y del poeta? ¿Qué piensa? Me cuenta la gente que desde que llegó al pueblo parece que todo está un poco más... revuelto.

—No tengo dazones para sospechar de él. —Esta vez si contestó con contundencia. Esperó que no con demasiada.

—¿Y cómo puede estar tan seguro?

—Tiene el coche estropeado, lo están depadando en el taller.

—Ya, claro. ¿Y no cree que esa puede ser la coartada perfecta? Es decir, le hace saber que no tiene el coche disponible, comete el asesinato con el coche —enfaticó la palabra «coche», como si pudiera subrayarla con la voz —, lo vuelve a esconder y aparece a los pocos minutos cariacontecido en la escena del crimen como uno más del público.

Esta vez Loredó guardó silencio. No porque no quisiera responder, sino porque no sabía cómo hacerlo. De alguna manera, había ligado el tema de los números y la cabaña al asesinato de Israel Garri y de Luisito. Tenía indicios serios para ello. Encerró al forastero durante tres días y los números habían seguido apareciendo, por lo que lo había eliminado de la lista de sospechosos.

—Sabe que he llegado desde Madrid hace apenas un par de horas y que no pude estar en la escena del crimen. Pero mis informantes me han dicho que lo vieron hablando con el poeta cuando el cuerpo del chico aún estaba caliente. Supongo que para dejar que un desconocido pise la escena de un crimen debe de tener muy buenas razones.

—Está usted poniendo en tela de juicio mi profesionalidad, ¿es eso? — Fue todo lo que acertó a decir Loredó, claramente a las desesperada, a la defensiva.

—No, nada de eso. Lo único que le pido es que sea franco, que se centre. Si sospecha de alguien o tiene pruebas que puedan ayudar en el caso,

le ruego que las comparta con el equipo de investigación. Sabe usted tan bien como yo que ocultar pruebas puede constituir un delito de obstrucción a la justicia.

—Me está ofendiendo —contestó el sargento mientras se levantaba de la silla.

Loredo deseaba con todas sus ganas que la tierra se lo tragase allí mismo, hasta el confín del averno. La voz le temblaba y no era capaz de contener los nervios. Aquellos días había descubierto que una de las cosas más difíciles del mundo era mentir. Aunque solo fuese por omisión de la verdad.

—Sé que cuento con usted —dijo Paredes elevando la voz al ver que el sargento se disponía a abandonar su despacho—. Pero piense en los familiares del crío; necesitan justicia y nuestro trabajo es dársela. Descanse un poco, se lo ruego, y ordene las ideas. Parece que lleve semanas trabajando sobre el caso.

Loredo se giró y quiso contestarle que así era, que él solo había aparecido cuando las medallas estaban a punto de caramelo, cuando los artículos en el periódico y los programas de radio sobre el tema estaban servidos. El *show* estaba a punto de comenzar, y de eso Loredo no quería saber nada. Lo único que pretendía era que no le arrebatasen el caso en sus narices.

Levantó un dedo acusador y escupió la primera verdad de toda la mañana:

—No se equivoque, teniente. No hay nadie en todo el cuartel que tenga más intedés que yo en atrapar a ese hijo de la gran puta.

* * *

El número tres se presentaba de forma solemne, superior al entendimiento humano. Estaba justo al lado del espejo del cuarto de baño, pero habían decidido ignorarlo, pues si lo miraban más unos segundos no les costaba imaginar al desalmado que lo había pintado después de haber asesinado al chico. De alguna manera, era imposible no relacionar ese número dibujado con fuego con la muerte de Luisito. Si lo observaban directamente sentían la destrucción de su propio espíritu, de todo lo que tenía que ver con las ganas de vivir, de seguir luchando contra esa fuerza invisible que los tenía agarrados por los cojones.

Loredo, después de haberse escapado del cuartel y de todas las preguntas incómodas que pululaban por sus pasillos, desplegab los trípodes por todas las habitaciones de la cabaña mientras Ramsés borraba los mensajes que habían dejado por la mañana en el contestador.

Uno de ellos era del mecánico, a primera hora de la mañana. Amenazando que «o recogía *er* coche esa misma tarde, o dejarlo en su *tallé* por unos días *má* le iba a *salí* por un ojo la cara». El otro era de Juan Jesús, un mensaje de voz que si no hubiese sido por la voz masculina bien podría haberse confundido con alguno de su santa madre. Le preguntaba preocupado si estaba todo bien. Al parecer había estado llamando a su piso de Cádiz y nadie le había contestado. Eso le había asustado, y que, si aún seguía en La Carcoma por cualquier motivo, que lo avisase.

Ramsés pulsó el botón de borrar la memoria del aparato y pensó en lo fácil que sería todo si la vida funcionase de la misma manera. Un botón rojo para eliminar los problemas, para evaporar todos aquellos números que decoraban ahora las paredes de la cabaña. Aunque, al fin y al cabo, aquello se parecía más a esconder la mierda debajo de la alfombra que a otra cosa.

—Creo que con esto sedá suficiente —dijo Loredo cuando entró en el salón sacudiéndose las manos—. He puesto una cámara en el cuadro de baño, otra en la cocina y esta última en el dormitorio. No hay dincón que no esté vigilado. En el salón estademos nosotros dos. Esta noche no se nos puede escapar.

Ramsés miró al sargento, sin saber si seguir la corriente a su optimismo o decirle lo que realmente pensaba. Pero supuso que el agente estaba obligado a actuar de esa manera. Necesitaba insuflarse las energías necesarias para no tirar la toalla. Tenía que encontrar a ese criminal. Hacer justicia. Descansar.

—No me mides con esa cada, joder. Si descubren que he sacado las cámaras de video del almacén de electrónica me puede caer un buen paquete. Así que más nos vale que sirvan de provecho.

Acto seguido sacó su pistola reglamentaria de la parte trasera de sus tejanos y la puso sobre la mesa del salón. A Ramsés le vino a la mente la imagen de un conductor de camiones al entrar en un bar de carretera de Texas.

—Espedo no tener que utilizarla, pedo va a ser necesadia pada mantener al asesino a daya. —Loredo intentó transmitirle confianza a Ramsés con una sonrisa comedida, pero al ver que su rostro permanecía impassible, desistió—.

¿Y tú? ¿Tienes la tuya?

El forastero, que cada vez lo era menos, señaló el rifle que estaba colgado sobre la chimenea.

—¿Está cargada?

—Eso creo.

—Menos mal, joder. Pensé que no ibas a decir palabra en toda la tarde. Venga, cógela. Aún tenemos tiempo, pero antes de nada tengo que solucionar un pequeño asunto.

Loredo, portador de esa falsa vitalidad provocada por la responsabilidad de cerrar el caso, agarró una de las sillas del salón y la arrastró hasta la pared. Se subió en ella, descolgó el reloj y le arrancó las pilas de un tirón.

—Ya está —dijo, a la vez que volvía a colgar el reloj en la alcayata con sumo cuidado—. Ahoda sí que podemos montar guardia tranquilos. Al cadajo ese incesante tictac. No sé como puedes vivir con el tiempo siempre en contra.

* * *

Se quedaron mirándose el uno al otro. Uno sonrojándose de la vergüenza, el otro interrogándole con la mirada algo así como: «¿Por qué no abres la puerta? Están llamando, ¿no lo oyes?».

Ramsés tuvo que tirar la toalla en la batalla de hacer como que no ocurría nada ante los golpes insistentes del visitante. Así que se levantó y se dirigió hasta el portón sin decir nada. El agente se retiró rápidamente del campo de visión de la entrada y se escondió detrás del umbral del cuarto de baño.

La puerta de la cabaña se abrió apenas unos centímetros y Gema tuvo la impresión de que el poeta había perdido la cabeza del todo, quizás hasta el nivel de creerse con la capacidad de atravesar la estrecha abertura que había dejado entre el portón y el quicio. Un fuerte olor a tabaco salió disparado desde el interior, como si se hubiese mantenido allí a la espera de una oportunidad para poder escapar igual que en una olla exprés. La camarera habría jurado que el forastero no fumaba, pero se dio cuenta de que, en realidad, no conocía de nada a ese hombre.

—¿Qué haces?

—Es que me pillas en mal momento —contestó Ramsés de forma ridícula, apenas asomando su gran nariz aguileña y media cara por el hueco.

—¿Estás seguro? ¿Va todo bien?

—Sí, estoy... escribiendo —Ramsés pensó que iría al infierno por aquella mentira descarada.

«Y prefieres escribir antes que pasar un rato conmigo», pensó, pero no lo dijo. Quizás sería mejor respetar su intimidad antes que espantarlo y quedar como una mujer controladora y obsesiva. Así que solo se encogió de hombros y dio media vuelta con la intención de volver al pueblo.

—Mañana podemos vernos, si quieres.

La camarera contestó, pero lo hizo sin siquiera volver la cara mientras se alejaba de la cabaña. Quizás ella tuviese más que ocultar que el que se escondía detrás de la puerta.

—No lo creo, pero espérame en la cabaña, por si acaso. —Ella también pensó que tendría que rendirle cuentas a Satán por aquella mentira.

Gema se alejó de allí con las manos en los bolsillos y proyectando una sombra de gigante en la hierba con la luz del atardecer.

Ramsés cerró la puerta de la cabaña de un portazo.

Loredó tomaba apuntes en su libreta, apoyado en el quicio del cuarto de baño. Los ojos le brillaban por la adrenalina. Creía que cada vez cerraba más el cerco.

* * *

El altavoz del equipo hacía vibrar los utensilios metálicos de la mesa a ritmo de *Hound dog*, pero esta vez no tenía ganas de bailar. Ni siquiera de mover el pie o de tamborilear con los dedos en la mesa del almacén.

Dio un puñetazo en la pared y apoyó la frente sobre ella. Demasiadas preguntas. Demasiados entrometidos. Demasiados imprevistos. Tenía que hacer algo, y lo tenía que hacer ya si quería que todo siguiese su curso, tal y como estaba dispuesto, para la noche de San Juan.

Una cucaracha que se deslizaba por el suelo llamó su atención. Se separó de la pared y se dirigió con paso seguro hacia el insecto de cloaca. Levantó el zapato y la aplastó. Sintió las vísceras expandirse por la suela. Notó cada crujido. Disfrutó del poder que recorría sus venas al aniquilar otras vidas.

* * *

—No te preocupes por eso —contestó Loredo, aparentando tener la situación bajo control—. Todo apunta a que la actividad de este maldito hijo de puta va a acabar esta misma noche. Es imposible que se nos escape con las cámaras de video y las armas. Lo único que puede pasar es que, al verse en infediodidad, no entre en la casa, salga codiendo y dompa con su ditual de pintar un númedo cada día. Pero si te soy sincedo, dudo mucho de que sea capaz de dejar de lado su obsesión por los númedos, conozco como actúa este tipo de mentes, y normalmente suelen funcionar en una sola didección. —El agente hizo una pausa al ver que no estaba consiguiendo lo que pretendía. Ramsés seguía sentado de brazos cruzados, con mirada acusadora—. En todo caso, vuelvo a depetirte que si esta noche no cogemos al asesino, lo tengo todo predispuesto pada que no codas ningún peligro la noche de San Juan. No voy a dejar que te pase nada.

—Yo sigo pensando que la mejor idea es que me marche. No voy a estar más seguro que en mi propia casa.

—¿Estás convencido de eso?

Ramsés cerró los ojos, dejó escapar un exabrupto y se echó hacia atrás en el respaldo de la silla.

—Estoy hasta los huevos de todo esto.

Loredo se levantó, cogió la Beretta que descansaba sobre la mesa del salón y se subió los vaqueros hasta la altura del ombligo. Sin mediar palabra, dio una ronda a lo largo de toda la cabaña. Cuando regresó, Ramsés tenía la mirada perdida en el número doce que estaba justo sobre su cabeza. Estaba pálido, como si mirase directamente a la guadaña de la muerte.

—Las cámaras siguen grabando, a las cintas aún les quedan seis horas de grabación. Son casi las tres de la madrugada, así que será suficiente para cubrir toda la guardia.

Ramsés no se inmutó, seguía con la cabeza apoyada en el respaldo de la silla, estudiando la pintada del techo, con ojos huecos e inexpresivos.

—¿Por qué no vas a por unas cervezas y me hablas un poco sobre la visita que te ha hecho la camadeda hace unas horas?

El semblante alicaído del escritor se transformó en una careta colorada y congestionada. Como si le hubiesen preguntado por las revistas que guardaba debajo de la cama.

—No hay nada de lo que hablar.

—Esa es la despuesta que se suele dar cuando sí hay de lo que hablar,

solo que no apetece hacerlo.

—Que no hay nada, joder. —Ramsés supo que estaba delatándose con el tono elevado de su voz, pero no hizo nada para remediarlo—. Es con la única persona que puedo hablar en el pueblo sin que me escupa, me trate como una colilla o me encierre en una celda en contra de mi voluntad. Eso es todo.

Loredo asintió con la cabeza de forma comprensiva, no por lo que acababa de escuchar, si no porque entendía que aquel hombre tuviese que ocultar la posible relación que había entre los dos. Probablemente estuviese protegiéndola más a ella que a sí mismo.

—Bueno, ya está —atajó Loredo—. Lo único que puedo decirte es que, teniendo en cuenta la situación en la que te encuentras, tengas cuidado en quien confías.

El sargento no quiso mostrar más cartas de las necesarias metiendo a Dolores en la conversación y su implicación en el caso. Existía la posibilidad de que estuviese utilizando a su hija, al igual que lo había hecho con Luisito, para manejar al poeta a su antojo. Pero decidió que sería mejor reservarse todos esos pensamientos para su cuaderno de campo.

—¿Y usted? ¿Cómo sé que puedo confiar en usted? Me encerró como a un mono en una jaula y, en los últimos días, no hace más que repetirme que me tengo que quedar en el pueblo, que no puedo irme. Ha conseguido que le abra la puerta de la cabaña y que me acoja a su protección ¿Cómo puedo saber que no es usted el que anda detrás de todo esto? No sería el primer caso de mente retorcida escondida tras un uniforme de agente de la ley. ¿Cómo puedo estar seguro de que no me va a pegar un tiro esta misma noche? Estamos los dos solos, me tiene a huevo.

El agente elevó las manos a modo de tregua y con la clara intención de disipar las dudas. Pero la impresión que dio es que las levantó como si alguien le estuviese apuntando con un arma de fuego.

—Pada el cado, colega. Te decuerdo que el que vino a buscarme fuiste tú. Si estoy de mierda hasta el cuello es porque tú llamaste a la puerta de mi despacho. Así que no me vengas con estas ahoda.

Los ojos de Ramsés parecieron cambiar de registro de inmediato. Los miedos y esa eterna sensación de no poder fiarse ni de su sombra seguían atormentándole como moscas incesantes en su empeño de no dejarle tranquilo. Pero pensó que todo aquello no sería más que producto de la tensión acumulada de todos aquellos días. Después de todo, no era recomendable llevarse mal con un agente de la ley. Pidió disculpas a su

manera.

—Voy a por esas birras que decía.

Cuando se levantó para ir hasta la cocina, el sargento miró su reloj de pulsera. Aún era temprano. Por los datos registrados en su agenda, las declaraciones de Ramsés y su propia experiencia, sabía que los números no aparecían hasta que estuviese más avanzada la madrugada, normalmente, en las horas cercanas al amanecer.

Como si fuesen parte de un mecanismo exacto que marcaba el nacimiento de un nuevo día.

* * *

Permanecieron en silencio durante unos instantes, observando las sombras que parecían agrandarse en los árboles más allá de la cristalera, donde merodeaban un millón de rostros y un millón de historias.

El golpeteo seco volvió a repetirse. Parecía provenir del tejado, como si algo trastease desde las alturas. Loredó cogió la pistola y se levantó encarando a la terraza, Ramsés recogió el rifle que estaba apoyado en el lateral de la silla y se puso de pie, haciendo crujir las tablas del suelo en la serenidad de la noche. Ambos volvieron a quedarse muy quietos, como maniquíes, esperando una nueva evidencia de que había algo moviéndose sobre sus cabezas.

Tac, tac, tac.

Ramsés pudo ver que al agente se le dilataron las pupilas y cómo, en apenas dos segundos, se había deslizado de forma ágil hasta la cristalera con la pistola enfundada. Él intentó sujetar el rifle con la mayor desenvoltura posible, pero pensó que el que había diseñado el arma no le había prestado demasiada atención a la ergonomía. Quiso avanzar hasta el otro lado de la terraza para colocarse al lado de su compañero, como en las pelis de polis, pero con cada paso que daba hacía gritar todos y cada uno de los tablones que pisaba.

Loredó llamó su atención con un enérgico movimiento de la mano, y con un gesto le indicó que era mejor que se quedara donde estaba. Abrió la cristalera corredera en un movimiento rápido y salió al exterior en apenas un par de saltos certeros propios de alguien que se mantiene en buena forma física. Elevó los brazos hacia el tejado y apuntó con el arma hacia las alturas. Montó el arma y gritó:

—¡Alto! ¡Déjese ver y ponga las manos sobre la cabeza!

A Ramsés le dio un vuelco el corazón. Lo tenían. Se acabó. La adrenalina le hizo ponerse en movimiento para salir de la cabaña y verlo con sus propios ojos. Necesitaba verle la cara al capullo que había estado tocándole los cojones desde que había llegado a aquel pueblo. Lo necesitaba o moriría de la impaciencia. Fue a dar un paso cuando el agente bajó el arma dejándola caer hasta la cintura, derrotado.

Un grupo de cuervos levantó el vuelo entre graznidos desde el tejado de la casa.

Loredo volvió al interior de la cabaña sin mediar palabra, con el rostro descompuesto, como si hubiese visto a un fantasma. Ramsés hizo el amago de ponerle la mano sobre el hombro a modo de consuelo, pero este lo esquivó preso de la resignación y el fracaso. Anduvo hasta la altura de la alfombra y se quedó parado. Pero lo hizo con una brusquedad fuera de lo normal, como si hubiese chocado contra un muro invisible.

Ramsés intentó preguntarle si se encontraba bien pero las palabras se le atragantaron en la garganta cuando vio que, de manera inesperada, el agente hincaba las rodillas en el suelo como si no le importase partírselas en mil pedazos contra el parqué. La pistola del agente cayó desde la mano al suelo, dejando escapar un golpe ahogado en la alfombra.

Loredo quedó resumido a la silueta de un devoto que parecía suplicar de rodillas, con los brazos flácidos y la cabeza inclinada hacia las alturas.

A Ramsés no le quedó otra que dirigir su mirada hacia donde lo hacía el recién converso. Su fusil también se le escapó de las manos, causando un estruendo de metal y madera al caer.

Allí, en la pared, justo al lado del reloj que horas antes había sido desconectado, estaba el número dos, paradójicamente, con un trazo irregular que evocaba la imagen de signo de interrogación. Aquello era de locos. Ni un ruido, ni una silueta, ni un olor. Nada.

A través de la terraza abierta se filtró el canto de un gallo desde la lejanía, como si al otro lado de esas cuatro paredes el mundo siguiese su curso normal.

Como si el tiempo siguiese corriendo, aunque se le quitasen las pilas al reloj.

La Carcoma, 21 de junio de 2001

En el verano de 1990, cuando el consumo de cocaína y marihuana de Ramsés estaba en su punto más crítico, conoció a una chica y se enamoró de ella durante unos meses.

El amor y las drogas no le permitieron ver entonces que Rocío era una guarra de las que enseñan las tetas a cambio de una raya; con sobacos malolientes y un aliento a alcantarilla que salía de un par de labios con pegotones de carmín como pedruscos. Sus amigos, por llamarles de alguna manera, no le dijeron ni pío al respecto porque se imaginaron que Ramsés pensaba que era hermosa y no quisieron herir sus sentimientos.

Ese verano pasaron mucho tiempo juntos. Se tiraban las horas en el sofá del apartamento donde se colocaban con sus colegas o iban al cine para sentarse en la última fila y meterse mano sin importar ni la película ni la señora mayor que se sentaba al lado y les miraba con ojos de desaprobación.

De vez en cuando, a Ramsés le gustaba fumarse un buen porro de marihuana mientras viajaba al centro de la Tierra, huía a la carrera de la casa Usher o deambulaba por todo Mordor para destruir el anillo. Rocío, entonces, ponía voz de estúpida e imitaba de forma ridícula a Gollum —normalmente bajo los efectos de hierbas varias—, mientras le decía que la ficción era para maricas. A Ramsés le hubiera gustado explicarle que lo que sí era ficticio de verdad eran esos desechos televisivos que daban por la tarde, como *Waku Waku* o *Sensación de vivir* y que ella veía con la boca abierta debido a su cerebro carcomido. Pero desistió sin siquiera intentarlo. Total, al final siempre acababa haciendo lo que ella quería: le bajaba las bragas y se la follaba en el sofá.

Gema era tan distinta a su primer amor que se veía en el compromiso de ayudarla, de enseñarle esa otra realidad que le habían prohibido a base de tortazos. En ella había descubierto unos ojos curiosos cuando le había

hablado de su trabajo, de su oficio de escritor. Con ella había experimentado la complicidad, la certeza de contar con una pareja con la que poder combatir al monstruo de la soledad. Una compañera con la que poder hablar, como lo habían hecho, cada uno a su manera, en la terraza del jardín unos días antes.

Sin embargo, ella tenía diez años menos que él, y eso le podría acarrear algunos problemas. Y no ya por el qué dirán o lo que pueda pensar la gente —realmente a Ramsés le importaba bien poco esto último— sino por la incapacidad de confiar en una persona que no ha visto más en la vida que su habitación y la cafetería, que no conoce más problemas que mantener a su madre contenta y satisfecha.

Cuando Ramsés oyó que llamaban a la puerta de la cabaña paró de guardar sus pertenencias en la maleta. Notó en los golpes de nudillo una decisión y un ansia fuera de lo normal, pero imaginó que sería Gema molesta por el plantón que le había dado la noche anterior o por que se fuese a marchar del pueblo sin decirle siquiera un adiós.

Al abrir el portón se encontró de frente con el paisaje de gravilla y musgo propios de La Carcoma. Allí no había nadie. Dio un paso hacia el exterior de la cabaña para asomarse y supo al instante que aquello había sido un error. Notó una presencia oculta junto a la puerta. Intentó volverse pero solo lo logró parcialmente. Se oyó un aullido animal en la espesura del bosque y Ramsés sintió que la cabeza se le caía de los hombros, flácida, vencida ante el dolor.

Algo le había golpeado con fuerza.

El mundo se volvió nebuloso, todo parecía querer sumirse en la oscuridad, pero supo que debía seguir luchando; si doblaba las rodillas estaba perdido. Probó a encontrar un asidero en el quicio de la entrada y a levantarse, pero un nuevo golpe lo derrumbó.

Un punto de lucidez lo mantuvo unido a este mundo. Ni siquiera en sus peores borracheras, cuando había amanecido tirado en algún banco de un parque con la camisa vomitada, había sentido algo comparable. La realidad se esfumaba, el negro lo envolvía todo, pero un diminuto punto de luz parecía hacer esfuerzos por sostenerse en medio de las tinieblas. Este fue disminuyendo hasta que todo quedó reducido a la nada.

A la oscuridad de los muertos.

* * *

Loredo cerró la puerta del coche de un golpe. ¿Dónde coño se habría metido el poeta? Le había dicho que no se moviese de la cabaña, pero parecía que no llegaba a comprender que su vida corría peligro. Aunque lo que se temía es que hubiese llegado a ese nivel en que da igual vivir o morir.

Había pasado toda la mañana revisando una y otra vez todas las cintas de vídeo. Tal y como había esperado, allí no apareció nada. Por más que las rebobinase y las pasara al doble o al triple de velocidad, la imagen congelada de las habitaciones no sufría cambio alguno con el paso de las horas, apenas por un par de sombras y contrastes de luz producidos por ellos mismos.

Bajó la ventanilla y apoyó el codo en la carrocería, le dio un último vistazo a la cabaña y echó la cabeza hacia atrás, hasta hacerla descansar en el respaldo del asiento del conductor.

Los párpados le pesaban y notaba que sus ojos necesitaban lubricación extra, resecos por el cansancio. No sabía cómo soportaban las horas que había pasado mirando la pantalla del ordenador de su oficina, las emociones vividas los últimos días, las cuarenta y ocho horas que llevaba sin cerrarlos ni un solo minuto.

Necesitaba apagar los ojos allí mismo, delante de la cabaña. Así vería regresar a Ramsés. Y si el asesino quería quitarle de en medio de una bala en la cabeza, que así fuese, ya no podía más; a ese nivel había llegado.

* * *

Si alguien hubiese paseado a las doce y media de la noche por la calle Al-Andalus y hubiese mirado hacia el edificio del cuartel de la Guardia Civil, habría visto luz en una de las oficinas, con una tenue iluminación azulada y una silueta pegada a la pantalla del ordenador.

En la cabaña no apareció nadie y solo le había quedado volver al cuartel. Su casa estaba echa un asco. Llevaba horas escarbando en la base de datos, pero no aparecía nada reseñable sobre Dolores ni su hija, Gema. Ningún antecedente. Ni siquiera un incidente doméstico o un accidente de tráfico. Fichas vacías. Nombre completo, domicilio, estado civil, teléfono, una foto de carné y poco más.

Loredo se llevó la mano a la sien, temiendo que el cráneo le fuese a estallar. La cabezada que había dado en el coche le había dejado una presión en las cervicales por la mala postura que ahora le pasaba factura. Ramsés

seguía sin aparecer y la certeza de que Dolores estuviese relacionada con los números, Luisito y la supuesta amenaza de muerte al poeta no paraban de revolverle el estómago. Si cerraba los ojos en aquella habitación de destellos violáceos, podía recordar la mirada, los modales evasivos, los movimientos torpes en el interrogatorio improvisado en la cafetería.

Además, Luisito había aparecido muerto horas después de haberle hecho participe del caso, como si Dolores hubiese querido cubrirse las espaldas ante la posibilidad de que siguiesen tirando de la manta.

Pero allí, sentado en su despacho, no conseguiría nada más que hacer rebosar el cenicero del escritorio con colillas apretujadas. Dejó que los párpados cediesen por su propio peso y escapó, por unos minutos, del refulgente monitor del PC.

Necesitaba atrapar al asesino que tenía a todo el pueblo en vilo. Sabía dos cosas. Una era que parecía totalmente imposible pillarlo pintando esos números. No tenía ni idea de cómo lo hacía, pero ni las cámaras de vídeo ni dos hombres armados fueron capaces de verlo la noche anterior cuando apareció el dichoso número dos. La otra era que al sujeto se le estaba yendo el asunto de las manos. El criminal se había visto obligado a actuar en contra de lo previsto, a romper el esquema perfecto que tenía planeado. El agente estaba seguro de que la muerte de Luisito había sido algo improvisado. Había tenido que salir de su escondite, de su zona de confort, para matar al niño y asegurarse de no dejar pistas.

Tenía que aprovechar esa pequeña ventaja, explotar ese descontrol producido con esta última aparición. Cuando un perfeccionista del control y el cálculo se sabía vulnerable, cuando veía una fisura sobre la superficie pulida de su plan, era cuando más fallos cometía.

Siempre podría esperar a que el centro de investigación lograra identificar el vehículo gracias a los trozos de carrocería encontrados en el camino en el que el chico había perdido la vida. Pero apenas quedaban dos días para la noche de San Juan, para el cero. No había tiempo.

Abrió los ojos y se irguió para que sus dedos se deslizaran por el teclado.

Buscó en el registro de la vivienda a los propietarios de la casa. Apareció el nombre de Juan Jesús Fernández Garrido, un funcionario que había recibido la cabaña de su tío, al parecer por parte de madre, Israel Garri. Una casa heredada gracias a una muerte que nada tuvo de accidental. Loredó sintió como el filamento de una bombilla se fundía nada más encenderse

dentro de su cabeza. No. Juan Jesús se encontraba a más de cien kilómetros de allí, a más de dos horas de coche. Aunque pensándolo bien, la bombilla pareció volver a tomar vida por ella misma, tanto los números como el asesinato habían ocurrido de madrugada. Era descabellado, pero podría estar conduciendo todas las noches hasta La Carcoma, ponerse su disfraz de criminal, y presentarse por las mañanas de nuevo en la capital para aparecer por su trabajo y su casa sin levantar sospechas.

Mientras esta idea le rondaba por la cabeza, siguió indagando sobre los datos que recogía el Registro de la Propiedad. Setenta y cinco metros cuadrados habitables, construidos en 1952 y reformados por el ayuntamiento en el 84.

Con la flecha del ratón hizo bajar la página de la base de datos en la pantalla del ordenador. Dos propietarios habían vivido en la cabaña antes que Israel.

Necesitó parpadear un par de veces para asimilar el nombre y los apellidos que aparecieron en una de las casillas.

De súbito, la intuición le desgarró el corazón. Se levantó como un muelle de la silla mientras se tiraba de los pelos de la cabeza y maldecía lo ciego que había estado durante todo este tiempo.

1

La Carcoma, 22 de junio de 2001

Lo primero que pensó nada más abrir los ojos es que se encontraba en medio de un sueño sin sentido. Miró a su alrededor con inquietud, boqueando en busca de aire. Luego notó la soga que le apretaba las manos a la espalda y la humedad en la cara que le resbalaba desde la nariz hacia la boca. Su propia sangre. Los dedos de los pies estaban liberados de sus zapatos. Estaba descalzo. Intentó mover las piernas pero descubrió que estaban atadas a una silla.

Estaba sentado en la esquina de un gran almacén, tenuemente iluminado con un par de fluorescentes parpadeantes y sobrecargado con repisas llenas de probetas, tubos de ensayo y cables pelados. Los sonidos le llegaban distorsionados, como si tuviera la cabeza metida en una pecera, pero pudo intuir que en aquella sala había, al menos, dos personas hablando detrás de una de las estanterías. Intentó levantarse de la silla, pero al mismo tiempo cayó en la cuenta de que la cuerda abrasadora que lo mantenía atado, lo hacía también a esa silla de madera astillada.

—No lo entiendo —dijo una de esas voces ondulantes, que le resultó vagamente familiar.

Ramsés estuvo a punto de coincidir con esa voz, pero lo único que consiguió fue soltar un sonido abrupto. La garganta le ardía como si hubiese tragado azufre y la mandíbula parecía desencajada de su lugar natural. Mientras exploraba con la lengua los huecos que habían dejado los dientes desaparecidos, una serie de pasos parsimoniosos precedieron a la aparición de una silueta al final del pasillo de estanterías.

Los sentidos de Ramsés hacían esfuerzos por escapar de su letargo, pero su visión estaba enturbiada, como si tuviese los ojos velados por lágrimas o los pómulos hinchados le impidieran abrirlos lo suficiente. Allí, apenas visible entre las sombras, distinguió a un hombre alto observándole desde la

distancia.

—Mira a quien tenemos aquí —dijo la silueta en un tono jocoso.

Ramsés pareció percibir que se relamía los labios mientras sonreía, pero quiso convencerse de que aquello solo era producto de su confusión.

—¿Qué...? —empezó a decir, pero dejó que la pregunta muriera en su garganta. Se quedó muy quieto, descartando la intención de zafarse de la cuerda que lo mantenía unido a la silla.

El hombre del final del pasillo era Ernesto, el tendero.

Dio unos pasos para recortar distancias con el forastero, levantó la pierna derecha con destreza y le dio una patada frontal a una de las estanterías. Esta cayó estrepitosamente, con un escándalo de cristales rotos y metal trastabillando por los suelos. El pasillo abrió su campo de visión en el lateral donde el material de laboratorio levantaba aún una nube de polvo.

Fue entonces cuando Ramsés vio a Loredo, con la puerta del almacén cerrada a sus espaldas y encañonando con su Beretta al tendero. Sin embargo, Ernesto, lejos de parecer intimidado por tener un cartucho dispuesto a volarle los sesos, brindaba una tenue sonrisa mientras observaba el estropicio del vidrio esparcido por el suelo.

Levantó las manos y las unió en su regazo, en un movimiento que habría cabido esperar de alguien que va a comenzar una conversación agradable.

—Ante todo quisiera darles la bienvenida, además de agradecerles que se hayan involucrado tanto en mi proyecto. No esperaba tenerles aquí antes de que todo se hubiese resuelto, pero se han empeñado en darme caza y aquí estamos, reunidos. —Ernesto se regaló el gusto de dar un par de pasos en dirección al guardia civil, como si quisiera dirigirse a todos los presentes en una ponencia—. Me gusta ser un hombre honesto, siempre he intentado serlo, así que he de advertirles que su cooperación mejorará todo el proceso. Para comenzar con buen pie, sargento ¿puedo pedirle que deje de apuntarme con esa pistola?

Ramsés intentó leer en los ojos de Loredo el cálculo que se producía dentro de su cabeza. Sopesaba opciones, barajaba decisiones; pero probablemente estaba tan desorientado como él. No sabía lo que estaba ocurriendo.

—Ponga las manos sobre la cabeza y dese la vuelta. Yo soy quien lleva el mando. El único al que le conviene colabodar es a usted. Siga mis instrucciones, sedá solo entonces cuando deje de apuntarle.

—¡Guau! —gritó el tendero en una exagerada pose de sorpresa—. Con que esas tenemos. Déjeme que le enseñe una cosa—. Teatralizó Ernesto en un tono divertido.

El tendero metió una mano en el bolsillo derecho de su pantalón *beige* perfectamente planchado y extrajo algo que Ramsés, a causa de los párpados hinchados y los metros de distancia, no pudo reconocer.

—¿Ve esto? —le dijo al agente mientras le mostraba el objeto—. Si usted aprieta el gatillo yo pulsaré el botón de este mando a distancia. Va a tener que ser muy certero si pretende batirme de un disparo para no darme tiempo de reacción. ¿Cuánto lleva sin disparar un arma, señor agente?

Ramsés observó a Loredó pugnando por controlar sus emociones. Por un momento le pareció que el sargento se iba a dejar llevar por el orgullo y la adrenalina. Incluso le dio la sensación de que, desde la distancia, podía imaginarse como su dedo índice temblaba ante la presión con el gatillo de la pistola. Sin embargo, Loredó se limitó a respirar un par de veces y a decir:

—¿Y qué? ¿Y qué si lo hace?

—Muy fácil —explicó Ernesto mientras apuntaba con el pequeño control remoto a la cabeza de Ramsés—, ¿ve usted la fiambarrera que he colocado justo encima de donde está sentado aquel capullo?

El agente entornó los ojos para ver a través de la oscuridad del almacén. Ramsés quiso mirar encima de su cabeza por puro instinto de supervivencia y curiosidad, pero fue incapaz. Los músculos del cuello estaban inflamados, lo único que consiguió fue escupir un pequeño alarido de dolor.

—Bien —continuó Ernesto visiblemente orgulloso—, ese recipiente de plástico atornillado a la pared contiene cinco litros de napalm. Cinco litros de muerte instantánea conectados a un pulsador remoto que activa una pila de cuatro voltios. Cuando empiece a arder con la chispa, apenas tardará medio segundo en derretir el plástico que lo contiene y derramarse sobre nuestro querido amigo.

Los compuestos del napalm son peligrosos. Loredó lo sabía porque había estado trabajando durante un corto periodo en los TEDAX. Había hecho un curso de formación básica antes de ser ascendido a suboficial del cuerpo. Había aprendido que hacer napalm casero era tan fácil como mezclar virutas de jabón con gasolina. Una sustancia gelatinosa y altamente inflamable que no tardaría en reducir a cenizas al escritor.

Notaba que los brazos comenzaban a temblarle. La pistola parecía pesar medio kilo más por cada minuto que pasaba apuntando a aquel maníaco.

—¿Pero por qué? ¿Qué necesidad tiene de hacer todo esto?

Ernesto arrugó el rostro y se puso serio de repente.

—Por justicia, por supuesto —contestó con una aterradora honradez.

—No entiendo lo que dice.

—Si hacen lo que les digo terminaran comprendiéndolo. Es un regalo que les hago, antes de matarles. Así que podría mostrarse agradecido y hacerme el favor de bajar esa pistola.

—¡Haga lo que dice, joder! —El quejido de Ramsés, acompañado de una profunda tos empapada en sangre, atravesó toda la sala como una súplica desesperada que consiguió arrancar una sonrisa aún más poderosa al tendero.

Loredó hizo lo que le pedían y bajó el ángulo de tiro hasta los brillantes zapatos de Ernesto. Sus hombros parecieron tomar una bocanada de aire fresco y la circulación volvió a correr por sus brazos. Intentaba leer algo en esos ojos azules que le servían de barrera para llegar hasta la mente enferma y retorcida del tendero.

—La justicia la tiene usted delante —acertó a decir.

El rostro de Ernesto se iluminó como un hierro incandescente. Por primera vez desde que Ramsés había recuperado el conocimiento, la voz de Ernesto se elevó en una pataleta aguda que habría sonado ridícula en otras circunstancias.

—¡La justicia delante de mis ojos! ¡Ja! No me ofenda con esa mierda. —Con un rápido movimiento levantó el brazo y apuntó con el mando al trozo de carne que se debatía entre la vida y la muerte sentado en la silla. Loredó reaccionó volviendo a estirar los brazos con el arma de fuego—. Ese Israel Garri, ese hijo de puta, me quitó la cabaña hace años. La cabaña donde me crie, donde pasé toda la vida con mi familia ¿Es que lo no comprende? —Con este último grito desgarrador se disiparon todas las dudas sobre el estado mental del tendero—. Y ustedes lo permitieron —dijo apuntando con el mando al policía—. De hecho fueron los que me echaron a patadas con una asquerosa orden de embargo. Esa cabaña me pertenece y cualquier hijo de puta que la pise sin mi consentimiento merece morir.

El soliloquio de Ernesto fluctuaba en una intensidad de sentimientos dispares y descontrolados que hizo temer por sus vidas a Ramsés y a Loredó.

—Usted mató a Israel.

—Por supuesto —contestó levantando la cabeza, como si retase directamente al cañón de la pistola—. Ese hijo de puta se aprovechó de una

mala racha económica por la que estaba pasando para arrebatarme todo lo que tenía. Compró la cabaña por cuatro duros mientras yo tuve que remontar el vuelo a duras penas montando este pequeño negocio. Tuve que dormir entre cuatro cartones en el almacén durante meses. Sin saber cómo iba a salir todo, si alguna vez volvería a tener mi propio hogar. Maldito Israel, se merecía morir quemado, como un cerdo asqueroso.

Loredo tragó saliva. Se encontraba cara a cara con un asesino confeso. Toda la vida esperando una circunstancia como aquella y ahora no sabía cómo reaccionar, cómo dominar la situación.

—Pero no ponga esa cara, hombre —le animó Ernesto mientras dejaba escapar una sonrisa aguda que removi6 las tripas a Ramsés—. No es culpa suya, todos los que comparten su uniforme son igual de incompetentes. Un poco de napalm, una buena limpieza de la escena del crimen y aparecen fantasmas, brujas y espíritus a los que echarles la culpa. Combustión espontánea, ¿puede imaginarse cuantos asesinos puede haber en libertad por culpa de esa leyenda de recreo de escuela?

En ese instante fue el rostro de Loredo el que comenzó a congestionarse por culpa de la ira o de la vergüenza. O de ambas cosas.

—Pagarás por lo que hiciste.

El tendero volvió a carcajearse, pero esta vez avanzó un par de pasos hacia el hombre magullado de la esquina, como si se quisiese asegurar de que el mando funcionaba sin margen de error.

—¿Sabe? Me parece que empiezo a cansarme de esta situación. El mando a distancia me quema entre las manos.

Loredo guardó silencio atento a cada músculo del asesino.

—Respóndame a una cosa, ¿por qué no me ha pegado un tiro ya? ¿Tanto le importa la vida de ese pijo miserable?

Al agente volvió a sacudirle, como en una arremetida inesperada, la imagen de su hija corriendo en el parque detrás de las palomas. Lo había sacrificado todo en pos de su trabajo. Algún día estarían orgullosos de su oficio. Su hija, orgullosa de él.

—Ya —continuó el tendero—. En su mirada puedo ver el peso de la responsabilidad. La falsa autocompasión de ser buen profesional para paliar otras deficiencias. El consuelo del tonto. Ahora querría tener el control de esta situación, pero no puede. Este pueblo es mío, me lo he ganado con mucho sudor y esfuerzo, de hecho, en todos y cada uno de sus habitantes hay

un poco de mí —dijo Ernesto mientras dedicaba una mirada rápida a las cajas de leche que había adulterado con su propio semen hacía unos días—. Todo lo que ves es mío, y nadie me volverá a arrebatarme ni un poco de mi imperio. Tengo dinero suficiente como para comprar esa cabaña diez veces si hiciese falta, pero recuperaré lo que me pertenece a mi manera. Aquí, el control lo tengo yo —reiteró, mientras movía el mando a distancia entre las manos—, y nadie más.

Loredo volvió a bajar la pistola.

—No podría vivir con el peso de una muerte inocente a sus espaldas. Ni aunque se trate de un tipo de ciudad al que no conoce más que de ocasionarle problemas.

Ernesto se giró sobre sí mismo y dirigió la atención hacia la esquina donde el charco de sangre parecía comenzar a coagularse entre las patas de la silla.

—¡Tú tienes la culpa de todo esto! Tu maldita inquietud, tu inmadurez, tu incapacidad para dejarte llevar y disfrutar del juego. Estabas empeñado en abandonar el pueblo y me obligaste a meter a terceras personas en todo esto. Lo has chafado todo. Tuve que estar perdiendo el tiempo con ese mocoso para que le echase el azúcar a tu única vía de escape. ¡Joder! Hasta le he tenido que costear una nueva vida en Madrid a la putilla esa de la cafetería para que te echase un polvo y te mantuviese distraído en este pueblo.

Ramsés hizo esfuerzos titánicos por levantar los mil quinientos quilos que parecía pesarle la cabeza y separar su barbilla del pecho. Observó al tendero regocijarse al otro lado de la habitación, pero lo hizo durante pocos segundos. Se arqueó sobre sí mismo y comenzó a vomitar sobre la camiseta manchada de sangre. Esta vez no había bebido, pero el resultado era el mismo.

Cuando Ernesto dejó de reírse, siguió hablando con una habilidad pasmosa para cambiar de tema y de tono de conversación, propio de un desequilibrado.

—En La Carcoma todo se sabe, pero no te preocupes. La putilla estará bien lejos cuando el pueblo se entere de cuál fue su precio. Aquí no ocurre nada sin que su gente lo sepa. De hecho, todos sabíamos que vendrías tres semanas antes de tu llegada. Tu amiguito cometió el error de llamar por teléfono a Eugenio Mengíbar, un tipo peludo y de buen comer que suele andar moviendo papeles por los pasillos del ayuntamiento, para que contratase a alguien para limpiar la cabaña. Aquí todo se sabe, amigo. Tuve

tiempo suficiente para preparar todo el tinglado de los números. Espero que lo haya disfrutado.

El tendero abrió los brazos para presentar el truco final de su espectáculo de magia, y los otros dos hombres intercambiaron una mirada de confusión desde la distancia. El agente dio un paso con la pistola en ristre y amenazó a Ernesto, que parecía estar gozando.

—¿Cómo? ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo pintaba esos números sin que pudiésemos verle?

—Porque no estaba donde buscabais.

Loredó le dedicó una mirada fugaz a Ramsés, que parecía haber perdido el conocimiento con la cabeza colgando como un muñeco de trapo. Un chute de odio e inquina le incitó a dar otro paso más hacia el autor de todo aquello. Hizo un movimiento con el cañón para que siguiese hablando.

—Antes de contestarle, permítame que le aclare un asunto. Recuerde que usted tiene en sus manos la vida de su compañero. Puede acabar con ella cuando lo desee, solo tiene que dejar de seguir mis instrucciones. En estos momentos, la obediencia cobra un protagonismo esencial. Funciona como un interruptor que oscila entre la vida o la muerte de ese capullo de allí, que tanto parece importarle. Creo que me explico con claridad, ¿verdad?

El sargento asintió con la cabeza, con una mirada que nada tenía que ver con la sumisión y la colaboración.

—Bien, pues vuelva a colocar los pies donde los tenía hace unos segundos. Si vuelve a moverse sin mi permiso mataré al cabrón aquel sin decir una palabra más.

—Hazlo y te vuelo la cabeza.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo. No me importa morir, pero yo decido cuándo.

Si la mirada de Loredó estuviese conectada al disparador de su arma, Ernesto habría muerto ya siete u ocho veces.

—Esta vez tomaré su silencio como que ha comprendido mis exigencias. Fíjese si puedo llegar a ser benevolente que voy a explicarle cómo he llevado a cabo el fantástico efecto de los números.

Ernesto blandió una sonrisa que hizo estremecer a Loredó. Volvió a levantar los brazos en un movimiento brusco obligando al agente a apretar la empuñadura de su arma.

—¡Vinagre!

Loredó volvió a mirar a Ramsés en busca de alguien que pudiera entender lo que el tendero estaba diciendo, pero el escritor seguía con la cabeza apoyada sobre su propio vómito.

—¡Venga! No me diga que esa cara de pasmarote es porque no entiende nada. No me diga que nunca le ha escrito una carta con tinta invisible a la chica que le daba calabazas en la escuela. El vinagre, al suministrarle una cantidad de calor determinada se oxida y se oscurece. Los números estaban ahí desde siempre, solo que no podíais verlos, claro.

Loredó sintió que el corazón le daba un vuelco. Si hubiese elevado el caso a sus superiores habrían sabido sin lugar a dudas el compuesto y el *modus operandi* de esos números. Así habrían acotado a los posibles sospechosos, incluso habrían dado con el autor si hubiesen comparado el vinagre de las botellas de su tienda con el utilizado en la cabaña. Lo mismo había pasado con el azúcar, había estado sospechando todo el tiempo de Dolores, cuando el proveedor de aquella cafetería era el personaje que tenía delante de sus ojos.

Luisito había muerto y Ramsés podría correr la misma suerte por culpa de su falta de profesionalidad. Por su afán de protagonismo. Por tratar de ser mejor poli que aquellos que se limitan a mirar las cámaras mientras arrasan con las bolsas de pipas.

Aun así, había algo que no terminaba de cuadrar.

—Pada que el vinagre se haga visible hace falta proyectar una fuente de calor encima. Aunque hubiese pintado esos números días antes de que Ramsés llegase al pueblo, tenía que entrar en la casa igualmente para darles calor.

—Nada de eso, el ácido del vinagre tiene un periodo de oxidación que, con el estudio de la temperatura y la humedad del lugar, se traducen en unas trescientas sesenta horas. Poco más de quince días, por si no te salen las cuentas. Es decir, estuve doce días consecutivos entrando en la casa a mis anchas por la ventana de la cocina, a la misma hora cada día, con una botella de vinagre y una brocha. No se puede ni imaginar lo que he disfrutado con cada cálculo, con cada incursión en la cabaña en su momento exacto. Hacer que mi propia casa aterrorice a quien ose pisarla. ¡Joder! ¡Si se me erizan los vellos nada más pensarlo!

Loredó lo miró con odio, confusión y algo más. En la esquina del almacén Ramsés parecía volver a removerse en su trono de tortura.

—Cometiste edodes.

Las cejas de Ernesto se torcieron en un gesto que borró todo rastro de indiferencia. Loredó sabía que una mente perfeccionista y obsesionada con el control no estaba preparada para escuchar que había cometido errores. Que no había atado todo tan bien como creía.

—El plan no ha salido como pensaba: estamos aquí para impedirlo.

—¿Impedir qué? Puedo asegurarle que, ocurra lo que ocurra, ese amasijo de carne de la esquina va a morir. Es cierto que no esperaba llegar a esta situación. El plan estaba concebido para que el poeta tuviese una muerte dolorosa, después de sufrir el tormento de llevar la cuenta atrás de su propia muerte. Debía haber sabido esperar, ser paciente para acabar abrasado bajo el fuego expiatorio de la purificación el día cero: la noche de San Juan.

Ernesto se encogió de hombros y siguió hablando.

—Pero un hombre tiene que estar preparado para adaptarse a las situaciones que se le presenten. No pasa nada. He reaccionado y el capullo aquel ha recibido el castigo con una paliza que no puedes ni imaginar. Morir, también lo va a hacer, eso por supuesto. Esta vez lo tenía todo dispuesto. Si Juan Jesús hubiese decidido pasar unos días en el pueblo en vez de haber invitado a esta sucia rata de ciudad, le habría tocado a él ser la víctima. La trampa estaba preparada, solo hacía falta que alguien se acercase a la cabaña para activar su mecanismo. ¿La víctima? Qué más da si el resultado es el mismo. Se va a hacer justicia. Eso es lo que importa.

Ramsés volvió al vano intento de romper la cuerda que lo ataba a la silla con el suspiro de fuerza que le quedaba. A Ernesto se le iluminaba el rostro al ver el esfuerzo inútil de su pieza de caza.

—Lo que estás haciendo no es justicia.

—¿Quién hace la justicia entonces? ¿Ustedes? ¿Los que me echaron hace nueve años de mi casa sin dejarme un sitio donde caerme muerto? ¿Los que andan con la cabeza bien alta mientras multan al padre de familia por aparcar en la puerta del colegio? —El tendero hizo una pausa, como si estuviese cansado de tanto teatrillo. Como si hubiese llegado la hora de poner las cartas sobre la mesa—. Ya sé. Piensa que la justicia la hace usted. Usted, Javier Loredó Bellido, cómplice de la muerte de Luisito por esconder el caso para llevarse la portada del periódico. Usted, que ha permitido que me aproveche a placer de un menor haciéndole creer que era soldado de un ejército creado para eliminar a forasteros. Usted, que ha permitido que tenga a un niño enfermo engatusado a cambio de cuatro soldaditos de plástico como recompensa. ¡Joder! Si hasta lo tuve montando guardia por los

alrededores de la cabaña antes de que llegase el poeta, los días que no podía faltar en el negocio sin levantar sospechas. ¡El chaval tenía que distraerse quemando hormigas con un mechero de las horas que pasaba allí parado! — Ernesto volvió a escupir la carcajada propia de un trastornado. Loredó sintió como si le hubiesen dado un derechazo cuando la imagen del chico sentado en el suelo de su casa rodeado de soldaditos le sobrevino—. No puede hablarme de justicia con una pistola temblorosa entre las manos. Usted y yo somos iguales. Disfrutaría al ver mi cabeza estallar en pedacitos, igual que yo lo hice con la cara de terror de Luisito cuando vio los faros del coche correr en su dirección. Si hubiese estado allí para ver sus ojitos detrás de los cristales de sus gafas de pasta sabría de lo que le hablo. —Ernesto tomó aire para soltar todo lo que llevaba dentro—. A ese chiquillo no lo maté yo, y lo sabe muy bien. A ese chico lo mató usted con su egocentrismo.

Eso fue demasiado para Loredó.

Dio un paso adelante, el mismo paso de decisión que tuvo que dar Ramsés en el campamento de verano al saltar del faro. El mismo paso que dio días antes para confiar en Gema. Un paso que atraviesa esa fina capa que separa el sí y el no. Un paso que puede transformar a un niño en un hombre. A un vivo en un muerto.

Cuando el agente apretó el gatillo, Ramsés soltó un alarido desgarrador desde el otro lado del almacén.

* * *

El paisaje arbolado de tonos ocres flotaba detrás de la ventanilla del autobús como si fuese el fondo de una película de bajo presupuesto.

A su lado se había sentado un hombre mayor que parecía extranjero. No porque hubiese entablado conversación con él y le descubriese un acento exótico —ella no tenía intención de abrir la boca más de lo necesario en todo el viaje—, si no por el tono de su piel morena y el sombrero de paño que descasaba sobre su cabeza. El anciano tenía un libro sobre las manos nudosas y llenas de manchas por el sol y los años. La portada era negra, igual que su rebeca y su pantalón liso. En un giro distraído de la novela pudo leer el título de la obra: *Lee o disparo*.

Se prometió que cuando se asentase en su nuevo destino, se convertiría en una mujer lectora. En una de esas chicas que dejan el bolso a un lado de la mesa y sacan el libro en una cafetería, junto a la ventana, para ver la vida

pasar por las calles. «Eso es una pérdida de tiempo», «un distraebobos». Su madre siempre le había arrebatado esas ideas de la cabeza, pero después de conocer a un poeta en persona, la curiosidad había sembrado la necesidad de leer algo suyo. De conocerlo de verdad.

No estaba orgullosa, ni de lejos, de lo que había hecho con Ramsés a cambio de su libertad. Lo había cambiado por un trabajo de medio pelo, por un piso de mala muerte en la capital. Ella no era así, no hasta que tuvo que serlo. Todos somos buenas personas hasta que se demuestra lo contrario. La posibilidad de que junto a Ramsés podría haber sido feliz la corroía por dentro. De vez en cuando la asaltaban una sucesión de imágenes en las que se veía con el poeta paseando por la Puerta del Sol, viviendo con él, compartiendo una vida. Pero esas cosas solo pasan en las telenovelas del mediodía, las que su madre se tragaba con la boca medio abierta.

El primer libro que se compraría sería uno de los dos que había escrito Ramsés.

Ya solo quedaba probar si era capaz de romper con las cadenas que la mantenían atada a una vida de sumisión. Si era lo suficientemente fuerte como para integrarse en una sociedad a la vez que corregía esos hombros alicaídos y la mirada huidiza. Tendría que esforzarse por tomar decisiones y actuar sin temer a esa mano levantada de verdugo que siempre estaba detrás de todo lo que hacía, decía o pensaba.

De pronto se hizo de noche. El paisaje desapareció como si se hubiese acabado el rollo de la escenografía, para dejar paso a una oscuridad apenas ultrajada por las luces anaranjadas del techo del túnel.

El viejo levantó la cabeza, probablemente ante la incapacidad de seguir leyendo en tales condiciones. Miró a Gema a los ojos y esta lo esquivó, como si tuviese algo que esconder, centrando la atención en esas bombillas que aparecían y se marchaban en un ritmo regular y constante, como el goteo de un grifo mal cerrado.

Apoyó la cabeza sobre el cristal vibrante de la ventana, cerró los ojos y se dejó llevar por los kilómetros de olvido que interponía entre su pasado y lo que quedaba por venir.

* * *

Si no hubiese sido por las casas bajas y encaladas, las macetas de lunares en los balcones y el arrullo de las palomas, el callejón trasero de La Abundancia

se podría haber confundido con una de las avenidas de Manhattan.

Los coches de la Unidad Especial de Intervención y la Guardia Civil bloqueaban la entrada y la salida de la calle, y dos ambulancias aparcaban con sus morros hacia la puerta del almacén. El sol había salido hacía una hora, pero Ramsés, con sus piernas colgando de la cabina de una de las ambulancias, abrazaba agradecido la manta dorada que un sanitario le había dado. El trasiego de gente con la acreditación colgada del cuello, enfermeros y agentes de uniforme se hubo tranquilizado una vez que sacaron el cuerpo metido en una bolsa de plástico dirección la morgue.

Entonces Ramsés se había sentido ligeramente calmado y los guardias y los hombres de los maletines parecían volver a hablar con naturalidad, como si ya no corriesen el riesgo de que el muerto pudiese escucharles. Los de bata blanca iban de un lado para otro con guantes de látex, cámaras fotográficas y rostros que mostraban la serenidad propia de los que están acostumbrados a tomar instantáneas de sesos desparramados y charcos de sangre coagulada.

—No se mueva.

La advertencia de la auxiliar hizo que Ramsés dejase la cabeza quieta y se olvidase del movimiento al otro lado de la calle. En el pecho de la enfermera una chapa impresa revelaba su nombre: Fátima. Con dedos firmes, aguantaba la nuca del herido mientras bregaba con una de las cejas de Ramsés. Una punzada lacerante le hizo dar un pequeño bote ante el dolor inesperado, pero la sensación de estar bajo la protección de unas manos seguras de sí mismas hizo que las pulsaciones volvieran a ser normales. Después de todo por lo que había pasado, que le cosieran las heridas era como una recompensa celestial.

—Con un poco de suerte no le quedará marca.

Ramsés respondió con una sonrisa al optimismo de la chica, a pesar de estar seguro de que su pronóstico no se iba a cumplir. Aquello dejaría marca para el resto de su vida.

Había visto a un niño inocente muerto en medio de la carretera. Había visto cómo una chica le había engañado como a un tonto de capirote a cambio de dos duros. Había visto cómo una cabeza humana podía explotar con el impacto de una bala. Había visto a un agente destrozado, mientras se sublevaba a la impotencia y gritaba de desesperación entre llantos desconsolados en el suelo polvoriento de un almacén.

Las brechas no serían más que puntas del icebergs que señalarían para siempre lo que había vivido los últimos días.

La gente comenzaba a agolparse en las inmediaciones de la calle, igual que la noche en la que atropellaron a Luisito. Pero esta vez, los semblantes parecían más confusos y alarmados. No lograban comprender cómo su universo de templanza, tranquilidad y vida de campo había dado un vuelco en apenas unos días. No recordaban una época peor que aquella, en la que la desolación y el descontrol habían dominado las calles de La Carcoma. Un asesinato y un tiroteo en setenta y dos horas.

Uno de los agentes uniformados aguantaba una tablilla de apuntes en las manos mientras le dedicaba una mirada de impaciencia a Ramsés. Como si fuese un toro a la espera de que le diesen vía libre para hacer las preguntas pertinentes.

—Ahora mismo las heridas me importan poco —se escuchó algo así como «ahora mishmo lash heridash me importan poco», debido al labio roto y la mandíbula machacada—, lo que quiero es irme para mi casa, pero mucho me temo que me espera un largo interrogatorio.

La sanitaria giró la cabeza para observar al policía que disimulaba estar ocupado a unos metros con los papeles en la mano, pero inmediatamente siguió a lo suyo, intentado suturar una de las heridas en la sien izquierda. A los pocos segundos abrió la boca.

—No te preocupes por eso, pondré en el informe que necesitas descanso. A ver si así te dejan en paz unos días.

—Te lo agradezco, pero no creo que eso vaya a ayudar demasiado. Supongo que querrán aprovechar para sacarme todo lo que puedan ahora, que está todo fresco.

Fátima dio un paso atrás mientras se quitaba los guantes con sendos latigazos de látex.

—Al menos estás vivo, que no es poco.

Puso una de sus manos sobre el hombro de Ramsés en un gesto cómplice. Una mano firme pero delicada que le transmitió la tranquilidad y la serenidad que necesitaba. Entonces descubrió lo solo que se encontraba. El simple contacto de una mano, la llaneza de esos ojos marrones que estudiaban cada una de sus heridas como si fuesen las de su propio hijo, lo hacía sentirse como en una nube.

Sin saber por qué, buscó con la mirada a Gema entre el público bullicioso del pueblo, como si todavía no hubiese asimilado que lo más seguro es que se encontrase a cientos de kilómetros de distancia, que lo había utilizado como a una marioneta.

—Ahora vuelvo, creo que tenemos un cabestrillo en la cabina de la otra ambulancia.

Fue en ese instante, en ese momento exacto en el que la sanitaria se daba media vuelta y se alejaba, cuando fue plenamente consciente de todo lo que le rodeaba. Como si le hubiesen inyectado un chute de éxtasis, pareció ver la realidad a través de un cristal que hacía los colores más vivos. Podía escuchar a los pajarillos piar como si los tuviese pegados a la oreja, tenía plena consciencia de todas y cada una de las hojas verdes de los limoneros que desfilaban a lo largo de la acera. Notaba la presencia de cada mosca, de cada suspiro en el ambiente. Una cabalgata de hormigas fluía en dirección a un chicle pegado en el suelo y un diente de león planeaba en el aire como si fuese parte de un todo consciente. Los rayos del sol le acariciaban la piel y, por primera vez desde que lo habían sacado a rastras del almacén, retiró la manta térmica a un lado y cerró los ojos para dejarse abrazar por ese torrente de sensaciones.

Fátima, la enfermera, tenía razón.

Aquello debía de ser lo que la gente llama sentirse vivo.

Y todo gracias a una bala certera, un proyectil disparado desde lo más profundo del corazón. Como si aquel agente hubiese dejado escapar de una vez toda la tensión y el odio que lo había estado atormentando. Un tiro, el mando a distancia rebotando en el suelo, y la vida sigue.

Loredó parecía ahora un hombre nuevo, sentado en la acera de enfrente, hablando con el teléfono móvil pegado a la oreja y una sonrisa, hasta entonces oculta, debajo de su nariz. Hablaba y reía, sobre todo cuando le tocaba escuchar.

Está claro que el secreto consiste en no sentirse solo.

0

Cádiz, Calle de la Torre, 19 de julio de 2001

Amanecía un nuevo día, y la luz tímida que comenzaba a entrar por la ventana del dormitorio hizo que se girase en la cama y se echase las sábanas por encima de la cabeza, como si así pudiera atrapar los sueños para que no se escapasen.

Una vez más, y a pesar de todo el tiempo que había pasado, él estaba allí. De pie, en el salón de la casa donde se había criado. Pero aquel día no apareció vestido con su mono de electricista, sino que lo hacía con sus pantalones vaqueros y el polo verde oscuro de los domingos.

La realidad esponjosa del sueño camuflaba el rostro de su padre, ahora desprovisto de sus gafas y sus arrugas, venas por las que discurren los años, como si se hubiese quedado estancado en una juventud eterna.

Como cada vez que se encontraba cara a cara con su padre en esa otra vida que fluye debajo de las almohadas, se sentía preso de una tristeza inusitada y desbordante que lo paralizaba sin dejarle vocalizar para decirle cuánto lo extrañaba. Para gritarle que lo quería, que no volviera a marcharse. Los dos, seres incorpóreos, enfrentados. En la comisura de los labios de su padre podía entreverse una media sonrisa sobrada y altanera. Como si, sin necesidad de tener que mover la boca, le estuviese diciendo a su hijo que estaba bien allá donde se encontraba, que se sentía muy orgulloso de su pequeño Ramsés.

Los muertos son más sabios que los vivos, por su simple condición. Lástima que los muertos no sean partidarios de hablar, tendrían mucho que enseñarnos. A los pocos segundos de abrir los párpados y viajar a este otro mundo que la gente se empeña en llamar realidad, los recuerdos comenzaron a difuminarse como un dibujo a pastel bajo la lluvia.

El ruido de los motores ya impregnaba el ambiente de las calles que entraba sin permiso, como los rayos del sol, por la ventana de la habitación.

Se levantó de la cama sin olvidar el rostro de su padre, con la intención de prepararse el café que le devolvería al crudo día a día, como la pastilla que Morfeo le ofrecía a Neo. Pero pensó que, al menos, en la película el protagonista podía elegir: la pastilla roja o la pastilla azul; la posibilidad de conocer la realidad o seguir viviendo engañado.

Cosas de las películas. Aquí, una vez que abres los ojos no hay vuelta atrás.

Pulsó el botón de la cafetera y se iluminó en un tono anaranjado, se sentó en la silla de la cocina y volvió a cuadrar el taco de folios que permanecía sobre la mesa, como si con ello pudiese sacudir las palabras hasta darles el toque final que necesitaban.

Entonces su cabeza se puso a trabajar para reflexionar sobre lo que la escritura había sido en su vida. Un honor, un castigo a ratos. Una liberación extrasensorial que permite vivir otras vidas, otros cuerpos, otros mundos. Un encierro en uno mismo donde las entrañas parecen retorcerse cuando las letras no están dispuestas a salir. Un camino de aprendizaje en el que cada nueva lección ensancha el corazón y alimenta el espíritu. Un camino de espinas que hay que atravesar descalzo sufriendo cada aguja, cada pinchazo, cada hoja arrancada del cuaderno y transformada en basura.

Desde hacía unos años, la literatura lo había sido prácticamente todo en su existencia. Un estilo de vida. Una manera de morir como otra más.

El timbre del teléfono lo despertó de su ensimismamiento, al café no le faltaba mucho y el aroma ya se había adueñado de la pequeña estructura que conformaba su piso en el casco antiguo. Fue hasta el salón, descolgó el inalámbrico y volvió a la cocina.

—¿Diga?

—Sés, ¿qué tal? ¿Cómo vas?

—Ah, bien. Bien. Quería llamarte estos días para agradecerte que me ofrecieras tu casa de La Carcoma, pero he estado bastante liado últimamente, ya sabes.

—Sí, ya.

Ramsés retiró el recipiente de cristal de la cafetera y abrió el mueble en busca de alguna taza.

—Bueno, dime entonces —continuó Juan Jesús—, ¿has decidido ya si vas a ir a pasar unos días en el pueblo? Tengo que avisar para que vayan a limpiar un poco la casa, hace meses que no voy por allí. Y como no aligeres

se te pasa el verano y no sales del apartamento.

Mientras se echaba el café en la taza dejó resbalar una sonrisa sin estar del todo seguro de su fundamento. Pero tuvo la sensación de que se trataba de una risa de alegría, de saberse afortunado al contar con un amigo siempre pendiente de sus problemas.

—Ya no hace falta, hermano. No te preocupes por eso. Desde que me senté contigo en aquel chiringuito una luz se encendió en mi cabeza. La idea del pueblo huraño me ha ayudado más de lo que pensabas, así que tengo que estarte agradecido, una vez más.

Juan Jesús guardó silencio al otro lado de la línea. Probablemente indeciso, incrédulo, preocupado por escoger bien las palabras antes de meter la pata hasta el fondo.

—¿Lo has conseguido? ¿Tienes algo escrito?

Ramsés se giró y miró la torre de folios garabateados que descansaba sobre la mesa de la cocina, como un trofeo bien expuesto.

—Sí, mi tercera novela está acabada. Bueno, aún necesito darle un par de vueltas, pero creo que llegaré a tiempo. Lo peor ya está hecho. De momento sigo vivo.

—¡Joder, tío! No sabes cuánto me alegro. Perdona que no sepa que más decirte, no lo esperaba, la verdad. Supongo que ha tenido que ser duro salir del bloqueo a la desesperada, con el tiempo en contra.

Ramsés se agachó unos centímetros para ver el cielo despejado a través del balcón mientras mantenía esa sonrisa sincera, primitiva. Un pajarillo alzó el vuelo desde la cornisa de la ventana de su cocina hasta las alturas, perdiéndose más allá de la bóveda celeste. En el infinito.

—No ha sido fácil, pero he de decir que me he sentido acompañado durante todo el proceso de escritura.

Juan Jesús tardó en hacer la siguiente pregunta, sopesando las últimas palabras que había escuchado.

—Bueno, ¿y tienes título?

—Sí, no es definitivo, pero probablemente se llame La Carcoma.

El concejal rio al otro lado de la línea, antes de decir:

—Qué cabrón... en fin. Habrá que salir a celebrarlo, ¿no? Yo acabo de salir del ayuntamiento, si quieres voy a mi casa, me cambio y nos vemos en el mismo chiringuito donde comenzó todo. Así me cuentas de qué va el libro.

Ramsés aceptó, colgó el teléfono y se acercó a la torre de folios. Su

mano derecha se deslizó por la primera de sus páginas, como si acariciase la seda más valiosa del universo. Sus ojos no pudieron evitar posarse sobre la maldita primera línea que tanto le había costado encontrar. Sus labios se movieron y susurraron lo que el hombre del sueño le había repetido tantas veces a lo largo de su vida.

Las cosas nunca salen como uno espera.

AGRADECIMIENTOS

Podríamos levantar un extenso debate sobre si la raza humana, en el fondo, tiene buen corazón o simplemente es estúpida por naturaleza. En todo caso, yo debo de estar rodeado de personas idiotas que se quieren muy poco. Como ejemplo se me ocurre, a bote pronto, aquellos familiares que soportan con paciencia los despistes del que tiene la cabeza en otro lugar durante la fase de creación. Los amigos que sacrifican su tiempo para echarle un ojo a los borradores desastrosos y dar su opinión. Los conocidos que muchas veces nos sorprenden y nos ofrecen su ayuda sin pedir nada a cambio.

Individuos que se comportan de manera irracional e inexplicable cuando anteponen el bienestar de los otros al suyo propio. Gente que allana el camino y hace que el trabajo del escritor sea un poco menos doloroso. Personas que quedan entre bastidores cuando la novela se publica, escondidos en las sombras del olvido. Nombres desconocidos que nunca aparecerán en las portadas de los libros, a pesar de que las obras cobren vida gracias a ellos.

Gracias a personas como Juan Jesús Fernández o Javier Loredó, que además de prestarme sus nombres para la novela, me han asesorado y corregido en todo lo referente al cuerpo de la Guardia Civil. O Israel Garri, que se ha dejado calcinar vivo en la cabaña de madera a cambio de un par de cervezas. Que los cuatro seamos amigos desde que tenemos uso de razón ya es otra historia. Ojalá la vida nos mantenga unidos para el resto de los días.

A Israel Alonso, que me ha guiado en el mundo de la literatura de la única manera que lo hacen los amigos: dando tortas y diciendo siempre la verdad, aunque joda.

Gracias también a Benito Olmo y Daniel Heredia, dos nombres insignes de la literatura española cuyos consejos han servido para encontrarme donde estoy, para comenzar a dar pasos en vez de seguir gateando.

A Eugenio Mengíbar, por ser tan grande, por comportarse como un hermano, sin que nos unan lazos de sangre.

A Elisabeth Ruíz, Ornella Montoya y Paloma León, por leerse los

borradores del libro y poner buena cara, como si les hubiese gustado.

A Jacobo, y a todos aquellos personajes que nacen en la cabeza del escritor pero que nunca llegan a verse plasmado en el papel, como si se mantuvieran en el purgatorio a la espera de tener un lugar donde ir. Esta vez no has podido hacer de jardinero en *La Carcoma*, pero seguro que encuentro hueco para ti en futuras historias.

A la Sexta Compañía del Segundo Batallón de Desembarco de Infantería de Marina, en especial al Equipo Operativo T-26, por soportarme estos últimos años y demostrarme que, después de todo, es posible tener amigos en el trabajo.

A Eva Olaya y Esther Herranz, por su impecable labor a la hora de editar, corregir y aguantar los caprichos de un servidor. A la diputación de Valencia y la institución Alfons el Magnànim, por haber tenido el acierto de premiar esta obra, haciendo posible que la tenga usted entre las manos.

A mi madre, María Jesús Román López, y mis hermanas Miriam y Patricia. Por conformar la familia perfecta y estar presentes siempre que se les ha hecho falta. Gracias por vuestro amor, por hacerme el hombre que soy. Os quiero.

Gracias a ti, Papá. Me enseñaste a inventar historias y aquí me ves. Poco a poco, en la lucha. Trabajando continuamente por ser mejor hombre cada día. A veces se consigue y otras no. Supongo que en eso consiste la vida. ¿Qué te voy a contar yo a ti? Espero que vaya todo bien más allá de las estrellas.

A mi mejor amiga, a la que envió el sobre de correos que hizo realidad el sueño de ver esta obra publicada. Ella sabe quién es. Ella sabe qué soy yo sin ella.

A todos ustedes, lectores, gracias de corazón. Gracias por leer.

www.danielfopiani.com

Table of Contents

LA CARCOMA

PRÓLOGO DE BENITO OLMO

0

12

11

10

9

8

7

6

5

4

3

2

1

0

AGRADECIMIENTOS